



LA TORERÍA



LUIS MARTÍNEZ, EL ESPADA

(EN LA PLAZA)

NOVELA SOCIAL

POR

EDUARDO LÓPEZ BAGO

La moral moderna consiste en buscar las causas de los males sociales, analizándolos y sometiéndolos á la observación y el experimento.

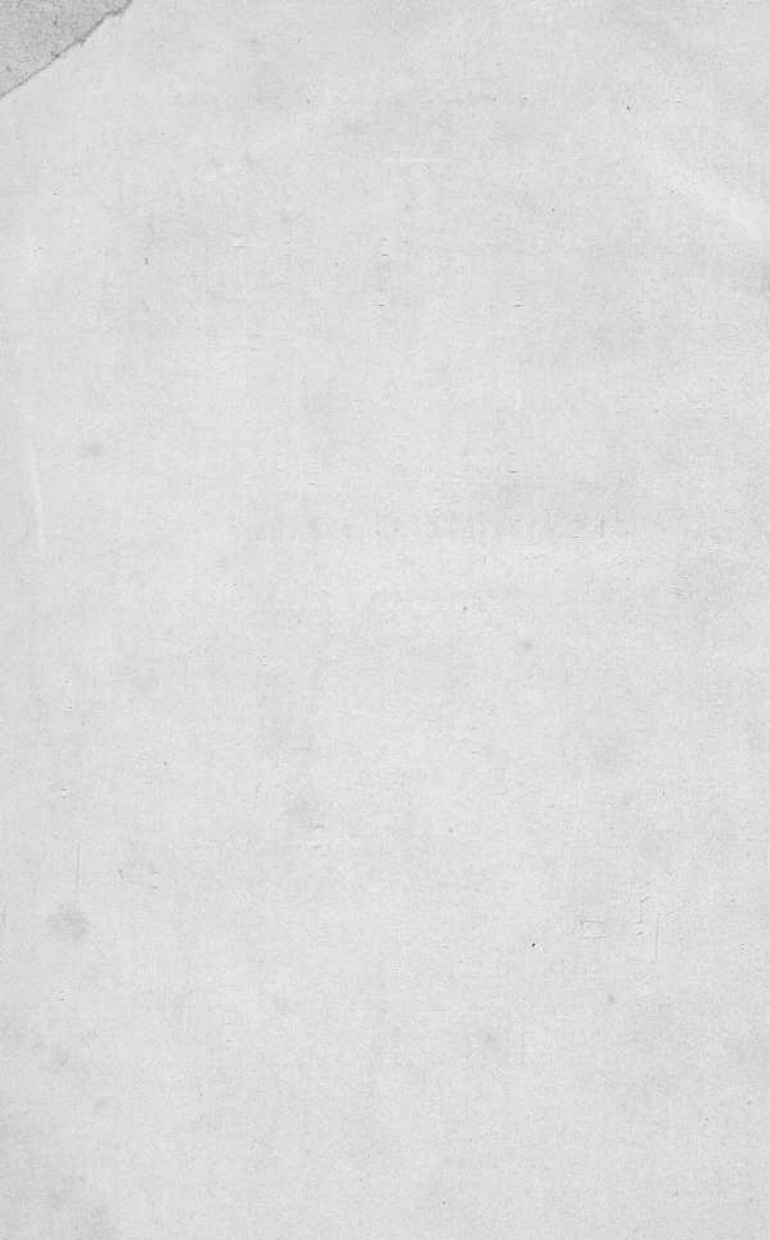
CLAUDIO BERNARD

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

1887



LUIS MARTÍNEZ, EL ESPADA

(EN LA PLAZA)

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

	<u>Pesetas.</u>
LA PROSTITUTA, novela médico-social (5. ^a edición).	3
LA PÁLIDA, (segunda parte de <i>La Prostituta</i>) (7. ^a edición).....	3
LA BUSCONA (3. ^a parte de la misma) (6. ^a edición).	3
LA QUERIDA (4. ^a parte de la misma) (3. ^a edición)..	3
EL CURA (caso de incesto) (3. ^a edición).....	3
EL CONFESONARIO (satiriasis) (3. ^a edición).....	3
LA MONJA (3. ^a edición).....	3
LA SEÑORA DE LÓPEZ (2. ^a edición).....	3
LOS AMORES (agotada)	6
EL PERIODISTA.....	2
SAFO, Costumbres de París (traducción de la obra de Alfonso Daudet (2. ^a edición).....	3,50

EN PREPARACIÓN

LA SOLTERA.

LUIS MARTÍNEZ, EL ESPADA (en la sociedad) (2.^a parte de *La Torería*.)

LA TORERÍA



LUIS MARTÍNEZ, EL ESPADA

(EN LA PLAZA)

NOVELA SOCIAL

POR

EDUARDO LÓPEZ BAGO

La moral moderna consiste
en buscar las causas de los ma-
les sociales, analizándolos y so-
metiéndolos á la observación y
el experimento.

CLÁUDIO BERNARD



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

1886



Es propiedad del autor y la
presente edición de los editores.

MADRID, 1886.—EST. TIP. DE RICARDO FÉ, CEDACEROS, 11.

LUIS MARTÍNEZ, EL ESPADA

I

Moriture te salutam.

—Treinta mil duros, oro en Madrid, y es inútil que nos cansemos en hablar de estas cosas. Yo no paso el charco por menos de ese dinero. Treinta mil pesos como ustedes dicen, y yo me encargo de llevar buena gente, no una cuadrilla pinturera y de camama, sino lo mejorcito y más presentable de la totería; á mí no se me quedará ningún toro vivo por pitones que tenga, y en cuanto á vestir, voy á meter en el cofre siete trajes para las catorce corridas.

—Discutamos el anticipo.

—El anticipo es también indiscutible: diez mil duros.

—Oiga V., *don Luis*—replicó uno de los empresarios, el más típico digámoslo así, un hombre de regular estatura, delgado y fibroso, aunque no membrudo, de color más moreno que el moreno andaluz y un poco menos que el de los gitanos; ojos vivos de mirar, sagaces, penetrantes, muy expresivos de todo; boca de labios delgados, finos; pelo negro, lustroso, corto y peinado hacia adelante, hacia las sienes, alisado más por el cepillo de cabeza que por el peine; barbilampiño y limpio como los chorros del agua; lleno de gracejo en el decir, de picardía y travesura en el pensar, bromista como buen malagueño, aunque ahora no tenía ganas de broma, porque el asunto era importante, serio, un negocio, un verdadero negocio en que se traían y llevaban miles de duros como si fueran hogazas de pan tierno;—oiga V., Sr. D. Luis Martínez—repitió disimulando las inquietudes, temores é impacencias de la especulación con bromear fingido y recursos de ingenio—usted y yo somos dos toreritos que hay que mirarnos con telescopio, pero yo soy más torero que V. aquí en este salón y en otras plazas por el estilo; á

mí no me deslumbra ni me achica nadie, y menos V., porque maldito el mérito que tiene haber nacido con todas esas facultades para dominar á los toros, que no se tiene que hacer otra cosa sino utilizarlas y decir á la naturaleza: «gracias, prenda.» Eso no vale, señor D. Luis, le digo á V. que eso no vale. Y donde me presento yo, que no le debo nada con este físico á la naturaleza, á Dios, ni siquiera á mis papás, sino que al revés debo pedir por él á los que me engendraron y echaron al mundo una indemnización de daños y perjuicios, donde yo me presento, los hombres inteligentes tienen que aplaudir por la brega, y porque sin facultades, á fuerza de inteligencia, me sé llevar á los miuras y á los muruveños con la muleta adonde yo quiero que sea el sitio de la muerte, y me tiro en corto y con verdad y salgo siempre por el rabo.

Luis Martínez le escuchaba sonriendo.

—Usted llega á la Habana con dos pesetas, y todo el tiempo que esté V. allí no tiene para qué sacarlas del bolsillo; usted tiene pagada hasta la respiración. Es decir, que si quiere usted, *abroncao*, sacar las dos pesetas y tirar-

las, habrá allí persona que le diga que no se moleste, y las tire por usted. Usted va á llevarse veinticinco mil pesos, y le vamos á dar á V. siete mil quinientos como anticipo. Y va usted á ver qué toros le embarcamos: ochenta y cuatro, españoles legítimos, de la Península, de acá, ¿me entiende V.? de lo que allí se ha visto pocas veces, y en cuantito que V. se perfile delante del primero, con esa postura que deben copiar en mármoles y bronce, se queda la plaza negra de sombreros, y...

El matador hizo un gesto negativo.

—Saliva en balde — dijo.

Entonces tomó la palabra el otro empresario, un tipo completamente opuesto al de su colega, más rehecho y musculoso, rubio como un alemán, franco y expansivo, apasionadísimo por las costumbres inglesas; un español extranjerizado por su educación, aristócrata en sus gustos de faldas, profano por ende en cuanto constituye el género flamenco, pródiigo también de palabras, en que generosamente daba á sus oyentes toda la ilustración de turista adquirida en sus constantes viajes por Europa y América. A setecientos cincuen-

ta mil duros ascendía el capital de que era dueño. Tenía casa en Londres, en Alemania, en Cuba y en Málaga. No le gustaba aquel regateo para cinco mil *miserables* duros, que era en total la diferencia. Adivinábanse en él las bondades y el espíritu de transigencia propios de los grandes trapisondistas y de los verdaderos hijos de la fortuna; la confianza que dan quince millones en el porvenir. La ruina era para nuestro individuo una palabra que no tiene significado preciso; que se anticuó desde los tiempos de la pobreza y que no hace ya falta en el diccionario.

Ocurría la escena en Fornos, en el restaurant del entresuelo, y eran cuatro los comensales del almuerzo con que se estipulaba el contrato, contándose entre los comensales Luis Martínez el espada, el hombre de moda en la torería, de reputación grande y reciente; un nuevo astro que había aparecido en España, y un espíritu algo revolucionario é innovador en las costumbres y el arte de la profesión á que se dedicaba.

Los dos empresarios eran hermanos, y como detalle preciso de su biografía queda dicho el más importante al referir la cifra á que según el rumor ascendía su fortuna, pero siempre completará y afirmará, digámoslo así, el parecido de sus retratos, la averiguación de los orígenes y bases de esta fortuna misma.

Hablaba el hombre rubio, el español extranjerizado, hablaba mucho de géneros, de almacenes, de los beneficios que deja el negocio de importación, y cuanto se relaciona con el alto comercio tenía en sus labios el panegírico del apasionado, el análisis del inteligente y las calurosas frases de la gratitud. Hubiera roto lanzas con los más sabios discutidores si alguno de éstos le negara que el comercio es el eje del mundo, porque así lo consideraba nuestro hombre, y echábalo á reñir con artes y letras, política y ciencias. Era su discurso en un todo semejante al de los comisionistas viajantes, que agotan su ingenio para elogiar el muestrario, y llevan con éste último doce ó catorce grandes fábricas debajo del brazo. Uno de esos individuos ante cuyo

examen los sujetos como yo, que no saben distinguir el tejido catalán del inglés, palidecen y tiemblan, porque sus miradas fijanse primero en la ropa que en las facciones, y distinguen el *tricot* del *elasticotín* y aprecian la calidad y el corte, hacen la suma, y con arreglo al total manifiestan mayores ó menores pruebas de consideración al individuo. «¡Oh! pantalón, chaleco y levita, cheviot de primera, importado, marca Londres, fábrica Tal, corte Muñoz y Pedraza, cuarenta duros.» Se acercan, os tienden su mano, estrechan la vuestra poseídos de un repentino y entrañable afecto, y os ofrecen su casa, su casa en Londres, en Alemania, en la Habana y en Málaga. «Esta es mi tarjeta.» La entregan. Una cartulina, (marca Bristol) en que se lee:

M. S. VÁZQUEZ

importador de tejidos.

GRANDES ALMACENES "LA EUROPA"

HABANA

El otro Vázquez, el moreno agitanado, el que vivía en Málaga, no usaba el *chantage* de la especulación francesa, y prefería, como ya sabe el lector, la trapisonda española, siendo un verdadero clásico en este género. No era tan explícito como su hermano, y eludía toda definición concreta y precisa con respecto á la índole de su comercio. «Yo también soy comerciante», y sin decir en lo que comerciaba, variando la conversación, hablaba de mujeres, de toros, de política, de cuanto puede distraer á los oyentes con volubilidad pasmosa, con gracia singularísima, gracia que dependía mucho de los gestos y expresiones distintas que para cada frase tenía aquel rostro barbilampiño, de los ademanes y actitudes á que se sometía su cuerpecillo de hombre flacucho lleno de contracciones nerviosas. El matador fingía ignorar el secreto de este comensal, pero lo sabía por uno de los picadores de su cuadrilla. «Es un tío *mu largo*, hubo de decirle; él me conoce y se *achanta*.» «Pues ¿quién es?» «Es *empeñista* en Málaga.» Ese era su comercio. El préstamo tal vez usurario, puesto que con tanto

afán procuraba ocultarlo. A su casa iban prendas y alhajas por las que daba la tercera ó cuarta parte de su valor. También era el suyo, como se ve, comercio de importación y de importancia.

El otro comensal era yo mismo. Yo que por aquella época, y por razones que el lector irá sabiendo en el curso de este relato, había empezado entonces con el espada Martínez un trato amistoso, de esos cuya intimidad llega á mucho y cuando llega á mucho nos sorprende, como cosa inesperada pero también ineludible. Yo que por aquella época, efecto de la miopía de mis ojos y de los roces y encontronazos que se daban mis afectos y sentimientos con todas las esquinas de la vida real, veía los objetos de este mundo como los veo ahora, muy pequeños, y la humanidad como una gran cantidad de carne que sería obra de misericordia quitar de en medio, no tanto para que no estorbe el tránsito de los demás seres, sino para que no repugne.

Y como explicación, no en España, sino fuera de España, de esta amistad entre el

hombre dado á los libros y el entregado á los quehaceres del redondel, á los riesgos y venturas de la tauromaquia, preciso será decir quién es y cómo es Luis Martínez el primer espada, las cosas que hace, las que piensa, las que siente y las que dice, lo cual no es para este momento, sino para todos los del libro, proceso y análisis de la torería.

Pero sí lo es, ya que no su historia, su retrato, utilizando, digámoslo así, algo semejante al modernísimo adelanto de la fotografía instantánea para que lo vea el que leyere en el culminante episodio del contrato para la Habana dentro de aquel comedor muy concurrido por los gastrónomos, por los vividores de la política, por los gananciosos del juego y los perdidosos del amor; dentro de aquel comedor, repito, donde todos habían ido dejando huella y señal de su paso, de su roce, de sus alegrías caras, que duran el tiempo preciso para templar el Burdeos y helar el Champagne, huellas que se comprobaban en las colgaduras, cuyo pliegue en fuerza de serlo y por el sello de miseria respetable que da el tiempo y el uso, era ya como arruga; en la sillería

en cuya vejez se conocían las venas de la trama; en el piano, desbarnizado, amarillento de teclas, plagado de desafinaciones, que se habían corrido por todas las escalas como una epidemia de las notas; hasta en el espejo, cuya luciente luna parecía empañada por los vahos de los guisos y de los estómagos. Un restaurant concurrido donde los mobiliarios hechos para un año tienen que renovarse todos los meses, un comedor donde todo vive mucho en poco tiempo, hombres y cosas, donde la existencia como el manjar se toma á grandes dosis, una atmósfera en que respira muy deprisa la gente joven, y en que no se oye jamás el ruido de esa otra respiración llena de quejidos, de ese aliento que se va pareciendo al estertor con el cual desde el viejo sillón donde acaso ha de morir, consagra el padre ya anciano y paralítico, consagra y hace bendito todo el aire, comedor que no tiene pianos ni espejos, ni colgaduras ni ramos de flores en el centro de la mesa, sino alrededor de ella, caras de ángeles que sonríen á la fruta, cabezas de niños y de mujeres que los cuidan y miran á los hombres para

que no se incomoden, cuando hizo el más osado pequeñuelo la travesura de coger cerezas dobles y colgárselas como pendientes en las orejas. ¡Madres y esposas! ¡Hijos y padres! Se come muy bien en Fornos, amigos míos.

Y había que ver á Luis Martínez, hombre de corazón, que tenía quizás al llegar al triunfo, en medio de las alegrías que el éxito procura, amargados y entristecidos muchos sentimientos como sucede á casi todos los vencedores en la lucha por la existencia; había que verlo en el comedor del restaurant durante los empeños del contrato. Había que ver allí tanto como en una acometida de dos hombres contra uno solo. Los dos empresarios y el torero. Los dos especuladores, que entonces como siempre se paraban mucho en la moneda que iban á dar, en la cantidad y en la calidad, en la moneda que iban á dar ó á poner á réditos y beneficios de negocio sobre los riesgos á que se expondría la vida de un hombre. Así los trataba el matador con saña, abroquelándose en sus resoluciones hasta hacerlas irrevocables, porque así había

que tratar á los que iban á echarle ochenta y cuatro miuras y muruveños, para que se librara de ellos; como á dos fieras, dos moruchos más, ochenta y cuatro y dos ochenta y seis. Y éstos — los empresarios — eran los que tenía que despachar antes como los más peligrosos, los de *más sentido*, quedando para luego, por ser lidia menos expuesta, el dar buena cuenta de los otros.

Amargado y entristecido de ánimo estaba, como todos los vencedores, más que todos, porque él había tenido que luchar con la humanidad cuerpo á cuerpo, viéndola más de cerca en el redondel, respirando el mal olor que le rodeaba, que le envolvía emanando de los tendidos; pero estos desquiciamientos de las ilusiones y estos castillos ruinosos que antes fueron edificios de las esperanzas, á Luis Martínez el espada, el matador, eran cosas que á fe mía no le salieron nunca á la cara.

Del hambre y de la miseria, de la que solo se desprenden emanaciones, miasmas de muerte, Luis, como por arte de encantamiento, lo había sacado todo. Podía reirse de los incrédulos que dudan el milagro de Moisés

cuando hizo brotar el agua de una roca. El estaba allí hermoso y fuerte, aclamado por las muchedumbres, solicitado, requerido de amores y de amistades, viviendo en los tibios refinamientos del lujo, renunciando ya, por parecerle obra larga y fatigosa, renunciando á contar su oro; él estaba allí siendo una viviente afirmación de que un día sin pan y una noche en que desvela el llanto pueden ser gestaciones de la energía, y con la energía, con la fuerza de voluntad, de todo, del valor, de la audacia, hasta de un desarrollo varonilmente bello de la musculatura, la musculatura de Hércules y la cabeza de Antinoo. ¿Y el corazón y el alma, si existe eso? ¡Bah! Entrañas y cuanto es fuerza vital, espíritu y materia, también ganan, también, porque se queda todo como dorado á fuego por el sentimiento. Brillante, indestructible y pulido. ¿Qué sabe de estas cosas la gente de las contrabarreras?

Luis procuraba ocultarlas por eso, porque le constaba que la humanidad es una gran ladrona de joyas. Luis las guardaba para sí, para su casa, para su mujer, á quien abraza-

ba dos veces de una manera distinta las tardes de espectáculo; dos veces, una al partir, «¡Hasta luego! ¿Entiendes? Hasta luego.» «Sí, hombre, sí, hasta luego; pues... pues no faltaba más.» Y él oía un portazo que se daba á propósito para que no oyera *lo otro*, el golpe seco de las dos rodillas sobre las que se aplomaba el cuerpo de la buena moza, allá dentro, ante la imagen de la Virgen, madre de los afligidos. El otro abrazo era, al regresar de la corrida, libre de riesgo, una caricia frenética, mientras que ella le besaba en la boca, en los ojos, en la frente, hasta en las manos que acababan de matar toros, y entonces, entonces solía suceder que ño se dijeran nada, porque no podían hablar, porque se les formaba un nudo en la garganta, y se quedaban como embobados cogidos de las manos, apretándose las con fuerza y mirándose uno frente á otro con los ojos llenos de lágrimas. La miseria. ¡Sí! No la olvidarían; no la podían olvidar; era como un animal inmundo que había vivido con ellos muchos años y que había muerto dentro de la casa,

Luis era español de nacimiento, pero su tipo era más hermoso que el tipo español en toda su pureza. El tipo de los hombres de Roma y de Nápoles que sirvió á Canova para modelo de su *Mercurio volando*; y era que había en él sangre italiana, sangre de su padre, varón toscano, que casó con una de nuestras hermosísimas hembras de las Provincias Vascongadas; su estatura, mayor que la general en nuestra Península, más alta y á pesar de esto más erguida, suelta de ademanes y movimientos, sin perder nada por ello su gentileza y gallardía, sino antes bien ganando con esta soltura en naturalidad y desembarazo. Tenía el pelo y los ojos negros, pero no la tez morena, sino con el blanco sólido y lechoso que corresponde al tipo trigueño. Estremada corrección de facciones y podía estudiarse la maestría de todas las líneas en aquel rostro siempre afeitado cuidadosamente por tradiciones y usos *de la clase*.

Pero ya lo hemos dicho, Luis Martínez era en la torería un revolucionario de estas costumbres, en primer término, y aun en segundo, de las mismas *reglas del arte*. No solo era

capaz de inventar suertes nuevas en la arena, delante del bicho, sino que ponía en práctica nuevas usanzas, y se presentaba con modalidades distintas.

Aquellos mismos orígenes de pobreza suyos eran de índole más terrible, menos soportable, pero de índole contraria á la de los orígenes de pobreza de otros toreros. Él había sido un pobre de levita. Él no pudo nunca defenderse con las economías de la blusa ó la chaqueta contra los ataques de la desgracia. No hubiera podido justificar el uso de estas prendas diciéndose y diciendo á las gentes que vestía el traje de lo que era, de un jornalero, porque el jornal se cuenta por días, se paga por semanas, y él que tuvo en realidad diez reales diarios, recibió para tenerlos un papelucho firmado por directores de empresas ferrocarrileras, un nombramiento en que se le llamaba *jefe de estación* y se le asignaban por su jefatura *trescientos reales mensuales*. El jornal se convertía en sueldo y el hambriento era un empleado. ¡Chaqueta ó blusa todo un *jefe de estación*! ¡Imposible! Le hubiera despedido la compañía,

cuidadosa en extremo de su decoro. Luego además de esto ¡Dios mío! además de esto quién duda que puede no comer, pero es imposible que deje de gastar faldones el que es hijo en familias de esa *clase media* de militares y empleados, que debe justificar de algún modo el calificativo y que no lo justifica como no sea en vista de su carencia de recursos, bien apellidada *media* porque no es clase entera, y más parece partida ó quebrada por la mitad. Y por último, ya que estamos en ello, había otros horrores y otras espantables cosas en el poema del pasado, otras que también se originaron en la educación misma de Luis, y en aquello de ser, de haber nacido lo que se llama *una persona decente*. ¡Ah! ¡La buena cuna! Los pobres llegan á maldecirla muchas veces, llegan á ocultarla, porque saben que para el trato social es un orgullo, un estigma infamatorio para el trato frecuente con la escasez. Las paredes desnudas de las guardillas dejan al más ligero roce una gran mancha de yeso, que se ve más que en ninguna otra prenda en la levita negra de las personas decentes. En Luis Martínez era la

necesidad acicate para los enamoramientos del lujo, apasionándole como de un imposible. Soñaba con la fortuna, y no como sueñan con ella los avaros, sino los pródigos. Quería ser rico á toda costa para hacer como los ricos todos los milagros del oro. Y en la vivienda humilde donde se repartían aquellos diez reales de su sueldo entre diez personas que tenían que comer lo que con ellos se comprara; en la vivienda en que se realizaba á diario el prodigio de Jesús con los panes y los peces, había una imaginación, la de Luis, que en alas de esperanzas locas invadía el porvenir, para ver allá, lejano ó próximo, pero siempre en los dominios del mañana, un acto suyo, un hecho de fuerza, de valor, acaso de talento, una obra cualquiera de la inteligencia ó del corazón, pero tan admirable, tan superior á las obras de las demás gentes, que por su virtualidad convertía al desconocido jefe de estación en celebridad española, haciendo en su vida mutaciones propias de comedia de magia, cambiando la decoración de guardilla en palacio, la raída vestimenta en costosísimo traje, tendiendo

alfombras mullidas en el pavimento, colgaduras en los umbrales, adosando á las paredes mobiliarios de maderas preciosas, espejos de Venecia, cuadros de los grandes pintores, ricas telas, artesonados techos, y había un comedor, y él veía en el centro una mesa cubierta de manjares, y se veía él mismo como en un espejo, de pie, á la entrada, diciendo á sus padres, á sus hermanas, ¡las pobres! le sonreían llevándose todavía el pañuelo á los ojos para secar las últimas lágrimas diciéndoles con la sonora voz de la victoria y de la dicha: «¡A COMER!» No hay quien pinte las maravillas que pinta el hambre. Luis, como artista, se enamoró de su creación, y llegó un día en que enfurecido y despechado al ver que las bellezas tan bien fingidas no eran lo que debían ser, vivientes realidades, hizo como Miguel Angel, arrojó el hierro de su voluntad contra todas aquellas durezas de granito. «*¡Parla si puoi!*» Fué no como mutilación hecha en la piedra, sino como herida en la misma carne de la adversidad para castigarla, vencerla y domarla. No hirió con el cincel, sino á filo de espada, y todo el mon-

tón de podre y sangre, todo el mónstruo de la miseria, lanzando un rugido de dolor, se vino abajo.

—¡Olé!—gritó en la plaza frenética de entusiasmo la muchedumbre.

Luis Martínez hizo un gesto que no se sabe si fué de asco ante el animal muerto, pero de asco fué seguramente.

Hoy, en el momento en que lo presenta al lector este relato, la realidad superaba á sus sueños, hasta tal punto que á veces, él y su mujer, tocando lo real, les parecía que soñaban; ella, creyente en religión, ahora más que nunca, no se cansaba de repetir: «Hay Dios, hay Providencia;» en tanto que Luis se contentaba con tener fe en sí mismo, y todo lo más que decía con una expresión inenarrable que acompañaba muy bien á lo fino y agudo de la sátira, «Hay toros», Los había, y por cada toro muerto entraban en su casa los miles de pesetas que era una bendición. ¡Cómo se abrazaban marido y mujer al regresar de la corrida!

Ahora Luis Martínez tenía un caudal. Por eso, por eso estaba en Fornos en el restau-

rant del entresuelo, sonriendo desdeñosamente á las proposiciones de rebaja de ajuste.

— Treinta mil duros. No se cansen ustedes. No voy á Cuba por una peseta menos. El anticipo en la mano ahora mismo, y para el resto necesito garantías.

No parecía que estuviese hablando con millonarios, sino con aventureros. Ellos, los Vázquez, mordíanse los labios, palidecía el nervioso, y el otro, el sanguíneo, sentía arrebatado de calor en las mejillas. Daba verdadera lástima la desesperación con que defendían su dinero. También hay luchas dolorosas en el ánimo de los usureros y de los avaros. El matador no pareció apercibirse de lo que estaban sufriendo. Trataba el asunto con indiferencia, frívolamente, interrumpiendo á veces las razones en el punto del diálogo en que llegaban á ser más interesantes, para hablar de literatura ó bellas artes conmigo, de mujeres *barbianas* con el gitano, de los boulevares de París con el importador de tejidos, haciendo olvidar que era torero, haciendo creer que esto de la torería en él era un absurdo, haciendo sentir mucho por la convicción de la

verdad. Aquel hombre inteligente, delicado en sus gustos, lleno de esfuerzos nobles y de sentimientos elevados, era una recriminación terrible contra su patria. No había podido hacer fortuna más que matando toros. Yo creo, y libreme el sentimiento del asunto que trato, de incurrir en inexactitudes ó exageraciones, pero yo creo que su sed insaciable de riquezas debería tener por principal objeto llegar á la conquista del millón, cogerlo, estrujarlo con ira y tirárselo á la cara al populacho soez que lo aplaudía, á la sociedad que sólo apreciaba en él el valor y la destreza, y por estas dos cualidades, no por otros méritos, se lo daba. Y si este no era su pensamiento, merecía serlo.

Íbase con aquel hombre de asombro en asombro por una serie interminable de sorpresas que producía en el observador. Siempre había en él algo que protestaba de *lo de la clase*, algo además de su viva y fácil palabra, de su lenguaje correcto y escogido, de la distinción de sus modales, algo que acompañaba perfectamente á este conjunto, como el detalle de llevar alhajas muy pocas veces,

sólo en los casos en que la tradición y la moda de las gentes de coleta las imponen como precisas, pero aun así eran alhajas elegidas por un hombre elegante; eran, no las que llevan los toreros, no sorprendentes y deslumbradoras por la cantidad de pedrería y la calidad de ésta, sino admirables por lo esmerado del gusto, sencillas si se quiere, de más valor artístico que el intrínseco de joyería.

La ironía al hablar de estos menesteres de costumbre tenía en sus labios incomparable gracejo.

— Yo sé beber vino y decir palabras soeces, abofetear y armar broncas, escupir por el colmillo, hablar ceceando comiéndome las sílabas finales, dar un duro para que se cobren el gasto haciéndolo sonar y tirándolo de manera que todo el mundo vuelva la cabeza; no me asustan las navajas de los matones, y puedo hacer, en una palabra, todo lo que hacen *los hombrecitos*. Lo que tiene es que no me da la gana, y que todo eso no hace falta ninguna para ponerse delante de un toro y tener corazón. El traje corto es muy bonito, llevo hasta conceder que es muy gracioso,

pero yo no me lo pongo porque me sienta mal, y si no me sienta mal á mí me lo parece, y sobre todo, no me gusta, porque hay muy pocos hombres de mi estatura aficionados á vestir de chaquetilla ajustada y pantalón ceñido. Me los pondría en mi profesión solo cuando tuvieran carácter obligatorio, cuando se estableciera como uniforme. Y aun así, ¿quién sabe?

Y los que le escuchaban, los ternes, los clásicos, al encontrarse cara á cara con las miradas de Martínez, miradas de reto, firmes y penetrantes, bajaban los ojos.

Hacia verdadero alarde de estas cosas, de estas protestas, como las he llamado, hasta el punto de llevar la coleta sin trenzar para disimularla mejor, peinándosela hacia delante de manera que aun con la cabeza descubierta precisaba fijarse mucho para conocer el punto de arranque del mechón; nada de macizas leontinas formando comba sobre el chaleco, sino reloj de hierro y oro, sin cadena, un sencillo reloj, una buena máquina sistema *remontoir*, sistema muy de moda en el mundo elegante, y que cuesta á lo sumo veinte duros.

Solía decir á los que le preguntaban acerca de la vida, usos y costumbres de cuantos visiten de corto:

—Eso afortunadamente ha cambiado mucho y cambia más á cada hora que pasa. Ya no hay aquellos arranques de rumbo ni gentes que limpien el vino en las mesas de las tabernas con mantones de Manila. Eso ha desaparecido; el torero de hoy es como todo el mundo, y como todos lo que procura es guardar, hacer economías, que siempre es mucho mejor que hacer sandeces. Alguno queda, chapado á la antigua, pero con su pan se lo coma, y así se ha visto en más de una ocasión á *la cuarta pregunta*, como él dice, y teniendo que sufrir lo que todos sabemos.

Como suele decirse, sin sonar mucho un solo duro, estando equidistante de la prodigalidad y de la avaricia, sabía gastar á tiempo una onza, que daba como dan el dinero los que lo poseen, sin ostentación gala ni aparato.

Todas estas cosas tenían demostración á cada instante y en cualquier acto de su vida. Teníanlo aquel día en el mismo almuerzo dado á los empresarios, ó mejor dicho, á los

que trataban de serlo, y en que el jefe de cuadrilla á quien los Vázquez querian contratar, lejos de ser convidado era anfitrión, porque donde Luis Martínez se presentaba nadie gastaba un cuarto. Un almuerzo en que eligió los manjares y los vinos con la sabia delicadeza de paladar peculiar á los ahítos, y sin acordarse para nada de la *pescaíya* ni de las *bocas*, sino de las trufas y setas, del *foie-gras* y de las salsas y aperitivos que han hecho inmortal entre los gastrónomos el nombre de Vatel como práctico, el de Brillat-Savarin como teórico en el arte culinario. Las marcas lacradas de las diferentes clases de Burdeos, el Sauterne para los asados, y de los vinos españoles el Jerez, soberano en Europa de todos ellos. A los postres se destaparon las botellas de Champagne.

En fuerza de instancias, de ruegos, casi valiera más decir de súplicas, consiguióse una concesión, no de rebaja en la cantidad total, sino en el anticipo.

—Paso porque no sean diez mil duros, pero siete mil quinientos tampoco. Quiero cantidad redonda: ocho mil.

Los dos contratistas bajaron la cabeza. Asentían.

—Al salir de aquí, puesto que ya estamos de acuerdo, iremos á casa de mi notario. Ahora hablemos de cosas más divertidas.

Pero ellos no podían tener bastante dominio sobre su inteligencia, que con el asunto de la especulación y el riesgo del capital se preocupaba. Decididamente el torero era cruel y exigente. Se atrevía á pedir garantías de los veintidos mil duros restantes. ¡Garantías, cuando él no las daba de que ninguno de los ochenta y cuatro toros podía matarle!

—La garantía es mi corazón y mi destreza. Si hay algún establecimiento bancario que admita ese depósito, yo los dejo allí á la disposición de ustedes, y voy sacando del total de estas dos cualidades mías la parte que necesite para cada corrida!

Dijo y se echó á reír al ver la cara con que escuchaban los Vázquez este razonamiento.

Ya no era posible hablar en serio. Las miradas del matador se fijaban en mí de vez en cuando tan expresivas de las ideas que quería comunicarme acerca de sus contratistas,

manifestándome el aprecio que de ellos hizo con tanta claridad, que no sé cómo los infelices comerciantes no leyeron en sus ojos y en los míos este ir y venir de ideas: «Un par de torpes, ¿no le parece á V.?» «Estamos de acuerdo.»

Y derrotados y maltrechos por los golpes que recibieran en la lucha, continuaban, sin embargo acometiéndole, pero sin ardimiento ni vigor, estenuados por completo.

Bebido el Champagne de la última copa, nos habíamos levantado de la mesa para seguir de pie el combate. Pero ¿estaban locos aquellos hombres? ¿Qué pretendían con su terquedad? ¿No había dicho que no rebajaba un céntimo?

Lejos de impacientarse lo tomó á diversión y broma; era un maestro de esgrima jugando el asalto con dos profanos. Dejábase llevar á los huecos del balcón, ora por uno ó por otro de los hermanos; á veces los dos hablaban á un tiempo, los dos le tenían allí, á la luz, junto á los cristales, como acorralado. ¡Paciencia! Acabarían por hacer el mohín desesperado de resignación forzosa, cuando se convencieran, cuando se penetraran bien de la

sinceridad con que el espada hizo su famosa interrupción:

—Saliva en balde.

Era de ver entonces cómo hablaba Luis á cada cual en su lenguaje, cómo mezclaba modismos franceses en su conversación con el importador de tejidos, ni más ni menos que pudiera hacerlo el más perfecto gomoso, y cómo con el otro, con el malagueño, con el que era en el comercio buque como los piratas sin bandera conocida, competía en gitanadas y picardías, siendo más flamenco que todos los nacidos en el Perchel desde lo que va de siglo.

—Pero ¿se ha venido usted aquí á tener palabra de rey?

—De hombre y de torero, que es la más fija—contestó Martínez.

Y á cada instante distraía el diálogo pidiendo informes acerca de la Habana, de las costumbres de allí, del carácter de la gente, de los peligros y riesgos del clima.

Aseguraban con toda formalidad cosas estupendas. Según ellos se estaba esperando á Martínez en la Habana como *al santo adve-*

nimiento. Saldrían á recibirle con antorchas. El capitán general se pondría á sus órdenes. Todas las mujeres bonitas gastaban el papel por resmas y la tinta por botellas y las plumas por cajas desde que Vázquez salió de allí, ensayándose día y noche en escribir cartas dando citas amorosas al espada. Las rompían después de escritas porque todas les parecían poco tiernas. Luis acabó por reirse á carcajadas.

Luego, de repente, recobrando su seriedad, dijo:

—Es muy tarde. Vamos á la notaría. Tengo el coche abajo.

Y entonces, desde entonces no hablaba nadie más que él. Expuso su deseo concretándolo punto por punto, mientras que el carruaje nos llevaba rápidamente.

—Esto se hará así; se formulará de esta suerte: nada de actas; escritura pública con toda su fuerza. Usted—añadió dirigiéndose al personaje rubio—usted supongo que vendrá provisto de los documentos necesarios.

—Cédula no.

—El pasaporte es como la cédula personal.

Llegaron. El dueño de los grandes almacenes «La Europa» mostró de improviso grandes deseos de apresurar los sucesos, impaciencia por acabar de una vez.

—¿Puede hacerse ahora?—preguntó al notario.

Pero Martínez, tendiendo el brazo con reposado acento impidió la respuesta.

—No. ¿Para qué? No es puñalada de pícaro. El señor tomará nota de nombres, apellidos y profesiones, de cuanto sirve para *llenar los blancos*, y mañana yo le mandaré la minuta de las cláusulas que ha de tener el contrato. Mañana se hará todo mejor pensado por ustedes, porque yo lo medité ya bastante.

—Si no es preciso—insistieron—¿estamos de acuerdo, sí ó no?

—Lo estamos hoy—terminó con mayor gravedad el diestro—mañana Dios dirá.

—¿Pero esas cláusulas?...

—Ahora se vienen ustedes conmigo á mi casa, donde las dejé en borrador para que las copiasen en limpio.

Y volvieron á salir y volvió á llevárselos en

el coche, una victoria de lujo tirada por dos impacientes caballos blancos.

Desde la notaría no se habló sino por monosílabos durante el trayecto.

Fué terrible aquello de las cláusulas. Martínez hizolos sentar delante de él en su despacho, un despacho donde un escritor hubiérase hallado á las mil maravillas, en el que no había para el decorado cosa alguna que denunciara la profesión y clase torera, sino libros, óleos y acuarelas, armas de teatro, estatuas de bronce, y sólo allá, en el muro sin luz entre dos balcones, la cabeza disecada de un magnífico toro negro, y bajo la obra de disección de Severini, una chapa de plata en que se grababa el nombre del animal, su edad y la fecha de su muerte. *¡El toro de la alternativa!*

Sentóse Luis ante la mesa de escritorio, y empezó á leer con voz bien timbrada y distinta, muy despacio para que se fijaran bien en el valor de cada palabra.

Yo observaba á los hermanos Vázquez durante esta lectura.

Llegó un momento en que se miraron y palidieron.

He aquí lo que leyó. Hasta en su redacción revestía la forma de un ukase. Copio textualmente:

CONDICIONES

BAJO LAS CUALES SE HA DE FORMULAR MI CONTRATO
PARA LA HABANA

1.^a Don Luis Martínez trabajará en su clase de matador de toros, y en calidad de primer espada, en catorce corridas, que deberán tener lugar desde el 21 de Noviembre del corriente año hasta el 21 de Febrero del siguiente, poniendo de su cuenta cuatro picadores, seis banderilleros, un puntillero y un segundo espada, con ó sin alternativa, cuyo personal constituirá su cuadrilla.

2.^a Dos de los banderilleros citados figurarán con el carácter de sobresalientes de espada, y podrán matar en cuantas corridas lo crea conveniente la empresa.

3.^a Los Sres. Vázquez hermanos abonarán como precio de ajuste por este contrato al D. Luis Martínez la cantidad de 30.000

pesos oro español, valor Madrid, y de cuya cantidad pagará el Sr. Martínez á toda su cuadrilla.

4.^a Los gastos de viaje de ida y vuelta desde Madrid á la Habana de tres pasajes de primera clase y doce de segunda, así como los de hotel en aquella capital de este mismo número de personas, serán de cuenta de los empresarios, quienes se obligan á entregar al Sr. Martínez en la Habana, á primeros de Diciembre, los pasajes de vuelta, valederos para uno de los vapores de la compañía Trasatlántica.

5.^a Si durante el tiempo á que se refiere el presente contrato el Sr. Martínez resultase herido, lastimado ó enfermo en manera tal que no pudiese torear, la empresa le sustituirá en cuantas corridas sea necesario con cualquiera de los dos sobresalientes, entendiéndose que aun en este caso el Sr. Martínez percibirá el importe total de lo aquí estipulado.

6.^a En cada una de las citadas corridas se lidiarán seis toros, que podrán pertenecer á

ganaderías españolas, mejicanas ó criollas, según convenga á los intereses de la empresa, y cuyas reses serán picadas con puyas ajustadas al escantillón de la plaza de Madrid.

7.^a La empresa adquiere el compromiso de facilitar por corrida, y á cada uno de los cuatro picadores, cuatro caballos de primera y dos de comunidad, que reunan las condiciones de agilidad, sanidad y fuerza á juicio de los interesados, que deberán probarlos con la debida antelación.

8.^a Cuidará asimismo la empresa de tener bien arreglado y nivelado el piso de la plaza, corrientes los burladeros y barreras, con dependencia suficiente y capaz para el mejor servicio del ruedo. También tendrá una enfermería convenientemente dispuesta con botiquín, efectos y médicos que auxilién á cualquier individuo de la cuadrilla que resultase herido ó lastimado durante las corridas.

9.^a Teniendo el Sr. Martínez que ausentarse de la Habana inmediatamente después del 21 de Febrero arriba citado, no podrá la empresa demorar su salida, aunque por casos

de fuerza mayor no se hubiesen verificado hasta esa fecha las catorce corridas de que aquí se habla.

10.^a Los Sres. Vázquez hermanos se obligan y comprometen á entregar al Sr. Martínez en Madrid, en todo el día 1.º del próximo Octubre, y en concepto de anticipo, la cantidad de *ocho mil pesos oro español*, ó sean *cuarenta mil pesetas*, moneda corriente.

11.^a Igualmente se obligan los Sres. Vázquez hermanos á pagar al Sr. Martínez los *veintidos mil pesos oro español, valor Madrid*, restantes, en las siete primeras corridas que tengan lugar, entregándole *tres mil pesos oro* en cada una de ellas y el día antes de la celebración.

12.^a Como quiera que se fija como tipo inalterable de este contrato la suma de los treinta mil pesos oro especificados, se obliga la empresa á abonar á D. Luis Martínez esta cantidad, aun en el caso de que por cualquier accidente no se pudiesen verificar las corridas que la misma se propone organizar.

13.^a En el caso de que los Sres. Vázquez hermanos traspasen ó cedan, tanto el arrendamiento de dicha plaza de toros como la explotación del negocio á que este contrato se refiere, se entenderá que lo hacen respetando la presente escritura.

14.^a Como garantía del cumplimiento de este contrato, los Sres. Vázquez hermanos depositan en el Banco de la Habana y á disposición del Sr. Martínez, la suma de 22.000 pesos oro, valor en Madrid, para que los venga retirando en la forma que establece la condición undécima, quedando bien entendido que si no pudiesen celebrarse ni aun las siete primeras corridas, el Sr. Martínez podrá antes de dicho tiempo retirar por completo el indicado depósito.

15.^a La empresa se compromete á ceder gratuitamente al Sr. Martínez la plaza con todas sus dependencias para que, á beneficio del mismo, pueda éste organizar una corrida, que tendrá lugar entre la quinta y séptima de las verificadas por cuenta de la de la dicha empresa.»

Al llegar á este punto no pudieron contenerse por más tiempo los hermanos Vázquez. La cláusula décimacuarta, la penúltima, habiales herido en lo vivo. Hablaron, con palabra entrecortada, agitados y temblorosos no solo la voz sino hasta el labio.

— Señor D. Luis, eso del depósito en el Banco es una gran desconfianza.

— Perdone V., es lo que dice el contrato, una garantía imprescindible. ¿Cómo van ustedes á responder de esa cantidad?

Replicó el rubio, el extranjerizado:

— Con mis géneros, con mis tejidos, con los grandes almacenes «La Europa» que cuadruplican seguramente esa suma.

El matador hizo un mohín desdeñoso.

— No lo dudo, señor, pero si no se me pagara...

— ¿Qué?

— Yo no tengo para qué andar con embarcos y zarandajas. Lo propuesto aquí es lo más sencillo.

— Es que...

— Usted dirá.

Se había puesto el hombre muy avergonzado.

—Es que hoy por hoy yo no puedo disponer más que de algunas cantidades... que... que no llegan á esa suma.

Esta vez Luis Martínez tuvo lástima del sinventura.

—Está bien—dijo después de meditar un momento y hablando con sus modalidades de gran señor;—está bien, todo puede arreglarse. Para derogar la cláusula del depósito...

—¿Qué hay que hacer?—interrumpió el interesado dejándose llevar de su angustiosa impaciencia.

—Es muy sencillo. Yo me avengo á todo, Si la empresa anticipa aquí quince mil duros en lugar de los ocho mil, puede desaparecer esa cláusula en lo referente al depósito del resto de la suma total á percibir, quedando en pie el convenio de que los quince mil pesos restantes se cobrarían en las cinco primeras corridas, á razón de tres mil en cada una.

Y al decir la última palabra se quedó mirándolos esperando la respuesta.

Ya no estaban pálidos, sino verdaderamente lívidos, cadavéricos. Por fin el malagueño

armóse de resolución. Hasta se levantó de su silla.

—Pues bien, hay que hablar claro. No podemos entregar nada más que los ocho mil duros y los gastos de viaje. Pero el negocio... el negocio por sí solo, *camará*, ¿no es la mejor garantía?... A mí me parece...

El matador se levantó como de un salto, y con el ademán, con la voz, con la mirada, con todo cuanto sirve para acompañar á la expresión de las ideas,

—Señores — dijo — hemos tenido el gusto de almorzar juntos y de pasar un rato agradableísimo, pero nada más. Hemos perdido lastimosamente el tiempo.

Y extremó su finura para hacerles un saludo profundo.

Los despedía.

II

No vivía el matador en los barrios bajos, sino en uno de los del ensanche de Madrid, el más bonito de todos ellos, lleno de modernísimas construcciones, donde era hasta de moda ser vecino, porque allí se avecindaron, quizá por casuales coincidencias de gusto, casi todos aquellos cuyos nombres suenan con vibración constante en los oídos del público. Celebridades de la literatura, del arte y de la política habían constituido una colonia especialísima de pintores, músicos, oradores y publicistas, todos ellos aristócratas del mundo intelectual, imprimiendo con su presencia un gran sello de aventura y de bohemia elegante al barrio entero; dijérase de la atmósfera respirable que contenía allí elementos distintos y apoderándose de otros componentes agregaba al oxígeno el hedor excitante de la poten-

cia en la labor diaria de caricias, con que aquellos viriles ingenios se entregaban á la fecundidad de la producción. Y cogía el aire en una sala notas de la partitura que el músico estaba componiendo sentado ante el piano de Erard ó de Bord, las cogía y se las llevaba, estremeciéndose con el robo hecho, para sus ondas sonoras. Rozaba en el despacho del escritor la acritud de la tinta, secando las palabras para que se conservasen indelebles en la cuartilla de papel que sería página del libro nuevo, y en los estudios de los pintores, entrando violentamente y como por sorpresa, enjugaba el sudor producido por el cansancio de la postura, en el cuerpo desnudo de la modelo, y arrebatava al mismo tiempo los olores del aguarrás, del barniz y de la pintura fresca.

Luego, donde no era inquilino alguno de estos inmortales, habían puesto coquetamente sus mobiliarios nuevos, y tendido sus lechos para los amores fáciles, las celebridades de la hermosura, las mujeres que tienen el talento de morir jóvenes, haciéndose pagar muy caro el privilegio de que las quiten la vida los grandes viciosos. Habían invadido los

pisos bajos, como una carcoma de las casas, que roía las vigas de sostén y desbarataba la cohesión desde los cimientos, trabajando en lo oscuro y en lo cerrado de las estancias con suspiros, carcajadas y bostezos de haraganas, de locas y de aburridas, de tristes seres que aguantan la tristeza con el vino y la náusea con el perfume. También podían contarse en el barrio mujeres de la clase honrada, mujeres de sus maridos, pero aun estos matrimonios daban á la legitimidad de su unión un carácter escandaloso por lo visible. ¡El aire del barrio! ¡Todo era culpa de aquel aire cargado de despreocupación y como impregnado en las atracciones poderosas de la aventura! Eran de esos matrimonios que en verano, para respirar las brisas de la tarde, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes, se asoman y siguen besándose en los balcones.

Una espléndida luz hería siempre las fachadas sin mancha todavía, la nota viva de rojo ó de pizarra de las tejas recién puestas, y parecían complacerse, el sol en aquellos edificios y el tiempo en estrenar lo naciente, lo joven de la barriada entera.

El modernismo predominaba hasta en la división de habitaciones, llamándose *tercero* al que en realidad era cuarto, por obra y gracia de llamarse principal al segundo y primero al principal; muy pocos portales dejaban de tener entrada para carruajes, y era de mármol el arranque de las escaleras, ó sea el primer tramo de acceso; agua, gas, y timbres eléctricos.

El alquilado por nuestro protagonista era un prodigio de buen gusto. Empapelados los muros tan bonitamente, que daba lástima ocultar las combinaciones y labores del papel con los grandes muebles ó rozarlas con los altos respaldos.

Ya lo he dicho; nada podía revelar en esta morada la profesión de Martínez; sólo una entre todas las habitaciones, arrinconada y escondida allá en lo interior de la casa, servía de vestuario; sólo allí estaban los trajes, las monteras, las taleguillas de torzal de Valencia con franjas bordadas, cuanto es de necesario uso en la torería. Un magnífico equipaje cuyo coste representaba una fortuna. Tenía fama de ser el matador que mejor vestía,

con más lujo, con deslumbradora riqueza. Lo más barato que había en aquel cuarto se podía estimar en ocho ó diez mil reales. Se apretaba tanto el oro de los bordados y eran tan macizas las muletillas, que pesaban sus chalecos como corazas y sus chaquetillas como armaduras.

Era una salita con alcoba, una habitación en que abundaban las sillas, para colocar en ellas todas estas prendas, convenientemente enfundadas de percalina con el objeto de no deslucir los delicados colores del raso y de la seda, y de que la luz y el aire no hicieran perder su relumbrón á la lentejuela y al hilillo de oro. En la alcoba había una cama de bronce dorada, sobre la que se extendían los riquísimos capotes de paseo.

Un día hizome Luis ver toda la casa, y al llegar á esta alcoba, mirándome fijamente exclamó:

—Dormimos en la cama de palo-santo que ha visto V. ya en la alcoba del gabinete. Esa es la que ahora usamos. En esta no duerme nadie, y nadie dormirá. La tengo aquí como de respeto; fué nuestro primer lecho el de la

bendita noche de boda. La conservo porque tiene para mí muchos recuerdos, muchos, muchísimos. Es todo mi pasado de luchas y de dolores. Sobre estas almohadas —añadió poniendo en lo mullido su mano abierta y tocándolas con una caricia al lienzo— sobre estas almohadas he llorado yo en aquellos tiempos en que mi pobrecita mujer, que es una santa, se estropeaba sus dedos y sus manos, que son de lo más bonito de su cuerpo, lavando, repasando y planchando todas las mañanas para que yo fuera por la calle limpio y decente, porque yo no tenía entonces más que una camisa. He llorado mucho, y ella me besaba los ojos y me abrazaba con caricias de madre más que de esposa, cuando yo caía aquí sobre la cama desesperado, rendido moral y físicamente, deseando morir. Porque hubo días en que salía temprano á buscar dos pesetas ¡dos pesetas para comer! ¿me entiende V.? y tenía que volver de noche sin haber encontrado quién me las prestase, y nos acostábamos como habíamos amanecido. Ya puede V. prepararse á oír cuando yo le cuente mi vida.

Luego, encaminándose á la puerta, saliendo ya conmigo de esta habitación, terminó con una sonrisa indefinible:

—A propósito, pregúntele V. á mi mujer el *berrenchín* que tomó la Noche-Buena pasada, que se me antojó comer codornices y no las había en Madrid por ninguna parte.

—Diga V. que fué una locura—gritó una voz femenina desde la despensa—un despilfarro, porque mi Luis es un manirroto. Sí, señor. Trajo las codornices, las compró en Lhardy, y no trajo más que dos y le costaron dos duros. Lo que yo le dije: ¡Hombre, por Dios, hay tantos que con ese dinero cenarían esta noche! ¿Y sabe V. lo que me contestó? Pues que otros dos duros había dado al salir de Lhardy á una pobre que encontró á la puerta. ¡Ya ve V.! Y me estuvo mareando con las codornices, diciendo á cada bocado que estaban muy ricas, y que si los dos duros, y que vuelta y que dale. Yo me comi media.

Se llamaba María, era de buena estatura de mujer, bien formada, rubia y gruesa. Los

ojos azules miraban clarísimos, eran como transparentes, y tenía una expresión de inmensa bondad no sólo en los ojos, sino en la boca llena de risas francas, que separaban los labios, abriéndolos sin estudio alguno de coquetería, para enseñar, á la carcajada, su limpia, blanca y fuerte dentadura de mujer sana; una de esas risas que vibran sonoras y conmueven sin herir los oídos, sino halagándolos con notas atonadas á contralto. En realidad, por ser buena lo era todo, hasta físicamente hermosa, porque aquella santidad suya terrestre y humana, de corazón y de sentimientos, la herloseaba de un modo extraordinario. Luego la salud esmaltaba colores en las líneas y en los contornos, embelleciendo la carne con el sonrosado vivo de la sangre pura cargada de glóbulos rojos con el azulado de las venas, y el tono general de blanco-crema que tiene la epidermis de los niños. En su frente se modelaba muy bien la lealtad, y se formaba á veces el entrecejo acusador de las energías contra el sufrimiento.

Y es que el sufrimiento, como ella decía, *no la dejaba en paz*. Antes, en la desgracia,

cuando *su Luis* lloraba de desesperación y de tristeza sobre las almohadas de la cama matrimonial, cuando hubo ocasiones en que no se encontraban para comer dos pesetas; y ahora, en el lecho de palosanto, bajo la colcha de raso, dejándose abrazar por él, por *su Luis*, después de la cena abundante, que los excitaba al sueño y á las lujurias de la carne mimada y de los estómagos ahítos. Y si se analiza, eran mayores sus amarguras presentes que las pasadas, porque también era mayor su cariño, si es que en mujer enamorada pueden establecerse gradaciones de índole semejante. Amó á Luis, al principio, con los enterrecimientos de instinto que da la caricia primera; amóle después por la posesión misma, que la dejó rendida y dominada. Y vinieron, tras de acostumbrarse sus cuerpos á la unión sexual, los más íntimos contactos en que se penetraron y embebieron otras como musculaturas y nervios, las que son superiores, las que mandan en el organismo, las virtudes, producto del sabio engranaje en los temperamentos como el de Luis sanguíneo-nerviosos, magistralmente equilibrados. Y entonces ella

vió en el dueño elegido, no solo la fuerza, sino el valor; no solo la palabra, sino el talento y la nobleza en la mirada serena y profunda de sus ojos negros.

Eran mayores sus amarguras presentes, más abundante y amargo el llanto, más hondo el pesar y la vida entera más desesperada. Amaba ya con el amor completo. La forma, la escultura de carne, aquella gran figura de buen mozo que ya hemos dicho, el cuerpo de Hércules que servía como de pedestal á la cabeza de Antinoo, eso lo amaba y lo estrechaba en sus brazos, lo amaría y lo estrecharía siempre constante en el ansia de posesión, siendo una eterna recién-casada; pero las caricias fueron más frenéticas, más tiernas, cuando al entregar su cuerpo al goce entregó también el alma por admiración, no de los miembros, sino de la vitalidad que los movía, cuando amó las preeminencias dichas á medida que las fué descubriendo, el valor, el talento y la nobleza. Entonces daba muy fuerte el abrazo porque *su Luis* mataba toros, y ahora que recorría su marido las plazas de España, exponiendo la vida, jugándola casi á diario,

figurábase la pobre que el beso y el abrazo de su Luis podían ser los últimos; los días de corrida á cuantos entraban en la casa la mujer del torero se quedaba mirándoles sin acertar á decir más que una frase, una sola, con la cual contestaba á todas las preguntas.

—Hoy son Miuras, sí señor, hoy son Miuras.

—Buenos serán—respondía torpemente el aficionado.

—¡Asesinos! ¡Unos toros asesinos! Lo dice todo el mundo.

—Por eso tienen pena de muerte; descuida, mujer, que yo me encargo de que se cumpla.

Pero á pesar de la carcajada de Luis, del buen humor que le daba su confianza en el propio valor y destreza, la infeliz, á quien hacían mucho daño estos optimismos, íbase por los pasillos.

—Voy á sacar las medias de seda.

Al encontrarse con su cuñada en alguna habitación no podía contener los gritos del alma.

—¡Hija, yo me ahogo! Esto es una pena muy grande.

A veces, en medio de su dolor, sonreía de improviso como si la penetrase en el corazón una esperanza, acordándose de la primera salida que había hecho, su visita á la iglesia antes que nada, al levantarse, la misa rezada con fervor y pagada con esplendidez, misa que mandaba decir por devota necesidad siempre que *su Luis* toreaba.

—No le cogerán, no, ¡aunque sean Miuras!
¡Me pareció que me lo prometía esta mañana la Virgen de la Paloma!

Y así pasaban los días en estas incertidumbres y zozobras; y desde la primavera hasta el otoño la mujer del matador vivía de tan espantable modo, sufría tan horribles martirios, que resultaba el morir una idea, consoladora, no, pero sí ocurrida y acariciada en la mente como tenaz deseo de reposo, paz y descanso.

¡La lucha por la existencia! ¡Cierto! Los hombres necesitan ejercitar sus músculos para la pelea humana, pero entre todos los gladiadores que cuenta este siglo, que los ha de con-

tar en más centenares que otro alguno, por ser el de más decisivos empeños, entre todos, artistas y sabios, el verdadero oficio de gladiador solo existe en España, sólo en España se retribuye y se protege, se apadrina altamente, llegando á ser el circo español como era el circo romano, una garantía de la paz pública. *Panen et circenses*, decían los degradados hijos del Lacio y *Pan y toros* decimos nosotros.

¡Ah! Ya sabía la pobre mujer, ya sabía que las noches sin sueño del literato son nobles lides con el lenguaje, que no acaban hasta dejarlo vencido y dominado; las del sabio, con lo ignorado de la ciencia, á la que hay que arrancar á la fuerza y una por una las verdades; oyó decir que en estos oficios se muere pronto y más rápidamente se gasta la vida en razón del mayor ahinco; que con la pluma y el compás, con el cincel y la paleta todos luchan, todos hieren y son heridos, y que la campaña de la inteligencia tiene desesperaciones que llevan hasta la enfermedad, hasta el suicidio.

Pero el arma de su Luis era de acero, pesada y fuerte, verdadera arma, como era real

y cierta su pelea. Acometía con espada al toro, cuya ferocidad, al decir de las gentes, sobrepuja la de todos los animales. Y no eran los suyos ejercicios de doma, sino un combate positivo, en el que el hombre ó la fiera tenían que morir. ¡Sí! Desde la primavera hasta el otoño, contratado para las dos temporadas de Madrid, solicitado por todas las empresas de provincias, Luis Martínez el matador se jugaba la vida. Y es lo que la infeliz llegó á decir, refiriéndose á la afición y al espectáculo vistoso y alegre de las muchedumbres en la plaza: «A mí que no me digan. La humanidad tiene que ser muy mala puesto que se divierte con eso.»

Desde la primavera hasta el otoño, en Madrid y en provincias se celebraban corridas y figuraba el nombre de Luis como espada en los carteles, y eran entonces para María los más pequeños espacios de tiempo, los minutos, los segundos, como eternidades; la existencia un horroroso vértigo que al llegar los reposos del invierno se recordaba como una pesadilla. El, vivía en el tren, recorriendo todas las líneas de los ferrocarriles españoles de

Norte á Sur, de Este á Oeste, seguido de su cuadrilla, deteniéndose en las fondas nada más que el tiempo preciso para dar las estocadas y partir de nuevo á otra capital, donde otro público ébrio de vino y de grosería tenía ya en los corrales de la plaza encerrados seis toros vivos á los que había que dar muerte. Se le podía seguir por el rastro de sangre que á su paso iba dejando en cada sitio; sangre que allí donde se detenía, goteaba de la espada al sacarla de la herida hecha en el lomo de la fiera, y que de la herida brotaba también á borbotones. Se le podía seguir sin mirar á la tierra prestando oído á las vibraciones del aire, en las que se oía el ruido de los aplausos y el estrépito con que al herirlos en el corazón se desplomaban los toros muertos sobre la arena. No se cansaba España del espectáculo, y á precio de oro llamaba á los matadores, á los tres matadores de mayor nombradía que por entonces hubo. Sevilla, Cádiz, Granada, Valencia, Barcelona, casi todas las capitales se disputaban la contrata de las cuadrillas. El año anterior sólo Martínez había matado ciento sesenta y dos toros de diferentes ganade-

rías. Y el año en que comienza este relato tenía ajustadas ochenta corridas. ¡Un frenesí, una locura que volvía á la pobre mujer loca de pena!

Quedábase esperándole en Madrid con su cuñada, con su madre, sin tener fuerzas para resistir al martirio, odiando el lujo que la rodeaba, los montones de oro que se iban acumulando. Leía con avidez en los periódicos las noticias taurómacas. «Hoy torea en San Sebastián, mañana en Bilbao, luego en Tarragona; allí mata él solo ¡seis toros! de D. Vicente Martínez. ¡Cornalones! Siempre le tocan esos malditos. Desde allí iré á Palma de Mallorca. No matará más que tres; menos mal. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿cuándo acabará esto?» Y se encerraba en el cuarto que habilitó para capilla, donde estaba la imagen de la Madre de Dios y colgados los estoques y las muletas para que la Virgen los amparase con las miradas de aquellos ojos en que el escultor fijó para siempre una expresión de infinita tristeza. Pasaba más horas arrodillada que de pie, allí, ante el altar adornado por ella misma, y la temblorosa luz de las velas de cera

iluminaba su rostro tan pálido como el de la Virgen, su frente, en que la arruga del dolor empezaba á ser indeleble. La imagen y la mujer, una frente á otra, inmóviles las dos, no cesaban de mirarse. Y es lo que ella decía: «Lloramos juntas.» Expresaba, el trabajo del cincel en la escultura, la desesperación con que debió gritar la nazarena: «Han matado al hijo de mis entrañas.» Y expresaba, el trabajo de ese otro cincel de la vida para la carne, en la criatura, esta otra angustia suprema que era la mejor plegaria: «¡Mi marido! ¡Virgen mía! ¡mi marido! Sálvalo tú, Reina del Cielo. ¡Haz que no lo mate ningún toro!»

Las transiciones de la pena á la más inefable dicha eran bruscas y eran diarias. La desesperación más horrorosa durante el día, y el gozo, un gozo inmenso al llegar por la noche el telegrama que desde el punto donde se había celebrado la corrida le remitía el matador:

«Sin novedad. Toros Veraguas superiores. Yo bien. Palmas y cigarros.—LUIS.»

Y como en ella alegrías y tristezas tenían que salir como por desbordamiento, rompien-

do todos los diques, con el telegrama en la mano, un papel azul lleno de dobleces, corría y saltaba como una chiquilla por toda la casa, abrazando á cuantos la salían al encuentro, á su cuñada, á su madre, á las criadas:

—¡Sin novedad! No lo han cogido. ¿Oyes? Mi Luis es un valiente. ¿Sabes? Y cuando pone palmas y cigarros, él que no lo pone nunca, figúrate lo que habrá sucedido. Estoy segura de que lo han llevado casi en triunfo á la salida de la plaza. De fijo. Vaya, vaya. Esta noche salgo. Salimos. Vámonos al teatro, á los Jardines, á cualquier parte. Es preciso celebrar estas cosas.

¡Oh! Iba por la calle envanecida orgullosa, sintiendo la comezón de detener á los transeuntes para decirles que ella era la mujer de Luis Martínez, el matador que había obtenido una ovación más en provincias matando toros de Veraguas. La mujer del héroe. ¡Ella misma!

Estaba loca de amor y embriagada de ternura, sin romanticismos ni otras zarandajas, sino mostrando á las claras sus deseos y sus impaciencias, todas, hasta las carnales, con

la nube de la voluptuosidad en los ojos, sin palabras la boca pero llena de besos para su Luis, llena de besos, único ruido que no profanaba el silencio augusto en que el alma de aquella mujer se recogía para el sentimiento. La alcoba conyugal era un sagrario.

No habían tenido hijos, y la pasión ganaba con esto, haciéndose más absorbente en ella, en él, más profunda y reconcentrada. Y si María sintió alguna vez, como hembra, el instintivo grito de la maternidad, desde aquel punto amó al varón elegido con los dos amores de esposa y madre, y en él sin duda que ocurrió lo mismo, porque se vió que se amaban y se protegían, y unas veces su caricia era sensual y otras casta y llena de respetos.

El apasionadísimo entusiasmo con que la mujer se abandonaba en brazos de su marido estaba justificado sobradamente. Porque en la torería Luis Martínez debía ser considerado como una figura excepcional. Destacaba de distinto modo que los otros dos matadores de fama, héroes también é ídolos de la afición.

Estos puede decirse que vivían respirando la atmósfera necesaria y más conveniente á sus pulmones, sin desear otra cosa, porque no creían que hubiese nada mejor que la profesión torera, y tomaban como moneda corriente el diezmo de aplausos con que se les pagaba una suerte, un quite, una navarra, un pase de pecho, y tan seguros estaban de que el aplauso en la plaza era la gloria, la fama no solo presente sino póstuma, como de que saldrían perdiendo si cambiaban sus chaquetillas de hilillo de oro y raso por el uniforme con entorchados de capitán general, por la blusa de taller de Pradilla ó Casado su blusa sevillana de hilo crudo, y el traje corto de *paisano* por la levita. No aspiraban á nada más, porque preferían despreciar aquello que no les era posible conseguir, ni conocer por tanto en su verdadero valor. «Eso—decían—son *infundios* que se traen los señoritos». Y se reían del César y del Senado, de los patricios y de los tribunos. Pues qué, ¿todos éstos no se disputaban como el pueblo para conseguir un asiento en las gradas del circo, para verlos luchar y para aplaudirlos? ¿No solicitaban su

amistad con tanta insistencia y mayor anhelo quizás que la misma plebe? ¡Ah! Los tiempos habían variado mucho. Los toreros, á quienes el catolicismo no quiso enterrar en sagrado, encontrábanse ahora en posesión y disfrute de todos los derechos civiles y políticos como cualquier ciudadano, y un cura arrebatado por el entusiasmo, un verdadero cura, había escrito y publicado una oda á Luis Martínez.

Pero si nuestro protagonista encontraba en estos homenajes motivos de risa á veces y en otras, ocasiones de sufrimiento, de náusea ó de amargura, no sucedía lo propio á sus colegas, que los hallaban de orgullo y envanecimiento. Y á la verdad, tenían pruebas positivas, demostraciones ciertas de que no iban del todo descaminados al echar por estos senderos de la vanagloria. Decíase de uno de ellos, *Pacuelo*, que había entrado más de una vez en los palacios de las damas aristocráticas por la puerta de las alcobas, y que muchas cabezas de mujer que pasaban altivas por los salones ostentando en sus cabellos la diadema de brillantes, en el retiro del *boudoir* se

bajaban demasiado para besarle; que muchos pechos en que se cruzaba la banda de damas nobles palpitaban al oír su nombre, aquel mote *Pacuelo*, que sonaba en sus oídos con más dulzura que los nombres enrevesados de los caballeros andantes y de los héroes del romanticismo. Y en cierta ocasión, habiendo sufrido una terrible cogida en la plaza de Madrid, la cabeza del toro (un toro negro, bragado, cornalón, de la ganadería de Adalid), se consideró como de más valor que si fuera de oro macizo del mismo tamaño, y todo el tiempo que duró la cura del diestro la nación interrumpió sus quehaceres de cualquier índole que fuesen, ó hízolos de mala gana, preocupada únicamente por saber el estado del herido. Todos los periódicos por mañana y tarde publicaban el parte facultativo, y el telégrafo jugó para provincias y para el extranjero con el mismo fin. Hubo lista á la puerta de la casa, lista que se cubría con miles de nombres de obreros, de comerciantes, de banqueros, de títulos de Castilla, de elevadísimos personajes, y casi á diario figuraban estos dos:

S. M.

El Presidente del Consejo de Ministros.

¿Por qué decía entonces Luis Martínez, *aquel señorito valiente*, que había que desengañarse, que su oficio era oficio de gladiadores? Pues qué, en la antigua Roma, en la Roma degradada y envilecida, ¿se llegó nunca á hacer con los gladiadores estas cosas? La demostración resultaba de tan completa evidencia que el día en que se declaró la mejoría de *Pacuelo*, los periódicos consideraron digno de la publicidad, como frase memorable, lo que el diestro había dicho. «El afamado matador, al levantarse de la cama, ha pedido una chuleta.» Y lo ponían con regletas y de cursiva para que se fijase más la atención de los lectores. ¡Bah! Ellos eran los ídolos de España. Contaban hasta con la admiración de la calle, esa admiración llena de insolencia que detiene y hace volver la cabeza á los transeuntes cuando los encontraban al paso.

Pero á pesar de estas certezas, desde la aparición de Luis en la torería como una de las figuras de primer término, andaba la gente

de á pie y de á caballo un tantico desorientada y perpleja. Era el revolucionario, el reformador, y entraba con grandes alientos abriendo brecha en las preocupaciones. Empezaban á seguirle algunos, y su cuadrilla le escuchaba como á un oráculo. ¿Qué pretendía? ¿Convertir lo que él llamó *oficio de gladiador* en *profesión* de caballeros? ¿Abrir horizontes nuevos, ó destruir cuanto existía? Nadie pudo averiguarlo á punto fijo. Hacía y decía cosas que para ellos resultaban inauditas y estupendas. No se atrevieron ni siquiera á ponerle mote, ó mejor dicho, sin saberlo habíanle puesto el que mejor le cuadraba, porque llevados de involuntario respeto, llamábanle *Don Luis*, y este tratamiento pasó á dominio del público, quedando en cierta manera como apodo, que consagra siempre la celebridad entre la gente de coleta. Veían en él fuera de la plaza lo que *Pacuelo* decía, un señorito, *un señorito valiente*, pero el torero sólo durante la corrida.

Los que buscaban comparaciones en los anales de la tauromaquia, no encontraban semejanza para nuestro héroe, á no ser con

otro *señorito* que hubo allá por los tiempos de Juan León y Antonio y Luis Ruiz *los Sombrereros*, el famoso caballero cordobés don Rafael Pérez de Guzmán. ¿Y cómo no había de ser así? Luis Martínez, asistiendo al teatro Real de frac y guante blanco, hablando en francés y en italiano, tenía en su lenguaje y en sus modales corrección, soltura y elegancia tales, que causaban la envidia del más perfecto dandy; y si esto hacía, con la misma facilidad se presentaba en los centros de reunión de banderilleros y picadores, en el café de las Columnas, en la Estufa, en la acera del Imperial, aunque muy raras veces, compitiendo con la gente de bronce en beber de lo seco, piroppear á las buenas mozas, gastarse una onza en rumbo, prestar los miles de reales á cuantos se los pedían y poner á una sota el precio de una corrida. Luego, cuando los dejaba á todos vencidos y eclipsados en estas escaramuzas jaraneras, solía decirles en su mismo lenguaje: «Total, *ná*. Esto no vale un *pitoyo*, y se divierte uno más leyendo la plana de anuncios de *La Correspondencia*.»

En su casa reuníase á veces la cuadrilla, y

era entonces cosa de ver y oír, porque en sus diálogos acababa por hablar él solo, imponiendo el silencio y la atención por virtud de su castiza palabra y de la originalidad de sus ideas. Reuníanse á los postres del almuerzo, después de servido el café, en un gabinete preciosamente amueblado con sillería á la emperatriz, de cretona rameada, armario de luna viselada y entredoses de marquetería; se llamaba el gabinete del piano, porque había en él uno magnífico de Pleyel.

—Se me acusa de no respetar las costumbres de la clase, y no se medita en que hago bien, porque estas costumbres no son dignas de respeto. Aquí estamos solos y puede decirse todo. Ha llegado á creerse que yo desdeño alternar con mis compañeros; no hay acusación más infundada, más injusta y más absurda. Voy á confesar la verdad. Antes de que yo soñara siquiera con los pitones, cuando no me faltaba fuerza de voluntad, sino que para sostenerla con creces servía de acicate la miseria, cierto que la torería no entraba en mis proyectos sino como un disparate hecho á la desesperada. Llegué á figurármela de ma-

nera poco favorable. Me parecieron más dignos caminos otros muchos á los que la educación recibida tenía me inclinado: el teatro, por ejemplo, la política, cualquier cosa, cualquiera de estas cosas que también son de aventura, por más que se pretenda darles nombres y calificativos de mayor honra; yo tenía hambre, y como verdadero hambriento pensaba sólo en comer. No sé cómo se abrieron para mí estas puertas de las plazas y circos taurinos, por las que entré como hubiera podido entrar por cualquiera de las mencionadas. Depende el porvenir de los hombres de lo que parece más nimio, de la atmósfera que respira, de la mujer que tiene á su lado, de los amigos que trata, de la población en que vive y hasta de los muebles que le rodean. Si en lugar de ocurrírseles á mis compañeros y amigos los empleadillos de ferrocarriles dar una corrida de toretes, imaginaran representar una comedia como aficionados en cualquier teatro casero, yo hubiese tal vez seguido la suerte del actor y no la del diestro. Ello es que los novillos salieron al rondel de la plaza de los Campos Elíseos, y

que yo cumplí con mi cometido de espada matándolos bien ó mal, uno tras otro, á medida que fueron sorteados. Lo que entonces pasó por mí, no es posible que ahora lo recuerde sino muy confusamente. Sólo sé que al día siguiente los compañeros y jefes de la compañía me dijeron y me aconsejaron tales cosas, que me decidí por el traje corto. Desde entonces recorrí todos los trances de la vida de novillero, siendo durante mucho tiempo la irrisión y la mofa de los corrillos que forma la torería en la Carrera de San Jerónimo. Cuando yo solicitaba y ofrecía mis servicios á los matadores, era recibido mirándome de alto á bajo, lo que dada mi estatura es mirar bastante, y con estas ú otras exclamaciones parecidas: «¿Pero este señorito está loco?... ¿Tú quiés torear, hombre? ¿Quiés torear tú?... ¡Que te calles!... ¿Pero tú qué tas defiguraa?... Anda y quítate eso y ponte la chistera; mira que nos da dolor de puro reir al verte... ¿Te piensas tú que los toros son como los papeles que se despachan con cuatro garabatos?... ¡Maldita sea el horizonte visible!... Quítate ya, mosito, quítate ya, que manque te dé er sol tienes tú mu

poca sombra... Oye tú... ¿vosotros dáis ustedes su permiso para que toree éste?... ¡Miá que tendría que ver!» Entonces ganaba tres duros cuando mataba un novillo, y llegué á ser solicitado como espada imprescindible para las fiestas de mogiganga. A mí se me agrió el carácter y empecé á sentir el ódio que nos hace mirar á la humanidad frunciendo el entrecejo. La gente torera me hacía pasar una vida cruel, muy dura, insoportable. Yo los veía malos, de mal corazón, y me equivocaba. Aconteció que vinieron á Madrid unos franceses para contratar una cuadrilla que debería correr toros en Nimes.

Unos gabachos que se traían mucha *luz*, como dice éste—añadió señalando al *Barbián*, uno de sus banderilleros—ó lo que es lo mismo, mucho capital. Estaban á la puerta del café de las Columnas cuando yo me presenté. Hubo quien me dió la noticia. «Parece que no les gusta naide. Anda y háblales tú. Tú que tienes labia.» No fué preciso que me lo repitieran dos veces. Me acerqué, *ganando el terreno* á *Matosito*, que por otro lado iba á hacer lo propio. Me presenté como matador

de toros, hablándoles con toda sinceridad. Oí que se decían en francés, suponiendo que yo no había de entender este idioma: «Voilà notre home.» Nos sentamos ante una de las mesas del café y allí mismo cerramos el ajuste. «¿Cuánto pide usted?» «Doce mil reales.» «Trato hecho. Mañana firmará usted la escritura.» Con franqueza. Sentí no haber pedido algo más. Pero de todos modos, en aquella ocasión doce mil reales para mí eran una fortuna. Podéis figuraros cómo regresaría yo á mi casa aquella tarde. ¡Como borracho de felicidad! Abracé á mi mujer, y entre abrazos y caricias le referí el suceso.

A los pocos días partí con dirección á Nîmes, y desde allí toreando en las Arenas, empecé á remitir dinero á María, á medida que lo iba cobrando. Luego se me propuso el viaje á las repúblicas de la América del Sur; acepté lo que me pareció más ventajoso, y desde entonces data el auge mío y empezaron á soplar en la nave vientos de próspera fortuna. Yo mataba los toros sin saber cómo y sin saber por qué. Atribuía casi á milagro el no recibir ni el más ligero varetazo. Los pasaba

en corto y me tiraba al volapié, entrando á conciencia y saliendo siempre por los costillares, jamás por la cara. No me apercibí de mis facultades hasta que una tarde, en Montevideo, pasando de muleta á un bicho de mala ley, desesperado con la brega, me tiré á matar con el decidido propósito de acabar con él de una vez á trueque de ser cogido, y resultó una estocada en su sitio y yo sano y salvo de todo riesgo. Entonces comprendí que el secreto estaba en mi estatura, en la fuerza de mis piernas y en la ventaja de mi mano izquierda; en que yo *vaciaba los toros con la muleta* de una manera magistral, en que estaba en mí poder ejecutar la suerte y la ejecutaba de una manera instintiva, sin saber que lo hacía, acaso por los impulsos dominadores de la defensa propia para salvarme. Luego pasó más tiempo, y á mi regreso á España, *Pacuelo* me dió en Sevilla la alternativa, que me confirmó más tarde en la plaza de Madrid aquel á quien todos hoy llamamos maestro, el *Ardilla*, el primero entre los primeros espadas. El resto de mi vida lo sabéis todos vosotros, puesto que habéis trabajado conmi-

go. Yo he venido ganando en desahogo y bienestar lentamente. Respirando mejor, un poquito mejor cada día, hasta llegar á tener esos privilegiados pulmones que tienen los ricos. Yo soy más rico que nadie, porque ricos no son más que los que han sido pobres. Y ahora, ahora os lo confieso. El sueño de toda mi vida lo tengo casi realizado. ¡Ah! no me habléis de pasiones ni comparéis con ninguna de ellas la pasión que siente el necesitado hacia la fortuna. Sobre todo un necesitado, un menesteroso como yo, que en la miseria fué más miserable que el último mendigo. *Pacuelo*, el *Ardilla*, de quienes se dice que son ahora millonarios, jamás gozarán con sus millones lo que yo he de gozar con los míos. ¿Sabéis por qué? Porque la educación recibida por mí diéronmela mis padres creyendo que me daban un bien, y al no darme un capital con ella resultaba como un veneno, contra el cual urgía mucho tomar el antídoto. Porque los padres, llevados del mal consejo que da siempre el cariño, se equivocan siempre en esto. Porque cuando llegué á ser, la obra que ellos quisieron que fuese, un

hombre afinado y pulido en todos sus gustos, delicado de sentimientos, claro de inteligencia, pensador á la vez que artista, analizándose y analizando lo que me rodeaba, ví lo antitético que me salía al encuentro por todas partes, y podéis creerme, lloré y maldije. Estuve por pensar que se había cometido conmigo un horrendo crimen. Y es que mi situación resultaba como la del pájaro á quien naturaleza concede alas para volar y se ve encerrado en una jaula; es que yo, por los esmeros concedidos á mi educación, tenía esas alas; yo era un hombre que hubiera cogido el oro á manos llenas, y como el sembrador, no me contentaría dar un paso sin abrir la mano para ir esparciendo á puñados los granos de oro cual simiente preciosa por los surcos de la vida; yo amaba el manjar exquisito, la mujer vestida de raso y cubierta de perfumes, el caballo de raza para oprimir sus nerviosos hijares entre mis piernas; no podía ver el buque en franquía sin pensar en el viento que hincha las velas, el cantar del marino que puesta la mano en la rueda del timón guía la nave hacia lejanas costas, países extraños

donde hay con otros climas otras costumbres, otros trajes y una humanidad que parece distinta. Yo quería poseer todo esto, tenía derecho á ello, derecho indiscutible al boato, á la riqueza, á todos los gérmenes que brotaban al fin á un tiempo, y al asomarme á la ventana del sotabanco á que nos había reducido á vivir nuestra estrechez, miré en la gran ciudad relucir al sol los palacios, no con los éxtasis estúpidos del pobre, sino con la mirada que lanzaría el dueño á una propiedad que le hubiesen arrebatado. No dije «Eso será mío,» sino que me pareció más gráfico exclamar: «Volverá á serlo.»

¿Comprendéis ahora?—¿Comprendéis por qué mi goce es distinto y mayor que el de mis compañeros? De cierto yo sé que el *Ardilla*, por ejemplo, tiene en Córdoba una casa en que se han realizado cuantos prodigios de decorado y mobiliario inventan las artes industriales para satisfacer los caprichos costosos del lujo moderno; pero se dice á la par que todas aquellas habitaciones están cerradas, que él no se atreve á entrar en ellas, que pasa la mayor parte del invierno cazando en la

sierra, y cuando van á verle recibe á las visitas en el hogar en mangas de camisa, sentado junto á la lumbre, rodeado de galgos y de perdigueros. Esto le honra, porque es humilde por naturaleza y por origen, porque en realidad hace lo que siente, y siente desasosiego y turbación ante la riqueza, porque le pasa con los muros tapizados de raso lo que á mí me sucedía con las paredes desnudas de la guardilla, que le ahogan, casi le asfixian. Un fenómeno de respiración. Eso es todo. Hay plantas del campo hechas para recibir el sol, las heladas y los huracanes, que se marchitan y mueren en los invernaderos.

Dicho esto, haciendo una pausa, procuraba seguir y encauzar nuevamente sus ideas.

—Ya lo véis, yo no desdeño á la torería; en ella estoy y en ella estaré quizá hasta que un morucho disponga otra cosa. Pero yo entré en ella, he de confesarlo, llevado de mis ambiciones, más que de mi vocación, á pesar de que ésta es tan decidida como la del que más. No la desdeño, y ahora mucho menos, porque son hombres de corazón todos los que hay en ella. Porque sólo en la torería

se ve como cosa acostumbrada y naturalísima el rasgo de abnegación llevado hasta el heroísmo. El hombre que expone su vida para salvar la de su semejante, no una vez sino todas las que sea preciso mientras la fiera está en el redondel. Eso es tal, que se ha convertido en una regla del arte. Se llama el quite al picador, al banderillero, al mismo espada. Sabéis lo que yo creo que cuando se consideran tales sacrificios y actos de valor como rutinas y prácticas usuales, los que lo profesan no son artistas, porque el arte adquiere la santidad y es ya un sacerdocio.

—¿Y los toros? ¿Y los caballos?—preguntó el *Barbián*, el banderillero andaluz.

Por todo comentario el matador replicó:

—Hay que procurar matarlos bien y pronto, puesto que el público no se contenta con que los dejemos vivos.

Hubo hombre allí que, bajando la cabeza, escupió en el suelo, separando una de otra las dos piernas, y apoyando las manos en las rodillas. Luego volvió á escupir en la misma saliva con admirable tino, y tras estos alardes que pudiéramos llamar de punte-

ría en los escupitinajos se quedó pensativo.

Era un picador.

—¿Y el público?

Apareció en los labios de Luis Martínez aquella sonrisa irónica que ya conocemos.

—El público divertido, se va por donde ha venido.

III

En Julio, á mediados de Julio, se acabó en Madrid la primer temporada, y tuvo buen remate con seis toros de D. Felix Gómez, que dieron gran lucimiento á los chicos en todas las suertes de peones y jinetes y ocasión á los matadores para despacharlos en regla, aprovechando la nobleza y bravura de los animales para la lidia, sin que resultase en todas las estocadas de la tarde ninguna baja, tendida ni atravesada, sino todas en su sitio, como corresponde y debe ser.

Aquel mismo domingo hallábame yo en casa de Martínez.

—Mañana nos vamos á Valencia en el tren correo.

—¿Se van ustedes?

—He dicho nos vamos, porque se viene usted con nosotros.

—¿Yo?

—A menos que quiera usted hacerme un desaire. En Valencia hay feria y van á celebrarse cuatro corridas, para las que estamos contratados el *Ardilla*, *Pacuelo* y yo. Debe usted ver esto. Yo le convido á usted. Viajará usted conmigo, se hospedará en la misma fonda. Se le presenta á usted ocasión de estudiar tipos y costumbres de la torería en extremo curiosos. Aprovéchela. Nada, nada—añadió viendo en mí la resistencia muy débil luchando ya con el deseo. A las siete y treinta sale el tren correo; hasta las siete lo espero á usted para que salgamos de aquí juntos. Tomamos un cochecillo, y á la estación. Se lleva usted lo puesto y cuatro ó cinco mudas de ropa blanca en una maleta de mano. La ausencia es sólo de ocho días.

Me venció.

—Acepto.

Estrechó mi mano.

—Gracias—me dijo.

Y es que Luis Martínez era original hasta en esto. Cuando hacía un favor, en su afán de que fuera completo, por encargarse de

todo se encargaba hasta del agradecimiento.

No fui puntual á la cita, así es que cuando llegué al barrio y á la calle donde Luis vivía, ya estaba éste entrando en el coche de alquiler detenido á la puerta de la casa. Ví una figura asomada al balcón agitando el pañuelo, que le servía no sólo para hacer señales de despedida, sino que también para enjugarse los ojos de vez en cuando. Maria, la mujer de Luis.

—Creí que no venía usted. No hay que perder un minuto. Vamos.

Coloqué mi maleta en el pescante, el cochero dió un latigazo al escuálido jaco, y partimos.

—Mi gente estará aguardando en el andén.

Y durante el trayecto me dió detalles acerca de la expedición.

—Valencia en estos días está de gala. Habrá colgaduras é iluminaciones, mucha gente forastera, mucha animación, esa animación especialísima de las capitales de provincia que se aburren durante un año entero y quieren divertirse sólo una vez al año. La feria por la

noche presentará un aspecto brillante, con sus farolillos de papel y sus fuentes festoneadas con candilejas á la veneciana. No faltarán los imprescindibles fuegos artificiales, ni la clásica cabalgata «La entrada de Don Jaime el Conquistador». Hará de rey un sargento de lanceros, que será elegido como el mejor entre los mozos de la guarnición, y vestirán todos los de la cabalgata, pajes y caballeros, riquísimos trajes de época. Un espectáculo curioso que nosotros no veremos, porque después de la última corrida hemos de regresar á Madrid, desde donde el mismo día que llegue tendré que volver á partir para torear en San Sebastián. Por lo demás, las cuatro corridas de la feria en Valencia tienen fama en España entre los aficionados. En la plaza cabe más gente que en la de Madrid, pero no es tan bonita. Por su parte exterior recuerda é imita el estilo dórico y sencillo del coliseo Flavio-Marcelo. Ha costado cerca de tres millones de reales, y se calcula que pueden presenciar la fiesta cómodamente en sus localidades diecisiete mil espectadores. El ruedo vendrá á tener un diámetro de cincuen-

ta metros, más bien más que menos. Este año han comprado toros de cuatro ganaderías distintas. Habrán ido con los toros concedores y ganaderos. El *Ardilla* se hospeda en el hotel de Villarrasa. *Pacuelo* y yo creo que estaremos juntos en la fonda de Oriente. Cuando hable usted con *Pacuelo*, puesto que usted prefiere los caracteres un tantico adustos y los hombres muy hombres y muy *templaos*, simpatizará con él mucho. Es todo sinceridad, valor y lealtad, rudo en su franqueza, algo dominante de genio, mal humorado á ratos, pero amigo de sus amigos. Su palabra es como una escritura. Ese era el que me llamaba *señorito loco* y *guillao* en mis comienzos. Ahora confiesa con nobleza que se había equivocado. Y es que entre los profetas no hay ninguno infalible. De aquí á Valencia, para que vea usted mejor y á su gusto y de cerca á la gente torera, aunque llevamos billete de primera clase, iremos en segunda, en el mismo wagón con los chicos.

Luego, sin transición,

—Es muy posible que presencie usted un incidente.

— ¿Cuál?

— Mi padre, de quien me separé hace cinco años, me anuncia que vendrá á Valencia para verme.

— ¿Dónde está?

— En Mostaganem. En la provincia de Orán. En Africa. Tiene sesenta y seis años. Pero es fuerte, á pesar de la vejez, porque quiere serlo. Mi padre es como yo, todopoderoso por la voluntad. Éstoy seguro de que no se morirá hasta que á él le dé la gana.

En la estación hallábase, en efecto, esperándonos la cuadrilla. El tren iba á partir; nos acomodamos en un wagón de segunda clase, la locomotora lanzó el estridente silbido de arranque y empezó la marcha. Pausadamente deslizábanse al principio las ruedas sobre los rails, y salimos de la sombra que proyectaba en los andenes la montera de cristalería para entrar á campo descubierto en las ya indecisas claridades de la tarde.

La cuadrilla de Luis Martínez merece por cierto mayor atención de la que hasta ahora le hemos consagrado, detalles más precisos y exactos. Componíase de dos picadores, tres

banderilleros y un puntillero. Los picadores de la cuadrilla de Martínez eran tan elegidos que pasaban por los mejores que había de esta peligrosa profesión entonces en España. Eran dos tipos distintos, dos caracteres opuestos que sólo en arrojo y serenidad tenían puntos de semejanza. José y Manuel, cuyos apodos respectivos eran *Paleta* y *Agujas*, habían llegado á unirse por lazos de un cariño, que la comunidad del peligro más que la de vida hizo fraternal é indestructible. *Paleta* era hombre de veintiocho años á lo sumo, de figura esbelta y graciosa, cabeza pequeña y rostro tan juvenil y casi aniñado, que aparentaba menos edad. Nadie hubiera podido sospechar el esfuerzo de su brazo ni el rudo ejercicio á que dentro de la profesión torera se había dedicado, y sólo viéndolo en la plaza era creíble. Gustaba mucho de vestir con lujo y de todos los acicalamientos de la persona. Había además en él otras predilecciones delicadas y señoriles, reñidas á todas luces con las que son visibles, y por serlo quedaron como tradicionales en los picadores de toros. *Paleta* era aficionadísimo á la música, tenía una apreciable

voz de tenor, y cantaba de oído *allegros* de óperas, *couplets* de las zarzuelas más celebradas y conocidas. Tocaba el piano regularmente y representaba en compañías de aficionados. Llevaba con mucho donaire el traje corto, vistiéndolo no de otra manera, sino como pudiese ponérsele más que un torero un aristocrático garrochista ó ganadero. Dijérase que lo gastaba por gala ó por capricho. *Agujas* resultaba á su lado el más absoluto contraste. Madrileño de pura raza, hombre de tan gran corazón como fea catadura, bueno de *verdaz* y ocurrente en grado sumo, nadie le aventajaba en dar la réplica oportuna y competir en gracejo para una broma. *Agujas* era acertadísimo en sus calificativos. Sabía definir y retratar á un hombre, y los *alias* puestos por él corrían de boca en boca, se celebraban y quedaban impuestos al que era objeto de ellos como honroso padrón ó como sambenito. Era pequeño de estatura, fuerte y rehecho de músculos como un gimnasta; hablaba con esa deferencia amable que cautiva en los hombres agudos de ingenio, que no estudian su palabra ni sus agudezas, y te-

nía esa cortesía que no conoce más fórmula sino la buena voluntad de ser cortés, peculiar en las inteligencias sanas y en el buen sentido de algunos hombres del pueblo. Su modestia en la profesión corría parejas con el exceso de mérito. No se presentaba en la plaza picador que fuera más alegre delante del toro, y nadie le igualaba en colocarse bien, ceñirse al caballo y llamar á la fiera para que entrase en su terreno; era de ver cuando el bicho se encontraba *aplomado*, cómo espoleando los hijares del penco salía á buscarle á su frente, y si á pesar de esto el toro no avanzaba, se quitaba el ancho castoreño para tirárselo en desafío al *jocico*, como él decía. Luego en el encuentro cargaba mucho la suerte, picando lo más perpendicularmente que podía, echando el cuerpo sobre la vara, cuidándose al mismo tiempo del uso de la mano izquierda y de meter espuelas al caballo, saliendo sin gran peligro, aun por delante de la cabeza de la res, sesgando. El aplauso atronaba la plaza entera. Otras veces, con los toros *parados*, la suerte no era menos lucida. *Agujas*, antes de entrar en ella, volvía el ros-

tro hacia *los del tendido*. «Vaya por ustés» — decía — á cuyo brindis se le contestaba con un «¡Olé!» de entusiasmo. Adelantaba el caballo paso á paso, cortando la salida, poniendo entre la barrera y las ancas del potro una distancia de seis á ocho metros. «¡Duro ahí!» gritaba en este punto el matador, que, capote al brazo, se preparaba al quite y le seguía al estribo, y *Agujas*, sosteniendo con la garrocha la tremenda acometida, clavaba siempre la puya en el cerviguillo, lo más alto posible, echando el toro castigado por delante. Jamás picaba atrás, ni, yéndose á los bajos ó brazuelos, estropeaba á los toros, y á los que desarmaban cuidaba mucho de tomarlos muy en corto, *enseñando poco palo*. Aun con los veraguas, que suelen ser pegajosos y que recargan era tan rápido en sesgar el caballo, que si no lo salvaba de los pitones, conseguía por lo menos que éstos no hiriesen de cinchas adelante. Luego, al terminar la corrida, la comentaba á su modo en *La Estufa*. «El quinto toro me pesaba mucho. A mí que no me digan. La presidencia hizo mal en tocar á palos tan pronto. Hubiera

tomado por lo menos otras cuatro varas.»

De los tres banderilleros, el *Barbián* era el que llevaba las cuentas de la cuadrilla en las expediciones á provincias; andaluz de lo fino, á quien sentaba como de perlas engallarse mucho con el traje corto, llevar dijes de tamaño en la cadena del reloj, fumar de lo escogido del estanco, escupir por el colmillo, requebrar á una *chiquiya que tenia una oló tan guena como las flore que vendía, enseñá la barriguita ar toro* cuando iba á poner sus rehiletos, gastar botitas de caña clara, bastones con puño de á cuarta de *marfir*, moqueros de seda y camisas bordadas que era un primor. En el wagón, durante los viajes, le tocaba siempre decir: «A ver, cabayeros, que haiga siquiera formalidá.» Y cuando la formalidad era un hecho, añadía: «Pero, chiquiyos, ¿no tenéis por ahí una mijita de guasa que echar á perder?» De todos los de la cuadrilla era el más antiguo en la profesión y el de más edad, pero se apostaba unas cañas con *cualquiera á saber camelá mujere, que se dislocaban por sus peazos en cuantito que las desía una palabrita bien dicha al oído en un rincón*. Llamaba ordi-

nario á *Galleta*, otro banderillero, andaluz también, que hablaba en efecto tan cerrado que no parecía sino que se estaba oyendo á un contemporáneo de la expulsión de los moriscos de la Alpujarra. *Galleta* estaba reñido para siempre con una porción de letras del alfabeto, sobre todo con la *ele*, que retorció y trituraba hasta que salía de sus labios convertida en *erre*, y esta misma letra no la toleraba delante de *ene* ó *eme*. «Oye tú, va á que no dises tú esto: *carne tierna de pierna*.» Y *Galleta*, haciendo una porción de esfuerzos de pronunciación, acababa por gritar después de muchos visajes: *cadne tiedna de piedna*.» «Anda, dí *carnero*.» «¡Guasa! no lo digo, pero tú trae pa cá uno y verás si me lo como.» «¿Y eso?» «Vamos ayá.» El otro banderillero era Tomás Martínez—hermano del matador—y nuevo en el arte. Acababa de dejarse la coleta. Luis decía: «Mi hermano es más clásico que yo, tiene mucha afición y estudia, y llegará á ser uno de los mejores peones.» «Más quiero,» replicaba Tomás, á quien no faltaban corazón ni inteligencia para que esta ambición resultase justificada y legítima. Queríanse los dos herma-

nos con aquellos entrañables afectos que ya hemos comprobado y puesto á las claras como cosa propia y de relieve en la familia de nuestro protagonista, y de estos cariños y de otros detalles que acerca del banderillero Martínez omitimos aquí, hemos de tener lugar y espacio para ocuparnos. Incluso el espada, había en la cuadrilla más hombres casados que solteros, y estos últimos no tomaban mujer, no por falta de buenos deseos, porque son comunes en la torería los de casarse pronto y constituir una familia, cosa que consideran como de necesidad en los riesgos de su azarosa vida. Y es de ver cómo se adivina en lo limpio y acepillado de la ropa, en los esmeros del bordado y la plancha la solícita mano de la mujer del torero, y la vida callejera de éste contrasta con la de claustración que hace su hembra, siempre ocupada en faenas del hogar, en los cuidados de los hijos y en estas atenciones hacia el marido.

A poco de partir el tren, nuestro wagón de segunda se convirtió en vestuario. Sacando de las redes del coche las maletas, cada cual se preparó para pasar la noche y para tener las mayores comodidades de vestido durante la expedición. Sustituían los sombreros con gorras de seda, las chaquetillas del traje corto con blusas de hilo crudo, sevillanas, que usan mucho allá por las riberas del Guadalquivir ganaderos y garrochistas para la vida y faenas de la dehesa y el campo, para los herraderos, tientas de acoso y en corral, y que han adoptado los toreros para estos mismos menesteres y para viaje. Se descalzaban las botas, que reemplazaban con zapatillas, en cuya elección de colores, si eran bordadas, y hasta de material, revelábase el gusto de cada uno. Así, mientras *Agujas*, hombre corriente en todo y *á la pata la llana*, como vulgarmente se dice, usaba unas de pelo de cabra sin más ringo-rangos ni requilorios, el acicalado *Paleta* tuvo que sufrir las cuchufletas de todos al mostrar las suyas, de terciopelo granate con tacones, para las que necesitó hacer uso del calzador, porque ni aun con zapati-

llas prescindía nuestro picador de llevar ceñido el pie, de cuya pequenez sacaba vanagloria.

Tales fueron con este motivo las ocurrencias de *Agujas*, y de tal índole, que si la gracia pierde mucho, gana la decencia por omitirlas. Pero tocóle su vez al bromista cuando se quitó el sombrero para ponerse la gorra, en cuyo punto dejó al descubierto la más ridícula cabeza que pudiera imaginarse, y para que se imagine bastará con decir que *Agujas* habíase dejado rapar el pelo á punta de tijera, quedando á salvo únicamente la coleta. Unase á esto su rostro cuidadosamente afeitado, el mucho sobresalir de las orejas, las facciones de sátiro y la movilidad de sus ojillos, que miraban burlonamente á los que ante el descubrimiento prorrumpieron en carcajadas. Uno lo comparó con un ídolo chino, otro le rogaba que le prestase estas asperezas para cepillo, y alguno con mucha seriedad, que provocó más á la risa, cogiendo entre sus manos aquella obra acabada de peluquería, depositó en la frente de su propietario un castísimo beso. Entretanto *Galleta*, puesto de

pie en medio de todos, ensayaba un *zapateao* sin más acompañamiento que sus propias palmas, dejaba el baile para cantar seguidillas gitanas, entornando los ojos y sin fijarse en lo que en su rededor pasaba, se divertía él solo; cayendo como en un éxtasis acometido por la *murriña* andaluza, que es una nostalgia tan pertinaz y pesada como la gallega, recordando las *bocas* de la Isla, la *pescaíya*, las *aseitunas*, las *cañas* y las *sigarreras de mantón torsío y claveles en er moño*. Paleta con el cante se sintió como contagiado, y nos regaló la imitación de Zamacois en los *couplets* *Salón-Eslava*

Me voilá
Nicolás
¡Ah! ¡ah! ¡ah!

Y en estas se vió en manos del *Barbián* una guitarra, en la que, rasgueando con fuerza, impuso á todos silencio:

—A ver, cabayeros, que haiga siquiera una mijita de formalidaz.

Luis Martínez sonreía y me miraba para estudiar en mi rostro las impresiones que había de producir aquel animadisimo cuadro.

En los wagones inmediatos la gente se asomaba curiosa por la algarazara.

—Es que van ahí los toreros—se decían unos á otros desde las ventanillas, á gritos para dominar el ruido del tren en marcha.

—¿Dónde?

—Ahí.

Y tendiendo el brazo señalaban en dirección á nuestro coche.

El matador acabó con el bullicio.

—¡Joselillo, la merienda!—ordenó á su criado, y éste sacó una cesta de respetables dimensiones y una bota de vino, ante cuya doble aparición cesó el *zapateao* de *Galleta*, los *couplets* del picador, quedóse la guitarra arrinconada y á medio templar y cada cual se acomodó en su asiento.

Los toreros, por lo general, no comen en las fondas de las estaciones, sino que conservan en esto las antiguas usanzas de los tiempos en que no había en nuestra Península otros medios de locomoción que las diligen-

cias, ni manjares que no fueran los de mal condimento de las posadas y paradores.

Estaba el criado de pie en el centro del wagón, y de la cesta iba sacando tenedores, cuchillos, panes y servilletas, que repartía á la cuadrilla, empezando siempre por el matador. Cada cual colocaba el cubierto en sus rodillas.

—¿Viene mucha merienda?—preguntó el hermano de Luis.

—Viene pa catorce—replicó Joselillo.

—Somos nueve.

—Pero hay quien tiene dos estómagos como los rumiantes—dijo el incorregible *Agujas*.

No fué merienda, sino verdadera comida; dos colosales tortillas con patatas y chorizo se despacharon primero, cortándolas previamente, de cuyos trozos se apoderaron los tenedores. Tras esto salió una fuente honda y un puchero volcó en ella su contenido de pollos en salsa de tomate, única que se tolera fiambre. El vino, destapando la bota, servíase en vasos de plata, y la bota adelgazaba de una manera alarmante. Después llegó el tur-

no á un papelón lleno de pescado frito. Siguiéron los pedazos de ternera asada, y como digno remate, jamón crudo bien curado. Hubo fruta para los postres.

El tren correo llevaba doble tracción, y en el coche, á cortinillas corridas, duró más de una hora el yantar, sin que nadie se acordara de asomarse ni de abrir las portezuelas cuando se detenía.

—¿Qué estación será esta? ¿Lo habéis oído ustedes?—preguntaba *Galleta* á cada parada.

—¡Pechuga y vino!—respondía *Agujas*, limpiándose la boca con el revés de la mano, y limpiando luego la mano en la servilleta, dando, como se ve, verdaderos rodeos para su pulcritud.

—Pero ¿es que te santója á tí visitar estaciones como si fuéramos de Semana Santa?—añadía el *Barbián*—¡Cordinario!

Concluída la cena, hubo una limpieza general de dientes con las uñas, y nos enjuagamos la boca por turno riguroso chupando el agua en el pitorro del botijo; en cuanto á los dedos quedaron secos, aunque relucían con la grasa del pollo y del aceite frito.

Entonces fué cuando se acabó de templar la guitarra, y *Galleta* sostuvo una discusión acalorada en el momento del canto con el de las zapatillas granate sobre si debía preferirse que se utilizara el instrumento para acompañar de *soleares*, *peteneras* y *jaleos* antes que para las *esaborisiones* de zarzuela y *dópera*.

Pero *Paleta* hubo más votos en favor suyo, y tuvimos concierto en que se nos recordó la temporada teatral de Madrid en los últimos años, el wals de *La bujía* de *Luces y sombras*, los *couplets* del jugador en *La canción de la Lola*, lo que canta Julio Ruiz en *Los feos*, la salida de Rosell á escena en *La salsa de Aniceta*.

Por fin hubimos de compadecernos de *Galleta*. Cantó el banderillero:

Por la calle arriba,
por la calle abajo,
cómo paseabas anoche ese cuerpo
que yo guardé tanto.

—

Tengo tu amor comparao
á la lus de un montañé,
viene un borracho y la apaga
y otro la güerve á ensendé.

—

En el hespitalito,
á manita erecha,
allí tenía la mare e mi arma
su camita jecha.

Me llaman á eclarasión,
me fartaron los testigo,
señó, yo no la rogué
que ella se vino conmigo.

Disen que la *Peñaranda*,
la que canta en er café,
ha perdío la virgüensa
siendo tan mugé de bien.

Y así habría continuado hasta sabe Dios cuándo, á no romperse y saltar la *prima* de la guitarra. Poco antes de la media noche, y cuando faltaban todavía tres cuartos de hora mal contados para llegar á Alcázar de San Juan (porque el tren correo, según costumbre de los ferrocarriles españoles, iba, á pesar de la doble tracción, retrasado), obra del mucho tiento á la bota durante la comida, y obra también de la misma, uno tras otro fué acometiéndonos el sueño, y cada cual, sin privilegios ni categorías, fué tomando la postura más favorable á su propósito de dormir. Tendióse *Galleta*, el *cantaor*, á la larga sobre las

duras tablas del suelo, porque en los asientos no tenía ya cabida, y uno de ellos por cierto lo ocupaba el matador por sí solo, merced á su aventajada estatura y á la precisión de mayor descanso que debía procurar á sus músculos, preparando así agilidad al cuerpo para la futura brega.

A la primera del alba que clareó por las abiertas ventanillas me desperté, y enderezando el cuerpo no quise interrumpir el descanso de mis compañeros de viaje; encendí un cigarro, y bajando un cristal de la portezuela dejé penetrar el aire puro de la mañana en aquella viciada atmósfera, no sin que alguno de los durmientes con el fresquecillo estornudara, y figurándose que era aquello continuación de la chacota y burla de la noche anterior y obra de alguno de sus colegas, volviéndose del otro lado: «No seáis guasa»—refunfuñó—y siguió durmiendo.

Tranquiliéceme con esto y con que no se repitiera el estornudo, y apoyándome de codos en el borde de la portezuela, miré el paisaje que la rapidcz de la locomotora iba desarrollando ante mi vista.

Para comprender la impresión que sentí entonces, bastará recordar la hora de partida, aquella en que al salir de Madrid nuestra última visión fueron las áridas llanuras castellanas, la mancha uniforme de terrenos de un color de tierra oscuro en que no verdeaba ningún árbol, ni surcos ni hondonadas accidentaban la planicie tan inmensa, sombría y solitaria, que no pareció sino que de su monotonía uniformidad, más que de la puesta del sol, brotaron como retoños las penumbras y tristezas de la tarde. Y ahora, antes de que los ojos cegados por exceso de luz pudieran fijarse en tantos matices vivos, en la espléndida gradación de tonos que no sólo la tierra, sino el aire con maravillosa maestría, presentaba la aurora como escalonados, (gamma que hubo de partir del negro de la noche pasada para recorrer los siete colores del espectro solar,) ahora antes que á la vista estos halagos, llegaban al oído, rumor de follaje estremecido por el viento, alegres risas del agua corriendo en los cáuces, y la algarabía de píos y gorjeos y el batir de alas con que los pájaros sobre las ramas y entre las hojas, sacudiendo de su pluma la

humedad del rocío, se acicalaban para sus amores del nuevo día.

Con el veloz avanzar del tren sólo aparentaron inmovilidad los puntos lejanos que limitaban el horizonte; los términos del paisaje á medida de su menor distancia se movían, y como describíamos en nuestra marcha una curva, los terrenos, y en ellos los árboles, las plantaciones, todo pareció girar como sobre invisibles ejes en arco de círculo de adelante atrás, como huyendo aterrado del fragor espantable de ruedas y ferretería de humo y silbidos con que la máquina, llevando vanidosa su largo séquito de vagones, se presentaba salvando las distancias. No de otro modo la fuga, sino como si fuéramos viajeros de otros mundos estelares en la cola de un cometa que pasara rozando la superficie terrestre con susto de los hombres y desmoronamiento y destrucción de las cosas. Los postes del telégrafo, en dirección contraria á la del tren, y tomando su misma velocidad, simulaban correr á los alcances uno tras otro como para reunirse allá muy lejos y desmentir á la corriente eléctrica que llevaba avisos sucesivos de nues-

tro paso con una noticia posterior, pero de fe de testigos presenciales, no del viaje feliz, sino de la rapidez que los alarmaba hasta el extremo de arrancarlos de cuajo y sacarlos de su quietud para anunciar en Madrid el inevitable descarrilamiento del tren correo. Los alambres subían y bajaban delante de las ventanillas sin perder su tirantez. Nuestros cuerpos experimentaban la extraña sensación de un continuado empuje hacia adelante. ¡Doble tracción!

La mutación de lo árido á lo fértil habíase verificado antes de mi despertar, y así me impresionó como hecha por arte de magia ó encantamiento. Ello es que el sol estaba ya muy alto iluminándolo todo, que las capas del aire agitadas con violencia por el vértigo de nuestra marcha en el talud de la vía, doblegaban los cañaverales que lo bordeaban, y se extendían tras ellos las plantaciones de arroz, cuyos tallos, tiernos en Julio y poco crecidos, dejaban ver entre los claros el agua que bañaba siempre sus raíces. Balanceaban las palmeras su esbelto adorno, que era como de plumas clavadas en los troncos con estudiada sime-

tría; la tierra llena de surcos, y en los surcos, á distancias iguales, los brotes del cultivo de hortaliza parecía bordada con puntos de estambre y seda de verdes diferentes, ó macizo en que se engastaban á miles esmeraldas y malaquitas. Los naranjos se agrupaban como bosque, y entre su follaje, donde la virginidad del azahar se había perdido, roto y deshecho, aparecían no de otro modo sino como gotas de sangre las naranjas.

Las casas, cuyo blanqueo debería ser frecuente como costumbre del país, análoga á la andaluza, diseminadas por el valle, aisladamente ó en grupos, semejaban bloques de nieve que el sol no había derretido, y las más distantes como ropa puesta á secar en las laderas. Formaban los tejados en algunas de ellas violentísimo declive, ángulo muy agudo en la fachada, y allá en lo alto, en el vértice, serviales de remate una tosca crucecilla de madera. Construcciones, recuerdo y tradición acaso de la tribu mora. Cruces que habian reemplazado á la media luna.

En Alcira volví la cabeza al interior de nuestro wagón. Los toreros se habían desper-

tao. La escena del vestuario en la estación penúltima de nuestro trayecto se reanudó á la inversa de lo ejecutado la tarde anterior.

— ¡Catarroja!

— ¡Alfagar!

Y ocho minutos después el tren correo se detuvo en el término de su frenética carrera.

— ¡Valencia!

Bajamos al espacioso andén.

Un anciano de barba blanca corrió cuanto le permitieron sus piernas y se abrazó á Luis Martínez.

El matador devolvió aquella caricia.

Se conmovió, pero también fué una exclamación de sorpresa.

—Suponía que vendrías, pero no que ya estuvieras aquí—dijo.

Y volviéndose hacia mí, después del reconocimiento y los abrazos,

— ¡Mi padre! ¡Es mi padre! —explicó.

Y llamó á su hermano, que en aquel momento se acercaba á nosotros entre los banderilleros.

IV

La distancia desde la estación á la calle de las Barcas, donde está situada la fonda de Oriente es muy corta y preferimos recorrerla á pie.

Como había noticiado Luis Martínez, encontramos gala en la ciudad. Todos los balcones ostentaban colgaduras. Percalina con los dos colores nacionales. Grande animación y mucho tránsito en las calles. La gente se detenía á nuestro paso. Miraban al matador, y se decían unos á otros:

— ¡Martínez! ¡El espada!

Y yo me figuraba á todos aquellos curiosos regresar á su casa y contar durante el almuerzo cómo habían encontrado al torero en la calle seguido de toda su cuadrilla.

—Indudablemente venía de la estación, acababa de llegar de Madrid en aquel momento.

—¡Qué casualidad!

—Mujer, dirás ¡qué fortuna!

—Ahora sí que, cueste lo que cueste, no podemos dejar de ir á las cuatro corridas.

—Mañana, mañana es la primera.

Cuando llegamos á la fonda había ya un corrillo de gente á la entrada esperándonos.

El matador iba delante con su padre.

La cabeza de aquel viejo toscano recordaba mucho los retratos de Garibaldi. Melena canosa y barba blanca, y el óvalo del rostro prolongado, pómulos salientes, nariz aguileña de fosas nasales muy movibles, bajo de cuerpo y éste delgado, pero lleno de fibra, encorvándose ya y luchando el ánimo y la voluntad con esta inclinación hacia la tierra, hasta el punto de erguirse á veces con supremo esfuerzo y parecer entonces mucho más alto. Añádase á esto las prendas del traje que vestía, pantalón y chaleco de merino blanco y una especie de dormán de la misma tela, ancho de pliegues; en la cabeza casco insolar como los que usan los turistas ingleses para viajar y vivir en los climas cálidos.

—¡El padre de Martínez!—gritaban los curiosos.

—Calle, y va de uniforme—exclamó una mujer del pueblo.—¡*Ché! aixó qu'es.*

—Debe ser de almirante extranjero; *queneral.*

—*Ois tú, chiqueta,* habrá sido tan buen mozo como su hijo.

—¡Guapo!

—Pero, escucha—decía un señorito—¿cómo se llama *Martínez* el espada siendo su padre italiano?

—¡Toma, toma! El padre se llama *Martini*, y Luis modificó este apellido, lo españolizó para salir á torear. No es el primer caso que ocurre. Ya sabes, *Uetam*, el célebre bajo, se puso el apellido mallorquín al revés porque hace mejor en los carteles de la ópera italiana. *Uetam* se llama *Mateu*.

—*Mateu, U-e-t-a-m...* ¡Calle, pues es verdad!

A pesar del telegrama de aviso expedido por el matador pidiendo habitaciones en la fonda, nos instalamos no sin tener que vencer algunas dificultades. Se aumentaron dos

camas para *Paleta y Agujas* en un amplísimo dormitorio, donde ya estaban alojados los picadores de la otra cuadrilla, la de *Pacuelo*: los banderilleros tuvieron que subir al piso segundo. Luis Martínez tenía un gabinete con alcoba, y aunque en ésta había lechos para dos, hizo colocar otro en el gabinete, é ignoraba yo para quién este lecho estaba reservado.

—Es que espero á un amigo.

En cuanto á mí instaleme en otro cuarto.

—No estará usted solo. Hay otro huésped, dijo el fondista.

—Otro amigo—añadió el matador—un ganadero: Antonio Herana.

—Yo mismo—exclamó entrando en la habitación y abrazando á Martínez un hombre como de veintiocho á treinta años, vestido con elegancia, suelto y desembarazado de modales, en quien se adivinaba el buen humor y la alegría que parecen ser como atmósfera en que vive cuanta gente rodea á los toreros.

Hecha nuestra presentación mutua,

—Hoy almorzarán ustedes sin mí—dijo el espada.

—¿Pues cómo?

—Yo almuerzo en otro restaurant con mi padre. Tenemos que hablar mucho. ¡Cinco años!—exclamó conmovido—hace cinco años que no me ve. ¡Pobre! ¡pobre viejo! Salió de España en mis tiempos de novillero, cuando me pagaban á tres duros el toro muerto. Y ahora... Voy á darle un almuerzo de príncipe, burdeos, champagne, su copita de *Raspail* después del café, un habano, los manjares que cuesten más. Y luego haré que lea la cuenta para que se asuste del gasto.

Y nos dejó repitiendo su frase.

—Ha venido á verme. ¡Pobre! ¡pobre viejo!

Se adivinaba todo lo que iba á pasar en aquella entrevista. Querían estar solos para que nadie los viera, porque eran dos hombres y era muy posible que lloraran. Veíaseles recorriendo las calles en busca del restaurant más lujoso, llevando de la mano á su padre, de la mano, no para guiarle así, sino para irle estrechando durante el trayecto. Se asistía después al almuerzo, figurándose las exclama-

ciones del viajero de Mostaganem á cada nuevo manjar que apareciese ó á cada botella que se destapara.

— ¡Oh! langosta. Esto es langosta. ¿Y ese vino?

—Chateau-Laffite.

Lo probaba.

—Es de buena cepa. Superior. Hace tiempo que no lo bebo. Es muy caro para mí. Hijo, todo esto te va á costar mucho.

— ¡Bah!

—No gastes así.

Y el matador se reía.

—Coma usted, padre, coma y beba.

De pronto el anciano se le quedaba mirando y tenía un movimiento senil de cabeza.

— ¡Qué mundo y qué cosas! ¡Quién nos había de decir! ¡Cómo cambia todo! ¿Te acuerdas? ¡Hemos pasado muchas hambres!

Y durante el café, repantingándose en la silla, con el puro en la boca y las dos manos venosas y arrugadas extendidas sobre la mesa, llevando con los flacuchos dedos un compás, el del himno famoso, el antiguo garibaldino decía:

— Créeme, Luis, soy feliz, me siento completamente feliz ahora. Desde hoy. Desde este momento.

El matador le sometía á un interrogatorio minucioso. Quería saberlo todo. En Mostaganem ¿qué hacía? ¿Le querían mucho aquellas gentes? ¿Le acomodaba el clima? ¿Cuál era su modo de vivir? ¿Con qué recursos contaba?

— ¡Psh! No estoy mal. Tengo algo.

— Lo sé. Pero me han dicho que no es renta.

— Es trabajo. Pero buena posición. Muy respetado.

— Pues eso no puede ser. A tu edad necesitas descanso.

— Estoy *forte*, muy *forte*.

— No importa. Yo no quiero, ¿me entiendes? Si prefieres dejar aquello, te vienes á Madrid conmigo.

— ¡Oh, no! ¡Mostaganem! ¡No, no!

— Sea. Te gusta el África.

Y después de reflexionar un momento:

— ¿Tendrás bastante con cincuenta duros todos los meses? ¿Quieres más?

—¡Cincuenta duros! ¡Mil reales! Nadie los tiene allí. El rey del pueblo con cincuenta duros, el rey del pueblo. Positivo.

—Pues eso tendrás.

Y al padre se le llenaban de lágrimas los ojos. Repetían los dedos sobre la mesa el compás del himno de Garibaldi, y sus labios las palabras.

—¡Feliz! ¡De veras! ¡Soy feliz!

Acercaba á su boca la copita de Raspail, tomaba, y con el labio inferior rechupaba las puntas del bigote, que se habían mojado en el licor.

Luego se movió con cierta inquietud y desasosiego en el asiento, y bajó los ojos ante las miradas del torero.

—Tú quieres decirme algo y no te atreves; dilo—exclamó éste.

—¿Yo?

—Sí. Te lo conozco.

—No. Te lo *jiuro*.

El matador guardó silencio.

—Llamaré para pagar y nos iremos.

Pero antes de que lo hiciera Martini se decidió, después de sostener aquella gran lucha consigo mismo.

— ¡Luis!

— ¿Qué?

— Yo pienso... no sé, pero... *se tu puoi*.

— ¿Qué es ello?

— *E bene*. ¿Son *chincuenta* duros?

— ¿La pensión? Justos.

— *E bene*. *Donami cuarenta*.

Cada vez iba usando más palabras del idioma patrio.

— ¿Cuarenta? Diez duros menos. ¿Por qué?

— *Má ¡Sé tu puoi!*...

— Habla claro y en español. Aquí nadie nos escucha.

— Yo quisiera si puedes, si no te molesta... un adelanto. Una cantidad... que iríamos descontando de la pensión... llevarme para allá dos mil reales juntos. Luego los descuentas, repito. *¡Cosa dite?*

Luis Martínez se levantó de su silla.

— *¡E bene?* — preguntó con mayor ansiedad el toscano.

— Vámonos, padre. Volvamos á la fonda.

Martini inclinó la venerable cabeza.

— Perdona... hijo... perdóname...

Con esto no pudo contenerse el matador ni disimular más tiempo.

—Padre, yo no hago eso.

—Ya lo sé.

—¿Qué has de saber? Tú no sabes nada. Yo no hago eso, porque yo te voy á regalar, ¿me entiendes? te voy á regalar, no cien duros, sino doce mil reales justos y cabales, en buenas monedas de oro. Para tí. Para que si te se antoja los tires al mar por la borda del vapor á tu vuelta. ¡Descuentos! ¿pero estás *chocho*? ¿No me conoces? ¿No sabes quién soy? ¿No sabes que soy tu hijo? ¡Yo!

—¡Oh! ¡Hijo! ¡Hijo mío! Sí que lo eres.

Y el mozo, al entrar con la cuenta, se quedó inmóvil en el umbral al ver á aquellos dos hombres abrazados.

—Vea usted lo que suma eso, padre— dijo Martínez separándose.

—¡Cuatrocientos cincuenta reales!

Luis puso quinientos sobre la mesa.

—Cobra, y guárdate la vuelta— dijo al camarero.

Y á poco salían del restaurant.

El hijo iba gozoso. El padre repitiendo:

—No gastes así. Cuatrocientos cincuenta reales. Gastas mucho, Luis, gastas mucho.

Aquella tarde, víspera de la primer corrida, fueron á la plaza los tres matadores. En carruaje descubierto, el *Ardilla* con sus amigos. En un *breack* pintado de colores chillones, de rojo vivo con medallones en que había cabezas de caballo de color amarillo, *Pacuelo* con los suyos. El *Ardilla* vestía de corto pero muy modestamente. *Pacuelo*, en cambio, iba de todo lujo: chaquetilla de terciopelo azul turquí, faja de seda de colores, pantalón muy ceñido, camisa de tirilla sin cuello, con tres botones de gruesa pedrería en la bordada pechera, cadena de reloj llena de dijes, sombrero calañés y caña de Indias con puño macizo de marfil. Los caballos de estos dos coches sonaban ruidosamente, al trotar, sus collarines y arreos llenos de cascabeles. En el *breck* de *Pacuelo* se enganchaban dos troncos apelados, cuatro caballos fogosos, de sangre impaciente, magníficos. Martínez se presentó á pie

con sombrero hongo y traje *de señorito*. Iba con Herana, mi compañero de cuarto, y conmigo. En la plaza estaban también esperando esta visita, que pudiéramos llamar *de rito*, los empresarios y los ganaderos y conocedores de las cuatro corridas que estaban encerradas en los corrales.

—Vamos á ver los moruchos — dijo *Pacuelo* — pa que no digan en er reondé que no me conosen.

Y allá fueron el *Ardilla* y él con su séquito y cohorte de admiradores.

—¿Y usted no va? preguntó á Martínez uno de los empresarios.

—Yo los veré mañana á medida que vayan saliendo. He veido por cumplir la costumbre.

—Y por el gusto también de contradecirla en esto —replicó Herana.

—Ve tú si quieres. Tú no te cansas de ver toros.

En efecto, el ganadero no se lo hizo repetir dos veces.

Esta visita á la plaza hubiera carecido de incidentes á no abrirse en aquel momento de

nuevo la puerta de entrada de par en par para dar paso á otro carruaje.

Una victoria de raso azul, con cojines, en cuyo mullido una mujer iba recostada con indolencia.

— ¡La marquesa! — exclamó el empresario acudiendo solícito al estribo cuando el coche se detuvo.

La curiosidad nos impulsó á mirarla.

Era hermosa. Morena, y por tener la color quebrada ejercía mayor atracción. Antes de enamorar interesaba. Una palidez que parecía hecha á propósito para que realzaran más los ensangrentados sensualismos de la boca, y la fiebre con que los ojos hacían brillar lo negro de las pupilas. La impresión era de estremecerse y el deseo de retroceder como ante un peligro. Bien formada, pero con muchas delicadezas y finuras de miembros. Los brazos largos como los de las mujeres de Venecia, la cintura pequeña, cimbreándose en ella el busto, y el busto echándose hacia atrás, no con la coquetería de la mujer, sino con el donaire pretencioso de una niña. La cabeza, poco altiva y enhiesta, se movía si-

guiendo toda la gracia de los movimientos del cuerpo. Cerrando los ojos después de haberla visto, aunque estaba un poco gruesa y era de la estatura pequeña general á las mujeres meridionales, el recuerdo la reproducía como una mujer alta y delgada, y blanca, muy blanca. Luego se perdía la visión, y quedaba como una nube que iba desvaneciéndose en la retina poco á poco. Después nada.

Martínez hubo sin duda de sentir estas mismas impresiones.

Sin bajar de la victoria hablaba la llamada *marquesa* con el empresario.

No podíamos oír el diálogo, que interrumpía con risas á cada instante. Era indudable que rechazaba un ruego en que parecía poner gran ahínco su interlocutor. Por fin hablaron en voz alta.

— ¡Vamos!

— ¿Está usted loco? ¿Qué va á decir?

— Nada.

Apoyó su mano en la que el empresario la ofrecía y puso el pie en el estribo. Luego pareció arrepentirse de haber cedido tan pronto.

—No, no. Me voy. Tráigame usted mi palco. Quiero llevármelo.

Pero el otro soltó la carcajada, y volviéndose,

—¡Martínez!

Ella se recogió en el asiento asustada, y como el espada al oírse llamar se apresuró á acercarse, la oyó que decía:

—¡Oh! ¿qué ha hecho usted?

Ya era irremediable. La presentación se verificó en toda regla.

—La marquesa de*** presidenta de la Asociación de señoras...

—¿Presidenta, ó reina?—interrumpió el torero.

—Luis Martínez, matador de toros.

La marquesa de*** hizo un delicioso mohín por la galante interrupción, é inclinó levemente la cabeza al oír el nombre y calidad que ya sabía.

—¿Vendrá usted mañana?—preguntó el torero.

—La marquesa ha tomado un palco—explicó la empresa.

—Venía á llevármelo. Cierto.

Fijaba en él sus miradas antes curiosas y ahora con una expresión de sorpresa y maravilla. Admiraba la belleza varonil del rostro, se sorprendía del lenguaje y de los modales. Ella había oído decir que Martínez era un hombre excepcional en la torería. Había oído, como era pública fama, que su educación, su familia, lo colocaban en rango distinto. Pero dió poco crédito á estas noticias, suponéndolas exageradas por las gentes. Cierto que pudiera haber algún fundamento, pero jamás se figuró que resultase la exactitud en todo. De igual manera que al ver un día los retratos del matador había dicho: «No puede tener esta cara ni esta figura. Aquí es un tipo demasiado fino que no existe en esa clase. Yo he visto muchos retratos de toreros; ya sabemos las mujeres el secreto. Los fotógrafos cuando quieren favorecen y hasta desfiguran mucho. Creo que hacen ese milagro con tinta china.»

A cada palabra aumentaba su interés. Ya no pensaba en recoger el billete de la localidad y partir. Reclinábase en la victoria y escuchaba complacida á sus dos interlocutores.

El cochera en el pescante comprendió estas resoluciones de quietud, y apoyando el puño del látigo en el muslo, erguido el busto y flojas las riendas en su mano izquierda, esperaba. El caballo tascaba el freno, é impaciente daba cabezadas, sacando envanecimiento de que sonaran con esto las cadenillas de sus arreos.

Por su parte, Luis Martínez dejábase llevar no menos voluntariamente que la marquesa por los empeños de aquella entrevista. Se mostró sorprendido de que no le hubiera visto torear nunca. ¿No había estado en Madrid? Muchas veces, pero solamente pasado Octubre. Siendo así lo comprendía, porque él no era torero de invierno. Pero la dama añadió:

—Yo no tengo afición. No me gustan las corridas de toros.

Entonces ¿por qué iba? Muy sencillo. Por seguir la moda en aquellos días de feria. Aun así, había hecho el propósito de tomar un palco, llenarlo de amigos, y durante las cuatro corridas no mirar lo que pasara en el rondel.

—¡Oh! No hará usted eso. Yo la suplico á usted que no lo haga.

Primero se puso muy seria. Luego soltó la carcajada.

—¿Por qué?

—Porque *yo quiero* que usted me mire.

No lo dijo como súplica, sino con todos los empeños del viril deseo.

—No. Antes me daba miedo, y ahora...

—¿Ahora, qué?

—Ahora sufriría viéndolo á usted en peligro... sufriría mucho.

Al decirlo le enloqueció con la mirada.

El empresario intervino.

—¿En peligro? Marquesa, por Dios, usted no sabe quién es este. Si entra con espada y muleta en la Isla, empieza por punta y acaba con todo lo que hay allí. Eso dicen los aficionados. Es matador como no se ha conocido ninguno hasta ahora.

La dama volvió á mirarle y no pudo contener su exclamación:

—¡Parece imposible!

El torero se echó á reír. El empresario se separó de la victoria, entrando en la adminis-

tración. Iba por el billete del palco para la marquesa.

Entonces, cuando se quedaron solos, Martínez la dijo acercándose:

—Mañana, si yo veo desde el redondel que usted no mira, me dejo coger.

—¡Oh!

Tendió su brazo, buscó la mano de Luis y la estrechó con fuerza.

El empresario salió nuevamente de la contaduría.

—Hasta mañana, ¿no es eso?—preguntó el torero, presumiendo el término de aquella escena.

—Hasta mañana no. Hasta luego. Hasta la noche.

—Esta noche ¿dónde?—preguntó ébrio de gozo.

—En la Alameda. Tenemos una rifa en la feria las señoras de la Asociación.

—¡Iré!

Y cuando el coche partía, volviendo graciosamente la cabeza dijo en voz alta:

—Ya me llevo mi palco. Tendrá gracia, amigo Martínez, mi conversión á la torería.

Los tres hombres nos quedamos mirándonos, con los ojos cargados de malicia.

—¿Qué mujer es esa?—preguntó el matador.

—Ande usted con pies de plomo—aconsejó el que podía contestar á esta pregunta—perteneces á la especie de las mujeres temibles. Si se propone hacerle á usted penar, lo consigue. No le gustan los hombres como no sean esclavos. Y luego, cuando se someten á la esclavitud, los desprecia.

—¡Bah! ¿Es casada?

—Viuda.

—¿Marquesa viuda?

—Justo. El título era del marido. Un viejo. La dejó toda su fortuna. Es rica. La reina de la moda en Valencia.

—Reina de provincias.

—Tenga usted cuidado con la provinciana. Lo repito, conoce la ciencia de las otras reinas que hay en Madrid. Y ustedes los toreros no saben usar el trasteo más que con los toros.

—¡Bah! — repitió Martínez desdeñosamente.

Y luego terminó con el lenguaje propio de un neto banderillero terne:

—Descuide usted, que si yo me cuelo en la canasta será sin peligro, porque la llevaré bien empapada en el engaño.

Hablaron después de asuntos del contrato. El espada había ajustado en sesenta mil reales su trabajo y el de sus banderilleros y picadores para las cuatro corridas. Tenía que matar dos reses cada tarde, á menos que se inutilizara cualquiera de sus compañeros, en cuyo caso le tocarían tres toros, sin que por ello cobrara más, puesto que el herido ó contuso en la lidia se le abonaba lo mismo que si torease. En aquella conversación se confirmó de palabra la escritura.

El *Ardilla* y *Pacuelo* reaparecieron volviendo de los corrales.

—Buen ganao—exclamó *Pacuelo*—pero me paece un poquito desigual. Argunos bichos tienen cara de ser mu guasones. Oye tú—añadió encarándose con un conocedor—me extraña á mí que taya mandao tu amo traerte pa acá er berrendo, ¿sabes? er berrendo.

—¿Er berrendo? ¿Pues qué?

—¡Ná... no tié ná! Un pajazo.

—Lo ha tomao aquí, si lo tiene.

El *Ardilla* también hizo una observación.

—Cuidaito mañana en el entorilao, como decís los de Valencia, en el *apartaos*, vamos. Que no haiga pañolitos en los burladeros ni se diviertan con esas guazas, que los toros aprenden mucho sin que nadie los enseñe, y luego en el ruedo es ella.

Y acercándose al ganadero Herana le dijo en un aparte propio de los del teatro, aparte fingido, porque lo pudimos oír todos.

—A usted, camará, ¿qué le paece del ensabanao aquer? Lo mismo ca mí, ¿verdá? Que trae arreglaos los pitones. ¿Cuánto va á que viene pa mí? Es de la segunda corría.

Pacuelo hizo un gesto y no pudo reprimir la frase:

—*Maestro*, sa quivocao. Ese toro he dicho yo que me lo echen. Yo lo mato ese toro.

El *Ardilla* se mordió los labios.

Martínez lució su ingenio.

—Es lo grande. Tener una cogida hoy y ninguna mañana—añadió y llamando á su amigo el ganadero—¿te quedas ó te vienes?

—¿A dónde?

—A dar una vuelta camino del Grao en carruaje. Luego á comer.

—¿A la fonda?

—Que no.

—Pues ¿á dónde?

Se turbó un poco mirándonos al empresario y á mí. Luego lo dijo.

—A la feria. Allí habrá dónde.

—¿Pero vamos á llegar hasta el Grao?

—No. Ya es muy tarde, y quiero que comamos pronto.

—Andando.

Cuando nosotros salíamos oí decir al *Ardilla*:

—Claro que no. A mí no me cogen esos bueyes. Y luego ni siquiera tienen la edad. Son cuatreños.

El paseo fué en efecto muy corto.

—Vuelve—dijo Luis al cochero en cuanto empezaron á encender los faroles en la población.

—Usted dirá.

—A la Alameda. ¿Tú sabes si hay por allí donde nos den buena comida?

—¿En la feria? ¡Ya lo creo! Sí, señor.

A medida que entraba la noche aumentaba la impaciencia del torero. Contestaba por monosílabos á cuanto su amigo Herana le decía. De pronto, volviéndose hacia mí,

—Un capricho, no es más que un capricho, créame usted. No siento por esa mujer otra cosa. Lo que los franceses llaman un *coup de soleil*.

—¡Hola! ¿Ya tenemos mujer en danza?—interpeló el ganadero.

Y como en aquel momento se detuviera el coche á la entrada del restaurant del Buen Retiro, Luis nos hizo bajar y bajó delante para encargarse de la comida.

Comimos en efecto de prisa, enfrente de las iluminaciones del real de la feria. A los postres se levantó.

—Espérenme ustedes aquí. Pronto vuelvo.

—¿Pero volverás?—le preguntó Herana.

—Sí... Esta noche sí. Un momento. No es más que un momento.

Efectivamente, al poco rato volvía, muy risueño.

—Ahora vámonos á donde ustedes quieran.

Yo le miré, y sin duda hubo en mi mirada expresión interrogativa.

— Me cuelo en la canasta—dijo—es lo que yo pensé. Se empapa bien en el engaño.

—Oye tú—contestó Herana—ya sabrás que esos bichos con faldas suelen salir un poquillo pegajosos. Atrácate de toro, hijo, atrácate de toro.

V

Al día siguiente se verificaba la primera de las corridas. Para comienzo del espectáculo habíase fijado en los carteles la hora de las cuatro y media de la tarde.

Los diestros almorzaron poco y muy temprano. Un plato de huevos, un trozo de carne y una copa de vino á las diez de la mañana. Hubo picador que sólo tomó unas sopas de ajo.

—Ya ve usted—me decía *Agujas*—luego hay quien supone que vamos borrachos á la suerte de varas. Yo el día que toreo ni siquiera pruebo el vino.

—Son *percusiones* der vergo—exclamó un colega suyo de la cuadrilla de *Pacuelo*—*percusiones* y *exageraduras*.

—Son embusterías—replicó *Agujas* furioso—*embusterías*, ¡cabal!

Vino á buscar á Herana otro ganadero, Ara-

co, vendedor de una de las corridas que habían de lidiarse, y ambos tomaron el espectáculo desde temprano, encaminándose á la plaza para presenciar el apartado.

La ganadería de Araco era andaluza, y yo hube de fijarme en su dueño desde el primer momento, que lo encontré paseando por la Alameda, vestido *correctamente* de corto. Fijeme en ello porque la figura del joven estaba á todas luces reñida con este traje, y era de aquellas á las que la etiqueta del frac debe sentar como de perlas, pero es cosa corriente de Despeñaperros para abajo que todo propietario de torada, no por gala ó capricho, sino por obligación, debe *disfrazarse* de chaqueta carmonesa de vez en cuando, por *señorito* que sea, y nuestro andaluz resultaba un escrupuloso observador de esta costumbre. Por lo demás, paisano de *María Zantizima* por todos cuatro costados. Era alto, esbelto, de piernas muy delgadas, de modo que en aquel atavío de pantalones, cuyo largo podía medir la vista á placer por lo corto y empinado de la chaqueta, no parecía sino que el ganadero usaba para trasladarse de un punto á otro y

andaba á compás sobre dos verdugillos. Aficionado á las hembras, entre las que su rostro expresivo, la distinción de modales, el gracejo de su acento y el aire de rumbo que, como el acento, es cosa también de la tierra, había de procurarle mucho partido. Llevaba el rostro afeitado á lo Manuel Domínguez, sin bigote y con patillas de *boca de hacha*. En materia de amoríos debía ser partidario de la brevedad y rapidez del procedimiento, á juzgar por la historia que se refería ocurrida entre nuestro joven y una de las camareras más lindas de la fonda, episodio de una sola noche, un encontronazo en los pasillos al regresar de una juerga, suceso en que según los comentarios hubo empujón, y todo pasó en silencio, porque las obras superaron á las palabras.

Dejélos ir á donde su afición los llevaba, porque yo no la tenía para sacar ánimos bastantes que me decidieran á encaminarme con ellos á la plaza, arrostrando por las calles el calor del medio día, en Valencia y en el mes de Julio, ni para soportar como oyente, durante el trayecto, la conversación que era sin duda más de su gusto, y allá se fueron al *apar-*

tao, hablando de tientas y herraderos, de becerras utreros y de vacas, del trapío y de la pinta de los toros, de querencias y de no sé cuantas cosas más, que era una bendición de Dios verlos gesticular discutiendo estas importancias de la cría de reses bravas como dos locos. Araco era, como ganadero andaluz, partidario del acoso. Herana, castellano, defendía como mejor la tiente en corral, dos escuelas distintas que siempre sostienen controversia. Creo que llegaron á llamarse románticos el uno al otro.

A poco de salir los dos colegas entró por la puerta de la fonda un nuevo viajero preguntando por el espada Martínez.

—¡Don Miguel! ¡No podía faltar!—exclamó el matador al verle, estrechándole la mano.

—Antes faltarían los toros que yo. Ya lo sabes.

—Porque lo sé, ya tienes tu cama preparada en la sala de mi mismo cuarto. Mi padre y yo dormimos en la alcoba.

—¿Vino tu padre?

—Ahora lo conocerás.

Y volviéndose hacia mí,

—El señor don Miguel Gómez, rico propietario y hombre de especialísimas condiciones, cuyo tipo debe usted conocer. Es el del *aficionado*.

El presentado fijó en mí una mirada interrogadora. Pero Luis sin duda no quiso satisfacer su curiosidad tan pronto.

—Aquí tiene usted lo más neto en la clase, de barrera para atrás y para arriba. Como el amigo Gómez, verá al lado de cada matador una figura del mismo relieve. Llámese afición ó como se quiera, solo en la torería existen estos ejemplares. Don Miguel, dueño de una buena fortuna que le permite disfrutar todas las comodidades y darse á la vida canónica, desde el momento en que yo tomé la alternativa, puede decirse que comparte conmigo los azares á que me obliga mi profesión. No he dado una sola estocada, no he echado un capote al quite sin que él lo vea, haya sucedido esto en Madrid ó en provincias, y Dios me perdone si no está muy dispuesto á pasar el charco el día en que yo firme cualquier contrato para América. Me acompañaría hasta

los límites del Asia, si en el Asia se dieran corridas de toros, y aun me figuro que por eso de tener el diablo cuernos, no me abandonará el día en que yo caiga con estoque y muleta de patitas en el infierno, y si al cielo voy, allá se viene para no perder un solo incidente de la brega con el toro de San Marcos.

— No lo niego — contestó riéndose el señor Gómez — para cualquiera de esos casos sentiría mucho perder el tren.

— Es mi amigo, mi admirador y mi consejero. Observe usted que estas cualidades han llegado á identificarnos en un extremo tal, que hasta nos parecemos. Y como visto muy pocas veces de corto, viste como yo, se afeita y lleva el pelo cortado á mi manera, hay quien lo confunde conmigo; me roba, por tanto, muchos saludos y ventajas de la popularidad, por lo que pienso pedirle una indemnización de daños y perjuicios uno de estos días.

— La semana que no tenga jueves — replicó el aficionado.

Y haciendo una transición,

— Con que vamos á ver, ¿y mi barrera?

— Ese es otro detalle. Siempre ve los toros

en el mismo sitio en todas las plazas, en plaza baja, debajo de la presidencia. Allí se reúnen con éste otros *chiflados* por el estilo; allí están todos los amigos de los otros matadores. ¿Sabe usted por qué? Porque allí se cambian los capotes de paseo por el percal, y es para nuestros hombres una alegría inmensa guardar los de su ídolo como una reliquia durante todo el espectáculo. Además que allí se toman las banderillas, estoques y muletas. Anda, anda —añadió— deja todos esos bártulos de viaje. Tu barrera la tengo desde ayer en el bolsillo. Pero esta vez mi capote no serás tú el que lo tenga.

Don Miguel frunció el entrecejo.

—¿Se puede saber quién es el que alega mejor derecho?...

—Soy yo el que así lo considera. Esta tarde no entrego el capote más que...

—¿A quién?

—¿A quién ha de ser? A mi padre. Tranquilízate que no verás la prenda muy lejos; se sienta á tu lado.

A las dos empezaron á vestirse los toreros, obra más difícil y enojosa de lo que el lector curioso pudiera presumir. Las distintas habitaciones que ocupaban en la fonda, según eran las de uno de los dos espadas ó de banderilleros ó picadores, ofrecían también aspecto diferente. El cuarto de picadores, sobre todo, hubiera sido asunto de composición digno del pincel y la paleta de Fortuny, vivos y alegres de luz y de color; ocupábanlo hasta ocho *varilargueros*, con lo cual queda supuesto lo espacioso del departamento. Allá en el fondo daba acceso el dormitorio á otro cuarto, que utilizaban como de aseo, donde se veía uno de esos mezquinos tocadores de fonda, cuyas jofainas de pequeño diámetro y muy hondas desmienten el refrán que dice que *una mano lava la otra y las dos la cara*, pues solo con una tenía que hacerse todo. Por esta habitación, que en lugar de techo tenía una cubierta de cristales á manera de invernadero ó estufa, entraba la luz solar, allí muy cruda por ende, mientras que en el dormitorio se amortiguaba sin perder la alegría de tonos, ganando vigor con la penumbra y con las sombras

de los rincones. Las ocho camas armábanse á lo largo de las paredes para dejar en el centro un gran espacio; en él se veían por el suelo, no con otra semejanza sino como pesados y toscos aparatos ortopédicos, las monas ó armaduras que protejen la pierna del jinete, y rasgado por las astas del toro el amarillento ante, una de ellas dejaba ver el hierro, y un picador ocupábase en remediar como Dios le daba á entender aquel destrozo. No había cama en que no se extendiesen con miramiento, recién sacadas del cofre, las chaquetillas y chalecos, ni perinola de estas mismas camas en que no se viese colgado un castoreño. Allá en el tocador estaba *Agujas* desnudo de medio cuerpo arriba, mostrando en los brazos biceps que causarían la envidia del vencedor del toro de Creta, y tan acusados los pectorales y demás en todo el busto, que no semejaba sino al celebrado Milon de Crotona, lavando y refrescando su espantable musculatura, preparándose no para disputar, sino para ganar el premio en la celebración del comienzo de una Olimpiada. *Paleta* en cambio, dijérase que estaba disfrazándose para asistir

como convidado á un baile de trajes, á juzgar por el esmero y pulcritud con que, peine en mano, atusábase el cabello, ahuecándolo para que agraciara más su rostro de adolescente. Durante esta *toilette* silbaba ante el espejo el *aria de las joyas*, ó dejaba el silbido para tararear el brindis de *Lucrecia*. Otros dos picadores formaban grupo, uno de ellos sentado en una silla, y el otro de pie á su espalda prestándole los servicios de atar la trenza de añadido á la coleta para sujetar después la moña. Y por último, uno vestido ya encaminábase á la puerta de salida con pesado andar, abriendo mucho las piernas, y sus compañeros le despedían con dichos y frases alusivos á la inevitable torpeza de movimientos de que daba muestras á cada paso.

—Mira que no corras tanto, que te vas á caer. Modérate un poco, hijo, no seas tan vivo de genio.

—Allá va ése atropellando.

Otro le despedía.

—Adiós.

Y haciendo una pausa,

—¡Calle! ¿pero todavía estás aquí?

—No, hombre, no. Si es que, como va tan aprisa, ya está de güerta.

Pero el bromeado se vengó de todos, porque al llegar á la puerta, volviéndose, lanzó desde el umbral, muy bien imitado, el grito de venta de la que es fruta más que comestible arrojadiza en la plaza de Madrid.

— ¡Eh! ¿Quién quíee naranjas!

A lo que contestó un clamor general de maldiciones y denuestos.

El gabinete de Martínez estaba tan concurrido de amigos como cuarto de primer galán en noche de estreno. Y el de *Pacuelo*, situado pared por medio, era cosa por el estilo. El matador, con maestría que hubiese competido con la del más práctico ayudante de cirujano, poníase y ajustaba sobre los desnudos pies las vendas que sirven para fortalecer el juego de articulaciones, y tras esto iban á ceñirse los dos pares de medias, de hilo el primero y encima de éste el de finísima seda color de carne. Los calzoncillos de torear cortos por las exigencias del traje, llegaban solo hasta la rodilla. Se abrochó la camisa de bordada pechera, sobre cuya blancura destacaba

como estrecha cinta la tirante pañoleta. El traje que eligió para aquella tarde fué de color de tabaco y plata. Pañoleta y faja, ó sean los cabos rojos. Y mientras que una tras otra iba vistiendo estas prendas, contestaba á todas las preguntas de la curiosidad, reía los chascarrillos con que no faltaba nunca quien amenizara esta escena, dejábase llevar á un extremo de la habitación para oír algún *aparte* de uno de los ganaderos, aparte que se le comunicaba con manifiesto ademán de súplica, y al que respondía en voz alta:

—Descuide usted. Se hará todo lo que se pueda, siempre que no sea para deslucirse uno.

Daba las gracias á uno de sus admiradores, que poniéndose de hinojos ante el torero, disputaba al criado el honor de ser él quien atase por su propia mano los cordones de la ta-leguilla. Recibía sonriendo la ofrenda de un cajón de habanos, regalo de la empresa, y ya vestido, ordenaba á Joselillo que fuese al cuarto de banderilleros para preguntar si los *chicos* estaban listos, orden que no tuvo que cumplirse porque en el mismo punto entraron

en el gabinete, llenándolo con sus trajes de colores vistosos y de relumbrones de oro y plata, *Galleta*, Tomás, el *Barbián* y el puntillero. Quitáronse al entrar la graciosa montera andaluza de colgantes *machos* ó madroños.

Pero detrás de ellos entró también un lacayo, á cuya vista, turbóse un tanto el matador, se adelantó á su encuentro.

Dijérase que le arrebató de las manos la carta que traía, y que indudablemente, al notar la presencia de la cuadrilla y la reunión de gentes, el servidor hubiese querido entregar de una manera más discreta.

La carta no contenía más que una sola línea:

«Quiero mirar al redondel, aunque sufra. Esta noche, á las doce, habrá para usted una taza de té en mi *boudoir*.»

Ni firma ni fecha. El papel perfumado con esencia de *opoponax*.

Se volvió para buscar con la vista al portador de la misiva, pero éste había desaparecido.

—¡Ea, á la plaza! Ya está el coche esperándonos abajo.

Se oyó un sollozo. Volvimos la cabeza. El viejo garibaldino se incorporaba, se levantaba de su sillón é iba hacia sus dos hijos Luis y Tomás con los brazos temblorosos y abiertos:

— ¡Un abrazo!

— Padre, no vaya usted — dijeron los dos hermanos.

— ¡Oh! *¡per Dio!* Voy... ¿No he de ir?... Mira, Tomás, mira, Luis — añadió irguiendo el encorvado cuerpo con aquel esfuerzo que le era peculiar — ¿lo véis, *e bene?*... Puedo ir... No lloro.

Y repitió su estribillo:

— Feliz, soy feliz de veras.

Era inútil tratar de disuadirle. D. Miguel y yo nos encargamos de su cuidado y compañía, y así bajamos las escaleras de la fonda detrás de la cuadrilla, que subió al carruaje, teniendo que abrirse paso en los grupos á viva fuerza.

— ¡Martínez! ¡Ese es Martínez!

Los caballos arrancaron, y siguieron tras la carretela, corriendo y chillando, una multitud de pilluelos y gentes del pueblo.

Las mujeres gritaban:

— ¡Allá van! ¡Qué majos!

— Eche usted lujo.

Y el grupo de toreros, brillando al sol la lentejuela y tomando más viveza los colores con la rapidez de aquella marcha al trote largo pasaba como una visión deslumbradora.

La situación de la plaza de toros de Valencia, la corta distancia que hay que recorrer para llegar á las puertas del circo y la circunstancia de desembocar diferentes calles en la esplanada donde el edificio se levanta, quita á los preliminares de la fiesta el poderosísimo encanto que ésta tiene en Madrid; así es que allí no se conoce el animado cuadro que se ofrece á *la afición* los domingos por la tarde, mucho antes de empezar la corrida, desde la Puerta del Sol y en todo lo extenso de la calle de Alcalá.

¡Quién le diera á Valencia un solo camino para la plaza, y en él, en lugar de las mezquinas tartanas nuestros vehículos pintarrajeados de color, á que se enganchan á veces hasta media docena de caballejos tan delgados y finos de

miembros como fuertes de voluntad para el tiro, que no parece sino que para salir del paso al trote y de éste al galopar frenético casi sin transición alguna, bástales con la alegría de madroños y cascabeles que suena en los arreos y cosquillea su piel, y les sobra con el incesante chasquido del látigo del mayoral y los cantares de los que van subidos en la imperial del ómnibus, atronándose la calle con todo aquel ensordecedor estruendo de ruedas, gritos y carcajadas, y escandalizándose con el poderoso é irresistible voceo del que va en el estribo, á la trasera, invitando á subir á los transeuntes «¡Eh! ¡á la plaza! ¡á la plaza!» ¡Quién le diera á Valencia la muchedumbre que apresura el paso y se encamina hacia el mismo sitio, un verdadero hormiguero humano. Los carruajes particulares, cuyas barnizadas cajas brillan al sol, pasan más rápidos. El guardia civil, que revuelve su caballo á cada instante para poner orden en el tránsito, se decide por fin á no incomodarse, y ante la inutilidad de sus esfuerzos sonríe y queda inmóvil, y oye sin enojo á los chuscos que al pasar le felicitan por lo bien que imita

y semeja una estatua ecuestre de Napoleón I. Y todo esto forma un clamor inmenso, una animación embriagadora, un movimiento, una confusión de sonidos y de colores que marea y aturde, que produce el vértigo de la diversión en los que van á la fiesta y la tristeza y el mayor aburrimiento de los que se quedan. Estos son en Madrid los preparativos; esta es la ida á la plaza en Madrid, pero no en la ciudad del Turia.

Pero el circo taurino en Valencia, en Sevilla, en toda España ofrece en los momentos de la corrida el mismo espectáculo. No baja la gente al redondel antes de la salida del primer toro, que esta es costumbre y exigencia del público madrileño, no tolerada por la autoridad al de provincias, y en cambio aquella abrumadora cifra de cabida en las localidades se ve lograda. Ocupan los asientos diecisiete mil espectadores. La nota espléndida está sobre toda la muchedumbre, sobre el color granítico del edificio; arriba en las azuladas purezas de la atmósfera y en la viva luz que las abrillanta; se ve un espacio enorme de cielo, y una parte del circo, la par-

te en que el sol da, está como dorada á fuego candente, deslumbradora, ofuscando la vista. Allí se escalona el pueblo en la gradería; allí está la localidad barata, y allí parecen reconcentrados la variedad de colores, la confusión y el ruido en mayor exceso. De allí parten también todas las impaciencias, que silban ó aplauden. Aquello es discordante y brutal. Un foco de blasfemias y de calor en el que la grosería humana se divierte á veces con la ira. Vigorosos bustos de campesinos en mangas de camisa, cabezas cubiertas con sombreros de paja de amplísimas alas. Se ven los brazos muy blancos, como cubiertos no de hilo, sino de nieve; las caras, bajo los sombreros, negras, atezadas, horribles. Luego, en toda la extensión de los tendidos y gradas, parece como que tornasolan en su vaivén inquieto los abanicos de toda aquella gente. Dijérase el batir de alas innumerables de una bandada que va á levantar el vuelo.

En la sombra es mayor la animación y acaso más ruidosa. Hay quien, puesto de pie, grita por el placer de gritar, se ríe sin venir á cuento, ó de repente quédase silencioso é in-

móvil mirando al redondel y la puerta de los toriles obstinadamente, sintiendo temor y deseo del espectáculo antes de que éste se produzca. Algunos, queriendo ver ó ser vistos, pasan por entre barreras mirando á las mujeres. Otros hacen alarde y gala de sentarse en la maroma tirante que limita el tendido. En los asientos de la plaza baja es el ir y venir incesante y loco. No hay como en Madrid vendedores de naranjas, sino de frascos de gaseosa y botellas de manzanilla. Manzanilla de Sanlúcar pregonada en valenciano. «¿Qui vol una altra de mansenille per ahí?» Así suenan las palabras, como yo las escribo; así las pronuncian, aun cuando sea distinta su ortografía. Hay arriba, en palcos y gradas, alguna que otra dama tocada con la airosa mantilla blanca, y su aparición y entrada provoca un tumulto de piropos, también en valenciano. Dijérase que por las rudezas del acento no las halagan sino que las insultan. Y ellas, sonriendo, bajan los ojos de un modo que parece saludo á todos sus admiradores. Hay risas de buenas mozas que se sienten cosquilleadas en las apreturas, risas y gritos de susto. Los ojos

echan fuego de malicia, el vino que empieza á beberse calienta la respiración y enardece las mejillas. La incomodidad del asiento es motivo de broma y sirve para la algazara toda molestia. El pueblo soberano no quiere pensar ni sentir, quiere aturdirse, enronquecer y emborracharse. Y la animación del cuadro resulta de estos propósitos. Lo que allí se celebra es una orgía al sol. Todo grosero instinto se despierta; la inclinación hacia la brutalidad es irresistible. A las mujeres se las desnuda con la mirada, y con la mirada parece como que los hombres se desafían. Aun no empezó la corrida y ya hubo silbas en un tendido, en otro un alboroto de chillidos estridentes y de ultrajes; la proximidad de la plaza á la vía de los trenes del Grao es causa de desagrado, porque el paso de estos últimos lanza sobre todo aquel ruido, dominándolo, el de arrastre de wagoes y el del vapor que se escapa en las válvulas de la locomotora que los lleva. Parece simbólico dentro de lo real. No transcurren cinco minutos sin que el progreso silbe aquella fiesta.

En los tendidos y gradas, de improviso hay un movimiento. Acaba de asomar al palco el presidente. La música la emprende con una serie de desafinaciones hechas al compás de un paso doble. La *música* está en la meseta del toril, donde en primera fila y por derecho propio se sientan los ganaderos. Allí se distingue entre todos á Araco, vestido con su traje corto de rigor, Herana con sombrero de paja, americana de seda color de habana claro y pantalón alto de bragas, luego los demás, cuyos nombres va diciendo la concurrencia, mostrándoselos unos á otros tendiendo el brazo. Hay quien no ha ido jamás á los toros, y se le conoce en que está muy pálido y en que la expresión de todo el rostro parece decir: «¿Pero de veras, de veras van á salir ahí los hombres á exponerse á la bravura de una fiera? ¿Es verdad todo esto? ¿Es en serio?»

Y hecha la señal ábrese la puerta y salen los dos alguaciles. Para recoger la llave, que tira desde su palco el presidente, tienen que sufrir una silba ó un aplauso. Esta vez silbaron porque el objeto cayó á la arena y no en

el sombrero de plumas que tendía el alguacil preparado para recibirlo. Luego volvió grupas al caballo, y caracoleando recorrió el redondel cortando terreno en línea recta á la puerta de picadores. Las cuadrillas se presentaron. En dos filas, yendo al frente los tres espadas, iban avanzando por el redondel, pausadamente, todo aquel brillo y todos aquellos colores, la seda, el raso, el oro y la plata, y á cada movimiento, á cada paso de los toreros, sus adornados trajes heríalos el sol y deslumbraban. Llevaban ceñidos al cuerpo con gracia andaluza los lujosos capotes de paseo y terciados á la izquierda, recogidos en la cadera con la mano y puesto el brazo en jarras. Eran de raso blancos, azules, color de rosa, verde claro, bordados ricamente como mantos de imagen en procesión. Los trajes eran de colores distintos. Hacían efecto vistoso las pantorri-llas ajustadas en la media de seda color de carne. Los machos de las monteras se balanceaban al andar, pendientes á los dos lados. A la derecha, como jefe y como más antiguo, iba el *Ardilla*, al lado opuesto, el segundo, *Pacuelo*, y en medio el más moderno, Luis

Martínez (*don Luis*); seguían los banderilleros por orden de antigüedad de las cuadrillas, concluyendo con los puntilleros y chulos. También hay sus etiquetas en la torería tan rigurosas como las palatinas. Iban, por último los picadores á caballo, destacando en la cabeza sus anchos castoreños, y semejaba la mona la armadura de hierro cubierta por el ante una hinchazón de las piernas de los jinetes, que los clavaba en la silla vaquera, de la que ya no podían bajarse ni moverse sino con pesadez y torpeza. Se recordaba la leyenda del Cid, el cadáver del guerrero dentro de la armadura, atado al caballo, corriendo entre las huestes moras y ganando, después de muerto, la batalla: Detrás de todos, los mozos de plaza, los tiros de mulas para el arrastre de las reses muertas, mulas poderosas, magníficas, llenos los arreos de caireles, resonando las campanillas de los collares. Cuando entraron en la sombra siguió brillando con menor intensidad pero con igual viveza aquella mancha de color que tenía de fondo el amarillear de la arena y como marco y óvalo el rojo oscuro de la barrera, á la que llegaron

en breve sin que cesaran los vítores de la muchedumbre. Una vez en ésta cambiaron los capotes de paseo por los de faena, el raso por la percalina amarilla y roja y quedaron las figuras más airosas quizás pero menos artísticas. Figuras no de gladiadores modernos, no de hombres que van á luchar, sino más bien de bailarines de pandereta. Los picadores, logrando á duras penas sacar al trote los caballos viejos ó enfermos que montaban, fueron á ocupar su puesto á la derecha de la presidencia, á la izquierda del toril.

Iba á empezar la lidia. Luis Martínez, en el estribo, tenía sus miradas obstinadamente fijas en una localidad. Miré en la misma dirección. La marquesa de*** cumplió su palabra hasta el punto de que no había en el palco nadie más que ella, *No lo había llenado de amigos*. Estaba allí sola. También miraba á Luis, pero los dioses perdonen á mi pluma si no es veraz al decir que la expresión del rostro de Consuelo (así se llamaba) era un tanto desdeñosa y altiva al mirar á su nueva con-

quista vistiendo aquellos oropeles de circo tau-rino. Había algo como arrepentimiento de una ligereza, de una obcecación. En cuanto al matador, sin duda que comprendió esto mismo, porque se encogió de hombros, volvió la espalda al palco de la dama y se puso á hablar con uno de sus compañeros. Esto la irritó. ¡No faltaba más! ¡Con aquel traje de lente-juelas!

Pero un toque de clarín acabó con desde-nes y enojos. Era la señal para la salida del toro. Abrióse la puerta del toril y todas las miradas se fijaron en aquel punto por donde había de presentarse la fiera. Estuvo abierta buen espacio, porque el toro, aunque hosti-gado, era tardo y perezoso para salir. Por fin vióse la cabeza, y luego con gran ímpetu apa-reció. Era un animal berrendo en negro, pero dominando la pinta blanca; duro parecía y los picadores sospecharon que sería de recar-gue. Con velocísima carrera recorrió la plaza todo alrededor de la barrera, obligando á los de á pie á saltarla prontamente. Al llegar á donde estaban los picadores quedó inmóvil y como indeciso un punto, luego continuó co-

rriendo, pero esta vez hacia el centro, á los medios. *Se emplazaba.* Una vez allí quedó parado desafiando. Entonces se le pudo ver perfectamente. Era hermoso y arrogante, corpulento, *de libras*, tenía el pelo luciente, espeso, sentado, fino y limpio, las piernas secas y nerviosas, de articulaciones fuertemente pronunciadas y movibles. Pezuña pequeña, corta y redonda y cuernos fuertes también bien colocados y casi negros, muy oscuros. La cola larga, espesa y finísima, los ojos negros y vivos y las orejas vellosas y movibles. Recorría su vista la plaza entera, volviendo la cabeza con inquietud hacia cualquier punto de la barrera donde viese el más ligero movimiento. Seguía fijándose con recelo en los tres jinetes, únicos que estaban en el redondel. El público dió muestras de impaciencia.

—¿Hay miedo?—dijo una voz.

Entonces, bajo la presidencia, saltó á la plaza un lidiador. Indudablemente miedo no había, pero los diestros, como los espectadores, estudiaban las condiciones del *bicho*. Lo difícil es el primer capotazo. ¿Quién era aquel atolondrado ó aquel valiente? Saltó y se diri-

gió también á los medios al encuentro del toro. No era ninguno de los peones. Era él, Luis Martínez. Se necesitaba en efecto que un maestro se encargara de sacar al toro con el capote, porque con los toros que se emplazan toda maestría es poca. Era preciso no enseñarle con salidas falsas y pases de largo y al descubierto, porque podía aprender latin y volverse de sentido. Además en aquel animal, ya lo había visto Martínez, el colocarse en los medios no era señal de cobardía, sino una querencia accidental que tomaba. Viósele llegar y ponerse en suerte frente á la res y preparado con el capote abrir éste á poca distancia. Entonces se oyó el grito torero:

— ¡Je! ¡Sevillano!

La fiera levantó el poderoso testuz y miró al matador, refrenando su ira el asombro de aquel acto.

— ¡Je! ¡Sevillano! — repitió Martínez, y se acercó más.

En aquel momento había una mujer inclinando violentamente su cuerpo fuera del antepecho del palco. La marquesa de***, fija allí su vista, pálida, ansiosa, no respiraba.

El toro en un impetuoso arranque, humillando la cabeza, embistió.

Martínez le dejó acudir sin mover los pies, y cuando estuvo en jurisdicción cargó el torero la suerte, inclinó la capa á la izquierda, hacia donde estaban los picadores, hacia donde quería que fuera el toro, y al dar éste la cabezada el torero alzó mucho los brazos para que la salida fuese larga.

No recogió á la res con los vuelos de la capa para repetir la suerte; logró su intento, que no era otro sino el de que abandonara *los medios* y fuera sin saber cómo donde estaban las picas, los caballos, y donde, conocido ya el toro, ó perdido el temor, se reunían los de á pie preparados á dar sus capotazos.

— ¡Olé por las verónicas dibujadas! — gritó dominando todos los aplausos y con voz estentórea uno de nuestro tendido.

Pero la sucesión de emociones en el público fué desde aquel instante rapidísima. El *Sevillano* acababa sin duda de conocer por instinto que no se le temía, que se trataba de un

duelo á muerte. Enardecido por el mismo des- tronque que hubo de sufrir al dar en vago su embestida, arremeti6 con indescriptible ím- petu contra el mayor bulto que se le ponía delante, con toda la velocidad y pujanza ad- quirida por la mole en la carrera. En vano el picador clavó su puya y quiso detener; era el topetazo como de formidable ariete, la garro- cha se rompió como débil caña y el toro metió la cabeza, humilló, y en su derrote el asta iz- quierda, toda el asta entró en el cuerpo del caballo, levantó á éste con el jinete, túvolos un punto en el aire zarandeando aquel peso en que saciaba su furor, llevándolo así algún trecho como si fuera leve arista, y caballo y picador á la postre, con gran estrépito, vinie- ron al suelo. Cuando se pudo ver al toro esta- ba horrible: ensangrentado todo el testuz, toda *la cara*, y ciego de bravura, iba á revol- verse de nuevo á recoger á sus víctimas de la arena. El picador había caído delante del ca- ballo; no se movía. En la muchedumbre hubo un grito de horror. Instintivamente muchos espectadores cerraron los ojos. ¡Aquel hom- bre, aquel hombre que iba á morir allí!

— ¡Al descubierto! ¡Ha caído al descubierto!—dijeron.

Pero allí estaba el *Ardilla*. Había seguido atento todas las incidencias de la suerte de varas. ¡Oh! ¡Cómo debía latir el corazón de aquel hombre mientras el toro hería, mientras el jinete, agarrándose desesperadamente á las crines de la cabalgadura procuraba inútilmente conservar el equilibrio, y por último al tiempo del horroroso final, del estruendo de la caída. No mediaba entre la fiera y el picador derribado, inmóvil, acaso perdido el conocimiento por la violencia del golpe, no mediaba una distancia de terreno tal que permitiera interponerse, y sin embargo el *Ardilla*, de un salto, se colocó delante de la fiera.

— ¡Je! ¡Je! ¡Sevillano!

No fué ya el torero, sino que apeló á recursos parecidos á los de un ejercicio de doma. Con el capote lo que hizo fué pegarle en el hocico como si se tratara de un perro. *Sevillano* retrocedió para tomar mayor arranque contra el nuevo adversario, y partió. El *Ardilla* iba delante de él con el capote extendido á lo largo, ó sea cogiéndole de una punta, y

el hombre y el animal corrían, corrían alejándose hacia el extremo opuesto. El picador estaba salvado. Al llegar á la barrera el *Ardilla* saltó prestamente. La cornada del toro, rematando en los tableros, hizo saltar astillas de la valla, y sonó en seco como una detonación en toda la plaza.

—Eso es sacar los toros y correrlos por derecho.

— ¡Bravo, *Ardilla*!

— ¡Buen toro! ¡Bien por el maestro!

Y volviéndose muchos espectadores hacia la meseta del toril prorrumpieron en estrepitosos aplausos.

— ¡El ganadero! ¡El ganadero!

Araco se incorporó en su asiento radiante de orgullo y contestó á la ovación con un saludo. Sus compañeros se levantaban también, se agrupaban, rodeándole para estrechar su mano.

Entretanto los mozos de plaza, los *monos sabios*, habían acudido á prestar auxilio á donde jinete y caballo continuaban inmóviles los dos después de la caída, y cogiéndole por los brazos levantaron al primero. Aquel picador era

Agujas, nuestro conocido. Le miraban desde el tendido más próximo, y dos ó tres banderilleros que pasaron corriendo le preguntaron:

—¿Tienes algo?

Agujas, ya de pie, se pasó la mano por la frente, pidió su castoreño, que rodara por el suelo á corta distancia, movió los brazos y echó á andar para convencerse de que jugaban bien todas las articulaciones, hecho lo cual encogióse de hombros; luego miró con aire de cómica compasión los dos pedazos de la garrocha, y dirigiéndose pausadamente á la barrera contestó:

—La vara es lo único que se me rompe á mí. ¡Vaya un torito! ¡Parece una *desalación!*

Y esperó junto al estribo á que levantaran su caballo para volver á montar, gritando á los mozos de plaza:

—Al avío, hijos, y prontito. Ya véis que tengo que irme á otra parte.

Y señalando al sitio en que estaba la res,

—Miá tú, anda, anda, que me está esperando aquel caballero.

Por el callejón de la barrera le trajeron una pica nueva.

—Trai pa acá, *chiquet*, y otra vez no ven-
gas tan de prisa, no sea que te disloques un to-
billo.

La escena que sobrevino fué repugnante. Quisieron levantar al caballo herido. Uno de los mozos, sacándole las riendas del cuello, tiraba de ellas con toda su fuerza. Otros dos, armados con recias varas de fresno, hicieron de verdugos, y lo hicieron á conciencia, descargando á la grupa una tremenda lluvia de palos. Parecía que gozaban en aquel trance. Hasta llegaron á reirse porque tomaron con mucho acierto la vez y el turno para los golpes. El animal hacía esfuerzos penosísimos, no para obedecer, sino para librarse de aquel martirio, pero no podía. La cornada era espantosa. El asta del toro abrió en la piel ancha brecha, hizo tal destrozo y tan profundo, que por la herida salían, con la sangre á borbotones, los intestinos, todo el mondongo de blanda hinchazón, reluciente y jugoso. Debía sufrir horriblemente. Coceaba al sentir la paliza cada vez más nutrida é implacable.

—Veréis, veréis cuando se levante qué gua-
po va con ese colgajo—dijo un español desde

su asiento de contrabarrera—lleva las alforjas para el viaje.

Y como nadie contestó, tomó el partido de reirse y de celebrar él mismo su ocurrencia.

¡Oh! ¡España, patria de la hidalguía y de la gracia!

Porque los que guardaron silencio se me olvidaba advertir que fué porque no se les vino á las mientes otro chiste que pudiera competir con aquel en oportunidad y buen calibre de brutalidad maciza.

El *penco*, el *rocinante*, la *aleluya*, el *arenque* y otros apelativos usados con gran éxito por los revisteros de buen humor, había conseguido levantarse haciendo esfuerzos desesperados. Pero al lograrlo, el *colgajo* se desprendió mucho más, y á los dos pasos que dió iba pisándose con las patas traseras. Iba pisándose y seguían lloviendo los palos en la grupa, seguía el otro mozo tirando de las riendas con fuerza, porque el animal sacudía el cuello, se resistía á andar.

—Quítale eso que le estorba—gritaron los espectadores.

Agujas replicó:

— Ahora se le caerá.

Se acercó al caballo y lo montó, metiendo las espuelas en los hijares. Tenía razón. El pobre animal salió al trote largo, y las tripas cayeron con esto á los pocos pasos sobre la arena del circo. Los mozos las recogieron en una esportilla.

Yo me volví al oír á don Miguel que decía:

— Luis ha hecho mal.

— ¿En qué?

— No le tocaba hacer ese lance de capa, esa verónica. El toro este es del *Ardilla*. Hay que tener eso muy en cuenta.

En cuanto al padre del torero escuchaba en silencio. El pobre viejo estaba mirando al redondel sin pestañear. Le temblaban mucho las manos.

No se habló más, porque *Sevillano* entraba de nuevo á tomar otra vara. Pero esta vez la suerte fué más lucida, porque el toro estaba parado y por tanto más codicioso de coger. El picador salió á buscarle á su frente para consentirlo, y cuando humilló la res para el derrote, retiró el caballo un paso atrás, al par que hirió al animal con la puya, logrando por este

medio que *Sevillano* saliera de la suerte destroncado, porque destronque sufrió al dar en vago la cabezada, encontrándose el bulto más lejos de lo que creía, caballo y picador salvaronse de este modo, y quedó el toro castigado muy delantero. *Pacuelo* estuvo esta vez al quite, con otra larga no menos magistral que la del *Ardilla*, pero menos necesaria. *Agujas* púsole después otro puyazo. Se vengó de la caída. Fué la vara de la tarde. Más de medio minuto estuvieron el toro queriendo *besar* las cinchas del caballo y la garrocha deteniéndole con poderosísima resistencia al empuje, clavada en el morrillo; llegó á doblarse formando un arco, pero no se rompió.

—¡Bien por las varas de castigo!—comentó el aficionado don Miguel Gómez—eso se hace porque se puede!

Sin duda no podía otro picador que quiso imitarle. Ello es que *Sevillano* volvió á voltear caballo y jinete, cayendo este último con tan mala fortuna, que cuando fueron á levantarle trató de andar y no pudo. Hábiale alcanzado un derrote.

—¿Que ha sido?

Y un banderillero que pasaba por el callejón satisfizo á los curiosos.

—Un puntazo en el empeine. Va á la enfermería.

Y en efecto, el infeliz varilarguero, recogido por los mozos de plaza, echábales los brazos al cuello, y éstos hicieron con las manos lo que los niños llaman la *sillita de la reina*. Así se lo llevaron, é iba el herido mirando á los de la contrabarrera, que se incorporaban para verle pasar. Mirándolos con una expresión de dolor y de ira difícil de describir. Le habían llamado *tumbón y cobarde* y había hecho aquello para demostrar que no lo era; había hecho lo que no podía, y ellos tenían la culpa.

—¡Bah! Es leve. No será nada—decían volviendo á sentarse—un puntazo.

En aquel momento se dió la señal para banderillas.

¡Ah! ¡Aquel toro, aquel toro tan bravo, tan noble! Era preciso sacar del espectáculo todo el partido posible y aprovechar la ocasión,

puesto que se presentaba. El público en masa pidió lo que era su deseo.

—¡ Los matadores! ¡ Que pareen los matadores!

Y no hubo más remedio. Cogieron los paños el *Ardilla*, *Pacuelo* y Luis Martínez (1).

El toro estaba otra vez en su querencia en medio de la plaza; el sol heríale el morrillo ensangrentado, que relucía asqueroso. Todo el testuz lo tenía también manchado de polvo y sangre. El asta con que hería, el *cuerno maestro*, rojizo.

El *Ardilla* comprendió que se trataba de una competencia exigida por los aficionados. Se adelantó solo, colocándose con los rehiletes frente á la res, completamente en su rectitud, quedó inmóvil, unidos los pies talón con talón. Luego levantó los brazos, púsose de puntillas para alegrar al bicho.

(1) Para los fines de la novela, como obra literaria, he tenido que incurrir en algunas inexactitudes en la reseña de la lidia, y es una de ellas la de *parear* al primer toro los matadores; el lector inteligente en tauromaquia queda pues advertido de que yo lo soy también, pero ante todo atiendo á no hacer tan pesada la novela como lo es una corrida de toros, descrita como sería de su gusto.—*N. del A.*

—¡Toro! ¡Eh! ¡*Sevillano!*

El toro partió; el diestro, sin mover los pies, inclinó brazos y cuerpo á un lado, marcando allí á la res el sitio del bulto, y cuando humilló el animal, el torero, que no había hecho más que recobrar su primitiva y derecha postura, clavó los palos, libre del hachazo. *Sevillano*, al sentir el castigo, coceó, moviendo furioso la cabeza, y salió saltando más que corriendo para desprenderse de aquel punzante adorno. Las banderillas quedaron clavadas unidas en lo alto del morrillo, ni muy cerca de la cabeza ni más atrás de la cruz. El *Ardilla* fué aplaudido con entusiasmo.

—¡Olé! ¡Viva la gracia y los buenos quiebros!

Tocábale el turno á *Pacuelo*. *Pacuelo*, que se había mordido los labios al ver la magistral manera que tuvo el *Ardilla* de poner sus palos. Al salir de la suerte *Sevillano*, en sus saltos y cabriolas, no se detuvo hasta llegar cerca de las tablas, quedando algo terciado con ellas. Entonces *Pacuelo* fuése á él, se colocó frente á la fiera, llamóla, y arrancando pronto, formando muy poco círculo, al llegar á la

cabeza clavó los palos y siguió su camino sesgando. Las palmas se repitieron más nutridas. *Pacuelo* sonrió.

¿Qué iba á hacer Luis Martínez después de estas dos suertes? Viósele situarse á buena distancia de *Sevillano*, y cuando la res, más enardecida que nunca le miró, llamóla para que partiese. Entonces la esperó inmóvil. Hubo espectador que, al ver que no indicaba al toro con el cuerpo salida alguna, cerró los ojos creyendo inminente la cogida cuando humilló el animal. El encuentro era inevitable.

—¿Pero está loco ese...

Y D. Miguel no pudo acabar su frase, porque fué rápido y seguro el movimiento; fué matemáticamente calculado; Luis Martínez se salió del embroque por medio de un compás quebrado hacia atrás, con inclinación á un lado, dando un paso á la izquierda, moviéndose muy poco y volviendo á quedar en su mismo sitio, risueño viendo marchar al toro con las banderillas clavadas enhiestas; un par de castigo y de un efecto sorprendente.

—¡Calle! Eso es nuevo—dijo un espectador detrás de nosotros.

—No, señor. Lo que es eso es lo más difícil y que se ve muy poquitas veces. Son banderillas *de pecho*, ¿entiende usted? á *topa-carnero*. Y sepa usted que desde Montes acá esta es la primera vez que se ha visto hacer con tanta guapeza.

Sin duda que todos los inteligentes pensaron lo mismo: el frenesí rayó esta vez en lo indescriptible; á la plaza fueron sombreros y cigarros; los aplausos y bravos no cesaban.

—¡Ole los toreros de raza!

El viejo toscano, sentado junto á mí, muy pálido por la emoción sufrida, me daba palmadas en el muslo y se reía como un chiquillo.

—¡Je! ¡je! ¡je! ¡Mire usted que decir que mi hijo es de raza de toreros! En mi vida me lo hubiera figurado. Créame usted, en Italia no hay toros, y no ha habido un torero en toda nuestra familia, hasta ahora que han salido dos.

La marquesa de***, apoyada en el antepecho del palco, seguía con los gemelos los pasos de Luis, que iba correspondiendo con saludos á la ovación y devolviendo los sombre-

ros que habían caído al redondel, tirándolos al tendido haciéndoles describir una parábola en el aire.

El *Ardilla* y *Pacuelo* se dijeron algo en el estribo.

El primero estaba ya delante de la presidencia, muleta y estoque en mano. Habían tocado á matar. Se quitó la montera, y con ella en la diestra extendió el brazo, irguió la cabeza. En aquel sitio de la plaza hubo un gran silencio para oír el brindis del matador.

—Por la presiencia, por las mujere bonitas, por los forasteros y por la gente de rumbo, y por supuesto por Valensia.

—*Por supuesto* —dijo uno— ha brindado por supuesto.

—Habrás entendió mal; será por el presupuesto.

—¿Por cuál?

—Por el de los gastos de la feria. El presupuesto municipal. Mira que tienen suerte los concejales.

El *Ardilla* se dirigió al encuentro de la res, á la que estaban ya los *chicos* capeando. Mostrábase *Sevillano*, á causa sin duda del mucho castigo, algo receloso y descompuesto, aculándose á las tablas, *tapándose*, y como era noble y boyante se ceñía más y conservaba piernas. Era preciso que el *Ardilla* le compusiera la cabeza, le hiciera humillar y tomar bien el engaño y *le quebrara las patas*. Cuando llegó al terreno del toro, cogiendo la muleta con la mano izquierda y colocado frente á frente de la cuna, tendió el trapo, el toro embistió, y la muleta extendida en el aire formó como un abanico. Era el *pase natural*, al que siguieron otros por bajo y en redondo. El toro vino después hacia el torero, que no estaba de frente, sino perfilado, se le echó encima, pero entonces el *Ardilla*, adelantando hacia el terreno de fuera el brazo de la muleta, quedó sin mover los pies y le dió salida con el engaño á su derecha, empapándolo bien y de modo que el hachazo lo dió *Sevillano* fuera ya del centro de la suerte. En realidad aquel *pase de pecho* era obligado.

Quedaron el hombre y la fiera frente á fren-

te, inmóviles los dos. El matador lió y colocó el estoque alto preparándose porque sabía que el toro conservaba pies, para que no le die-
ra de nuevo *una colada*, retrocedió en esta postura dos pasos como tomando carrera; consiguió con esto alargar la distancia más disimuladamente, y arrancó de pronto sobre la res, haciendo en la cabeza *un cuarteo* al mismo tiempo que clavó la espada, y saliendo de la suerte se volvió para mirar el resultado. Una media estocada en la cruz, magnífica. El toro estaba muerto. Lanzó un mugido de dolor, dió algunos pasos vacilante, y doblando lentamente las manos se echó.

¡Ah! el maestro. El maestro. Había que desengañarse. El *Ardilla* al terminar su faena el puntillero, no pudo permanecer imperturbable y sereno; la emoción de envanecimiento ante los aplausos conociásele en el semblante. Se ahogaba.

¡Que vinieran otros á matar toros de aquella manera! ¡So tíos lilas!

La corrida continuó fecunda en incidentes de todo género. Los toros de Araco resultaron voluntarios, muy nobles, y se presentaron metiendo mucha guerra con los de á caballo y desafiando á los de á pie. Hubo uno de tanto poder en su acometida, que en la primera vara al callejón de la barrera lanzó jaco y jinete de un solo golpe. Este picador también se retiró con fortísimas contusiones.

La marquesa de*** permaneció en su palco hasta el término del espectáculo, por la sencillísima razón de que siendo Martínez el tercer espada, tocábale por turno riguroso matar los toros tercero y último ó sexto.

Había dicho la vispera, había dicho reclinándose con toda su indolencia valenciana en los cojines de raso de la victoria, que no era aficionada á los toros, y demostró prácticamente que la afición es cosa fácil de adquirir, porque á buen seguro que entre todos los espectadores, entre los diecisiete mil reunidos aquella tarde, ninguno pudo competir en seguir con interés cada vez más creciente las peripecias de la lidia, con nuestra heroína, con la presidenta de la Asociación de señoras

que tenía un pabellón para rifas de objetos en la feria.

No daba Luis Martínez paso en el redondel, no hacía un recorte, no salvaba la vida á un picador ó á un banderillero sin que los ojos de la dama fueran testigos del acto de destreza, de abnegación ó de heroísmo. ¡Oh! no. Ya no le parecía una figura de saltimbanco con su traje de lentejuelas. Ya no le miraba con aquel desprecio que motivó los enojos del amante. Ahora Luis Martínez creciendo ante la consideración de la mujer enamorada, alcanzó proporciones de valer extraordinarias. Era el torero, el matador de toros, digno descendiente de aquellos caballeros españoles que sostenían, mandoble en mano, con las bestias del Jarama el terrible *empeño de á pie*. Y no solo Martínez, por más que se llevara la preeminencia, no solo él, sino el *Ardilla*, *Pacuelo*, y tras éstos todos, banderilleros y picadores, le parecieron nobilísimos paladines.

La fiesta nacional renovó para nuestra aristocrática dama las imaginaciones que impresionaran su ánimo al leer en páginas de romanceros castellanos la descripción de altas

empresas en galantes torneos; desde allí, desde la elevación de su palco, no se veía lo asqueroso de la sangre tan de cerca; lo que ella vió en cambio en el redondel no fueron los modernos gladiadores sudando en la brega y cayendo con gracia ó sin ella ante el empuje y la arremetida de los toros. No fué una fiesta de circo romano, aplaudida por matronas que iban al salir de la gradería á ofrecerse á los gladiadores en el prostíbulo, celebrada por patricios y plebe, envilecidos también, viciados contra natura; fué un hermosísimo espectáculo en que hasta los esplendores del sol tomaban parte; una lucha del valor y la destreza con la bravura ciega y la pujanza de los animales; un continuado estruendo de aplausos, un regocijo inmenso que estaba en los semblantes, que tenía gritos de placer en las gargantas, un encanto para la vista en la riqueza de las chaquetillas llevadas gallardamente, por los heroes mantenedores del palenque. ¡Cómo había podido compararlas con los oropeles que visten los míseros artistas de los circos ecuestres? Aquella vestimenta airo-sa era, debió haber sido en alguna época traje

nacional, más propio de ser copiado en lienzos, más bello, más artísticamente bello que el ridículo levitín moderno, ridículo en fuerza de extremar su severidad. Diéronle ganas al acordarse del sombrero de copa alta de llamarlo *chistera* y *futraque* al frac y *gomosos* á los elegantes. ¡Viva España!

Anocheía cuando el padre de Luis, D. Miguel Gómez y yo salíamos de la plaza.

Martini el toscano iba muy contento, loco de alegría.

— ¡Oh, mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Mi Luis! ¡Qué guapo y qué valiente!

Tomamos una tartana para llegar con más rapidez á la fonda. Pero el tartanero no pudo ó no quiso conseguir que el caballo partiera al trote.

— Arrea, hombre, arrea ese penco — le gritó D. Miguel.

Entonces, tirando de las riendas y parando nos dijo:

— Bájense ustedes si tienen mucha prisa, porque lo que es yo no hago correr á *Madri-leño*, que está muy cansado y por hoy no puede más. Hemos hecho cuatro viajes al Grao,

y algunas carreras por las calles; es muy viejo, señores, es muy viejo.

—Véndelo para los toros—añadió el aficionado.

—Bájense ustedes—hubo de repetir el conductor con una entonación que intimidaba.

VI

Pues bien, sí. Lo era. Vida de gladiadores modernos, vida muy triste, casi desesperada. Para convencerse de ello bastaba recorrer en la fonda las habitaciones que ocupaban los toreros y comprobar las diferencias notables que en los cuadros antes descritos había introducido ahora la corrida. Todas aquellas figuras tan airosas y sueltas en el redondel, entraron á su regreso rendidas de cansancio, jadeantes del mucho correr y saltar, y bajo los lujos del traje no había sino cuerpos sudando; en los ojos, en todas las facciones, la expresión embrutecida que da este mismo cansancio físico, persistiendo como recuerdo y hasta como visión en la retina, y como resonancias en el oído los amenazadores mugidos, las espantables arremetidas y el poderoso testuz de las reses bravas.

El desnudarse las galas, que ya no lo eran, ajadas, sucias de polvo y sangre, fué distinta y opuesta escena á la que tuvo lugar con las alegrías de vestirlas. Cuando Martínez se quitó la chaquetilla y el chaleco hubo de necesitar ayuda, porque no tenía soltura en el movimiento.

—A ver, que traigan árnica.

—¿Pues qué te sucede?

—Nada, no es nada. El tercer toro. Ya veréis.

Y al despojarse de la camisa empapada en sudor, nos mostró su brazo derecho, en el que no había músculo ni sitio en la carne que no estuviese amoratado, cubierto de cardenales y rozaduras, hinchado por la contusión.

—Pero ¿cómo ha sido eso?—preguntó Herana.

—¡Ah! ¿En la meseta del toril no se han enterado? Es que ustedes los señores ganaderos no miran nunca lo que hace el diestro, lo que al matador le ocurre; todo el interés y toda la atención es para el toro. Pues esto ha sido, siendo. De pitón á pitón tenía el animal un metro de distancia. Era cornalón que no

había más que pedir, y yo desafío á todos los matadores habidos y por haber.....

—Pues tú lo has pasado de muleta muy en corto.

—Pues á eso los desafío, á pasar un toro así de la misma manera. Y gracias que no ha sido más. Me arreaba un palo cada vez que metía el brazo. Así me lo ha puesto. Esto es una verdadera paliza.

Hablaba con irritación creciente.

—¿Podrás torear mañana?

—¿Qué remedio tiene? Ya sé yo de quien con mucho menos que esto se negaría á coger el capote, y con la mano izquierda firmaría el recibo importe de las cuatro corridas. Y los demás compañeros que reventaran.

Y como tuviera que desahogar su ira,

—Pero, maldita sea tu alma—dijo á Joselillo—¿qué haces ahí embobado mirándome? ¿No te he dicho que me traigas el árnica?

—Aquí está—contestó el criado temblando.

—Déjala ahí y saca una venda larga. ¡Al vapor!

En aquel instante entró el médico de la empresa.

—¡Eh! doctor, á mí no me hace usted falta. Ya me estoy curando.

—He venido para ver á Juanín.

—¡Ah! el picador. Es verdad. Ese está peor que yo.

—¡Bah! No es mucho, un puntazo, pero en mal sitio. Tiene que estar boca arriba hasta que se cure. Es postura incómoda.

—Ahora le veré. ¿Tiene fiebre?

—Una poca, como es natural. ¿Y eso?—añadió acercándose para mirar el contuso brazo.

—Ya ve usted. Que estoy manco.

El médico de la empresa se echó á reir.

—¡Manco! ¡manco!—y tocaba todas las hinchazones.—¡Qué disparate! Esto no necesita más que lo que usted está haciendo: bañarlo bien en árnica, árnica pura por supuesto.

Se le conocía que disimulaba una gran ansiedad, una inquietud. Por fin hizo la pregunta.

—Torea usted mañana, ¿no es verdad?

—¡Psh!

Creció la alarma.

—Por mí, yo creo, se me figura...

—¿El qué?

—Que puede usted hacerlo perfectamente. Lo diré así á los empresarios, ¿no le parece á usted?

—Lo que á mí me parece es que, como yo no le he llamado á usted, no tiene para qué dar mi alta ó mi baja. Toreo, sí señor, toreo aunque no pueda.

El doctor hizo un saludo.

—Vaya usted con Dios—exclamó el espada acabando de colocar el vendaje.

Don Miguel Gómez estaba ya sentado ante un velador de mármol, pluma en mano esperando el dictado de Martínez.

—Vamos á ver esos telegramas—dijo el aficionado.

—Estoy por poner que el tercero era un buey.

—Pero hombre, si no lo era—objetó el ganadero.

—Pues por eso no lo pongo.

Y reflexionando dictó:

—El primero á mi mujer. Escribe.

—Escribo, á pesar de eso del brazo pondré...

—«Sin novedad. Toros Araco superiores. Yo, bien.—*Luis.*»

Y tras este siguieron otros partes á empresarios y ganaderos, á sus amigos íntimos, á unas cincuenta ó sesenta personas á quienes interesaba saber estas cosas por telégrafo.

Cuando estaban en esta faena se presentó el puntillero, ya vestido de paisano.

—¿Me hace usted el obsequio de un papel de esos, D. Miguel?

—Toma, hombre. Pero si quieres que yo lo escriba...

—No, señor, muchas gracias. Ya sé yo que para el telergafo lo mismo da. Pero me gusta que vaya de mi letra.

Cogió la pluma, se sentó en el borde de la silla, y haciendo unas letras envidiables por su gordura y dignas de compasión por lo deformes, he aquí cómo resultó su telegrama:

«a Pepa Garsia. Tabernillas 2.

»Sin nobedaz. Vesos á los niños. Bamos á comer.

»*El Aseao.*»

Era su mote.

Entretanto que esto sucedía en el cuarto del tercer espada, en el de picadores, sentados éstos en el borde de las camas, ponían gran priesa á desnudarse. No había en aquella espaciosa habitación más luz que la de una bujía, que por ser única no daba abasto á dominarlo todo, sin que nadie pensara en quejarse de esta escasez que de común acuerdo eligieron; se desnudaban en silencio, casi á tientas buscaban su ropa de paisano, y de vez en cuando, contraídas las facciones al escuchar un quejido, volvían la cabeza hacia el sitio donde sobre una de las estrechas camas de la fonda, estaba Juanín, el herido de la tarde. Veíanse al pie del lecho, rasgados para quitárselos molestándole lo menos posible, la camisa y los calzoncillos del picador, malamente recogidos, manchados de sangre.

Los regocijos y alegrías no eran con esto sino tristezas y pesadumbres, y el dormitorio con lo solitario y pobre de su alumbrado, la alineada blancura de los lechos, las quejas de Juanín, el mutismo de los varilargueros y las sombras de los rincones, más que de fonda sala de hospital era lo que parecía.

Agujas hubo de impacientarse con los lamentos.

—¿Qué te pasa, hombre, qué te pasa? ¿Te duele mucho?

Juanín no contestó, pero al cabo de un rato volvió á quejarse.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

—¡Y dale!

—Déjale, hombre—observó otro de los picadores—si es que ha perdido el conocimiento.

Como para probar lo cierto de esta observación, dijo el herido:

—Juan, Mariquita, que si voy allá *sus* pego.

—Anda, anda; ara se defigura que está en su casa riñendo á los chiquitines. Miá que tié *grasia*.

—¿El qué?

—Lo de la fiebre.

Volvió á delirar Juanín:

—No, cobarde no, *desgrasiao*; ¡eso!

Y lo repitió con la entonación de un profundo convencimiento:

—¡*Desgrasiao*! Yo soy de los toros.

—¡*Pobresillo*!—exclamó *Agujas*—y el caso es que tié razón.

—¡Mala suerte!—añadió *Paleta*.

—Mira á ver cómo tié la hería.

—No matrevo. Ha dicho er médico que no se le toque.

Y ya vestidos, aquellos hombres salieron todos de puntillas.

Agujas se dirigió al cuarto de Martínez.

—¡Olé!—exclamó éste al verle, recobrando de improviso su buen humor—á tí no te duele nada, ¿no es eso?

—Sí, señor, me duele el estómago de puro apetito.

—Vamos á comer, muchacho, ahora mismo. ¿Están todos listos?

—Todos.

—Pues al comedor, escalera abajo.

—Yo estoy por rodarlas para ir más deprisa.

El comedor de la fonda, situado en la planta baja, es de buenas dimensiones, alto de techo y profusamente iluminado á aquella hora, recreábase la vista con la blancura de los manteles, los reflejos del cristal de las copas

el vino en vaso grande y el agua en la copa del vino. De los entreplatos, el salchichón se llevó la palma. Hacían un efecto prodigioso sobre el mantel tantas morenas y musculosas manos, y heridos por la luz tantos rostros atezados. Pasábanse finezas cogiendo una aceituna con los dedos, y bien cogida, seguros de que no se escurriría, clavaban en ella el tenedor, hecho lo cual triunfalmente la ofrecían á los amigos de su mayor consideración y aprecio. Uno superó á todos en inventiva, mandando tres melocotones y echándolos en una copa en remojo de vino, y como al caer los pedazos de fruta el nivel del liquido fuese naturalmente subiendo y amenazara verterse en el mantel, discurrió nuestro hombre remediar y prevenir el daño bebiéndose de un sorbo la cantidad conveniente.

—Luego á los postres nos comeremos esto, y veréis, bien empapadillo, qué bueno está.

Todos asintieron á la oferta.

Y cada vez que hacían una de estas barrabasadas miraban de reojo á los matadores y con gran recelo á Martínez, especialmente á Martínez, que comía con pulcritud observan-

do las reglas de urbanidad y hasta siguiendo las costumbres yankées impuestas por la moda más reciente en punto á usanzas de la mesa. Destacaba entre todas su cabeza varonil, de rostro pálido y fino, y en ella la expresión seria y grave, asemejándole en el cuadro, en el conjunto, á un pensador asistiendo á un banquete de atletas. No tenía prisa. Había tiempo. El té en casa de la marquesa era á las doce. Á las doce la cita. A media noche la posesión y el goce que pudiera proporcionarle aquella aventura.

Porque Luis Martínez, como buen mozo, en estas cosas del amor y del sensualismo, era optimista. Tenía suficiente talento para ocultar, para disimular el optimismo y no hablar de su buena fortuna, conociendo que pudiera perjudicarle sacar de ello envanecimiento. Pero las mujeres tenían la culpa en definitiva. Aquella, la marquesa de***, sería como todas, de fijo. Haría lo que hicieron una actriz, una primera actriz bellísima, que puso toda la morbidez blanca de sus formas desnuda ante los ojos del torero, destrenzándose la hermosa mata de pelo rubio, muy rubio,

que cayó sobre sus hombros como suntuoso manto dorado, una actriz española y no de un teatro de mala muerte, sino de coliseo de primer orden y lo que hizo aquella otra trágica extranjera, que agradeció más el beso del matador (*tueur des taureaux*) mucho más que el regalo, una sortija con cerco de brillantes rodeando una perla, cuyo coste era de tres mil pesetas, y por último, lo que aquella aventurera rusa que estuvo en Madrid una temporada, y de regreso á su país le remitió en una carta su retrato con esta dedicatoria:

«A M. Luis, l'homme le plus beau du monde. Toujours s'en souvient.—*Ivanowska.*»

A él le importaba muy poco analizar detenidamente la intensidad y base de estos afectos. Le importaba llegar al término pronto, y una vez conseguido desbarataba aquellos lazos por una ruptura violenta, como Don Juan, no como el Don Juan de Byron, sino como el de Zorrilla. No las tenía por enamoradas, y tratábalas como á caprichosas. Y una que se atrevió á detenerle, que le asió con fuerza al borde del lecho cuando él saltaba con todos los apresuramientos del hastío, una

que le dijo: «Quédate, quédate ó vuelve, porque te amo», cruelmente desprendiéndose de la postrer caricia, «No mientas»—la dijo.—«No miento, Luis, no miento». «Pues bien, yo sí, déjame. Yo he mentado.» ¡Qué hombre!

En realidad, más parecía meterse en aquellos empeños galantes por necesidad orgánica que por inclinación ó vicio mujeriego. El tenía sentimientos y amor. María era la dueña y señora de todo esto; María, su mujer. Lo demás podía considerarse como imperios y mandatos de su naturaleza robusta, de sus potencialidades de varón prodigiosamente dotado. Buscaba, tomaba y dejaba carne de hembra para cumplir con ella los fines del desahogo sensacional. Y algo de su naturaleza un tanto artística resistíase al contrato de venta y compra, al alquiler de los cuerpos. Era preferible conquistarlos entre los que existen fuera del mercado de la prostitución sometida al Gobierno civil.

La marquesa de***. ¡Bah! A las doce, y media noche, que fueran á preguntarle á Luis Martínez, que ya podría dar informes acerca

de cómo son las formas de una presidenta de la Asociación de señoras.

Habíanse comido los postres, y algunos de la cuadrilla preferían ir á tomar café fuera de la fonda. Miraban intranquilamente á los dos espadas, pero ni *Pacuelo* ni Luis Martínez pensaban en levantarse. Entonces, con arreglo á las costumbres de la torería, de vez en cuando un banderillero ó un picador, incorporándose en la silla, se atrevía á pedir licencia para retirarse.

—¿Da usted su permiso, mataor?

—Anda con Dios. Divertirse.

—¿Qué hacemos esta noche?—preguntó D. Miguel Gómez.

—Eso es, plan, dános el plan—insistió Herana.

—Lo que queráis, hasta las doce—contestó Luis.—Mi padre, según veo, se está durmiendo, efecto del vinillo y de la edad. Quedamos útiles nosotros.

—Oye, ¿y por qué hasta las doce?—interrogó nuevamente el ganadero.

—Porque á esa hora tengo que ir á otro asunto.

—¿A dónde?

—A contar los frailes.

—Eso es, los *frailes* son unos pliegues que se hacen las mujeres en los vestidos cuando se recogen las faldas.

—Entonces desde ahora te abandonamos.

Luis no insistió, porque en realidad prefería estar solo.

La marquesa de*** estaba sola en un gabinete tapizado de tela de raso color de fuego rameada de oro. Un gabinete algo llamativo y chillón de aspecto que era lo más á propósito como fondo en que se destacasen bien las negruras de sus cabellos y de sus ojos y la palidez de sus mejillas. Tendíase en una butaca con la indolencia que ya sabemos de todas sus posturas. Sobre un velador japonés de laca estaba el servicio del té.

Al ver al torero se incorporó bruscamente.

—¡Dios mío! ¡Qué susto!

—Susto. No me esperaba usted.

—Sí, sí. Pero, de veras, me estaba durmiendo.

Martínez la miró socarronamente, y luego dijo con todo descaro:

—No lo creo.

Le contestó, sin ofenderse, con una carcajada, que fué la confesión más terminante de su mentira.

Luis cogió una silla y la colocó junto á la butaca.

—Iba á decirle á usted que se sentara.

—Ya ve usted que lo habia adivinado. Ahora hablemos.

Consuelo, jugando con el abanico, levantó los párpados y le miró con malicia.

—¿De qué?—dijo.

—De nosotros. Usted de mí y yo de usted. Cinco minutos bastan para esta conversación.

—Es muy poco.

—Pondremos seis. No concedo más.

—Pero ¿qué es esto?—increpó la dama asombrada—dicen por ahí que es usted hombre muy cortés.

—¿Lo dicen? Yo no lo sabía.

—Y añaden que tiene usted talento.

—¿De veras?

—Sí.

—Pues no me descubra usted, porque mi talento está aquí de incógnito esta noche, lo mismo que mi cortesía.

—¿Cómo?

—Porque he preferido venir loco.

—¿Por galantería?

—Por amor.

Y al decirlo extendió el brazo, apoyó la mano en el traje sobre el muslo de la mujer reclinada.

Consuelo se levantó, se irguió bruscamente.

—¡Señor Martínez! ¡Caballero!

Estuvo muy bien imitado el grito de la dignidad herida.

El matador se puso en pie.

—Marquesa, ¿quiere usted servirme una taza de té?—y se inclinó imperturbable ante la irritación de la dama—una taza de té; no olvide usted que soy su convidado.

—¿Cómo la pide usted? ¿Por amistad?

—No por cierto; de limosna, porque así podré tener un pretexto para ponerme de rodillas.

Y haciéndolo, arrodillándose ante la hermosa,

— ¡Una taza de té por el amor de Dios!

E imitó tan á maravilla el tono plañidero de los mendigos, que disipó el enojo de la presidenta.

— ¡Loco!—exclamó sonriéndole—levántese usted. Si alguien viniera...

Se dirigió hacia el velador irguiendo el busto con su encantadora actitud de niña.

Quedó muy sorprendida al volverse, viendo que Luis se habia levantado para cerrar la puerta.

—¿Qué hace usted?

—Soy prevenido y aprovecho las advertencias. Así no vendrá nadie, y si viniese no entrará.

Entonces no sabemos lo que debió suceder en el espíritu ó acaso únicamente en los nervios de la dama. Ello es que un momento quedó indecisa y como luchando entre repetir su enojo ó resignarse con aquellos atrevimientos. Por fin se encogió de hombros y ofreciendo la taza en que humeaba la aromática infusión.

—El té—dijo—ya tiene azúcar.

Martínez creyó que vencía. Acercó más la

silla con una sola mano, manteniendo en la otra la taza en equilibrio.

—Hablemos de la corrida. Quiero contarle á usted mis impresiones.

—De la corrida, ¿para qué?

—He sufrido y he gozado mucho. Quiero saber...

—¿Saber?

—Sí; qué sienten ustedes allá abajo en el redondel, delante de la fiera. Debe ser una hermosa emoción.

—Hasta acostumbrarse.

—¡Oh! no lo creo. Acostumbrarse al peligro, á exponer la vida, ¿cómo es posible?

—No lo sé; yo tampoco me lo figuraba al principio.

Ella le miró con gran intensidad, fijamente.

—Tiene usted mucho valor.

—No. Práctica. Este año llevo despachados ciento sesenta y dos toros.

Quedó asombrada de la cifra.

—¡Ciento sesenta y dos! — comentó — es mucho.

—Y los que quedan—añadía Luis Martí-

nez olvidándose ya del amor y de la aventura, sacrificándolo en aras de sus envanecimientos propios de la vocación.

Pero de repente lanzó un grito, un grito de dolor que no pudo contener.

La marquesa, como dominada por aquellas voluntades de seducción que Luis desde el comienzo de la entrevista había desarrollado, sintió irresistible la tentación de la caricia, y acababa de poner su mano en el brazo del espada, oprimiéndolo sin notar al tacto el vendaje.

Ante la queja se asustó.

—¿Qué? ¿Qué es ello?

—Nada, no es nada. Contusiones.

—Heridas tal vez.

—Contusiones nada más.

Se impresionó de una manera extraña.

—Me engaña usted. Quiero verlas.

—¡Marquesa! ¡Qué niñada!

—Digo que quiero verlas.

Lo repitió imperiosamente, con ese acento que la mujer sabe encontrar cuando quiere ser obedecida. Emisiones de voz solemnes y graves, levantando la cabeza, echándola ha-

cia atrás dejando ver las blancuras incitantes del cuello, y en la cara, sobre los ojos, las energías y resoluciones del entrecejo. Todo esto finalizándose con una mirada de pasión rica en promesas. Luego añadió acercándose:

— ¡Vamos, pronto, vamos!

El impaciente, ella misma, acercándose, le ayudaba desabrochando el gemelo del puño de la camisa, levantando ésta y la manga de la americana que Luis vestía.

El torero creyó que había de darse por satisfecha aquella curiosidad viendo el vendaje. Se equivocaba.

— Las vendas, quítese usted eso.

— Pero...

— O lo quito yo y puedo hacerle otra vez daño.

Martínez tuvo que obedecer; buscó el nudo y tardó porque era torpe en desatarle la mano izquierda.

Ella entretanto seguía sometiéndole á un interrogatorio, que hizo con el mismo arranque de la sobreexcitación nerviosa á que estaba sometida. Había sido el toro ¿eh? ¿Qué toro? ¡Ah! el último. ¿Y cómo no le hirió? Fué

milagro. Y á pesar de los varetazos venció la voluntad para matarlo. ¡Pero si cada golpe le debería doler horriblemente!

El nudo se deshizo por fin. Entonces, á cada vuelta de la venda descubriendo la carne lastimada, la palidez de la marquesa iba en aumento.

¡Dios mío! ¡Qué pobre miembro mutilado, amoratado, lleno de verdugones y de rasguños. Por la habitación habíase esparcido el desagradable olor del árnica.

Y él, atribuyendo la palidez á contrarios efectos, á impresiones opuestas á la repulsión, cuando era el momento de la derrota creyó llegado el del triunfo.

Se acercó imperioso en sus iniciativas de virilidad, realizando ya las brutalidades de la lujuria, sustituyendo la palabra con los actos, la súplica que seduce con la fuerza que domina, que arrolla. Rodeó su talle, la quiso sujetar al notar la resistencia, echó su gran cuerpo sobre ella para inmovilizarla con el peso, buscó sitios en la cara, en el cuello para besarla.

¡Oh, qué fuerzas tenía aquel hombre! Pero

ella tenía su voluntad de mujer, la muralla de la tenacidad femenina, y contra el poder muscular la distensión omnipotente de los nervios.

Le rechazó pronto, se desasíó y no quiso encolerizarse, quiso herirle en su vanidad, desengañarle, dándole con una frase la clave de la situación.

Cuando se vió libre del abrazo soltó una carcajada.

—Déjeme usted, por Dios, huele usted á toro, como los domadores á fiera, como los jinetes á caballo. Suelte usted. Déjeme usted. Estaba loca.

Y tomándole la acción llegó corriendo hasta la puerta cerrada, abrió rápidamente. Tuvo una transición brusca desde la crueldad y la burla hasta la piedad infinita.

—Seamos razonables. Podemos ser muy amigos. Espéreme usted aquí. Volverá usted á vendarse ese brazo. Voy por el árnica.

Y salió.

¡Esperarla! Guardóse Luis la venda en el bolsillo, volvió á abrocharse el gemelo de la camisa, y con todos los apresuramientos salió de la casa.

¡La marquesa! ¿Acaso él había ido á buscar allí el amor que se apiada de las heridas? Había ido á buscar la lujuria, y la lujuria que es repugnante, quiere la carne blanca y sin rasguños ni verdugones.

VII

Al llegar á la fonda subió al piso segundo, entró en el cuarto donde estaban los banderilleros. Estos, que todavía no se habían acostado, al verle se sorprendieron notando lo demudado de su semblante.

—¿Qué ocurre, mataor? Sa escapao argún toro de los corrales?

—Los que se van á escapar somos nosotros. Ahora mismo. Ea, al avío. Esta noche no se duerme aquí.

Galleta fué el primero en descubrir de qué se trataba.

Tiró su sombrero por alto.

—¡Juerga! ¡juerga! ¡Culebra!

Entonces ocurrió un verdadero alboroto, una confusión espantosa en que todos hablaban á un tiempo, saltaban y corrían por la habitación. Uno que estaba en zapatillas po-

níase unas botas, las primeras que encontró, y que no debían ser suyas á juzgar por el esfuerzo y trabajo que le costó calzarlas; otro, el *Barbián*, fué á descolgar la guitarra y echársela al brazo, y luego rodearon al matador, brillantes los ojos, llena la cara de alegría.

—¡Olé! ¿A ónde vamos?

—Bajar al dormitorio de picadores. A *Paleta* y *Agujas* que si quieren venir que vengan. *Galleta* salió á cumplir este encargo.

—Pero ¿aónde vamos?—volvieron á repetir.

—No faltará. En llevando dinero se encuentran las mujeres bonitas cuantas le dé á uno la gana.

Dijo esta frase con una entonación que revelaba el estado de trastorno en que acaso por culpas del organismo, se encontraba su ánimo.

De cierto Luis Martínez sufría. *Se lo comía la pena negra. Tenía el corazón metido en un puño.* Y allá en lo más hondo algo estaba diciendo las frases coléricas, las blasfemias del

desesperado; en lo más hondo no, en lo más alto, en el pensamiento. Diciendo eso que nadie oye porque nadie lo pronuncia en voz alta, porque no se expresa ni siquiera en la hora de morir, ni al confesor que se acerca al lecho de agonía, ni á nuestra madre que coje y besa las inercias de la mano, los sudores de la frente. Luis Martínez, el incrédulo, sostenía consigo mismo este tremendo soliloquio:

—Convéncete, convéncete. No sueñes, estás despierto, estás vivo, en el mundo, en la tierra, de pie, recibiendo á cada momento los empujones y los codazos de tus semejantes. No te quejes si te hace daño la vida real. Tú lo has querido. No te desesperes. Piensa en que hay muchos que te envidian, muchos españoles por supuesto, porque fuera de España no quieras saber lo que dicen los que hablan de tu profesión y pronuncian tu nombre. ¿Vas á batirte con millones de hombres? Calla, calla, eso es una locura, y... y además tienen razón. ¿En qué consiste tu gloria? En una palabra. En un nombre. MATADOR. Reflexiona. *Matador es el que mata*. Espérate, no te defiendas alegando que son asesinos los

que matan á sus semejantes, pero no los que matan reses bravas. ¿Tú que sabes de eso? ¿Acaso está discutido y probado ya de una manera axiomática? Porque una nación aplauda y sancione el hecho de convertir el espectáculo de la muerte en diversión y fiesta, ¿te figuras que los que están encargados de pensar, de pensar por todos los que en esa nación no piensan, sancionan también el error de la mayoría. ¿Dudas? ¿Vacilas? No dudes, es cierto. Hay algunas verdades tan luminosas que deslumbran aunque se cierren los ojos. Tú vendes, porque hay que vender para vivir, porque es un comercio, nada más que un comercio la lucha por la existencia. Pero escucha, aquél vende sus pinceles, éste su buril, ése su pluma, su ciencia el sabio, su inspiración el artista, su salud el minero; ya ves, hasta la salud se da por un puñado de monedas. Miseria humana, cierto. ¿Qué te compran á ti? Las estocadas, las heridas que haces, y te lo pagan caro por las que te arriesgas á recibir. ¿No te acuerdas de la escena que tanto conmueve á los reyes y á las mujeres descotadas en el teatro de la Opera? ¿No

te acuerdas de la frase de Sparafuchile á su hermana Magdalena, cuando suplicante quiere hacerle desistir del asesinato:

L'espada si dorme

¡Va! portami tú.

¡Bah! es verdad, los animales no caen, cuando los hieres, como caería un semejante tuyo. ¿Es verdad? Sabes lo único que está averiguado, que la animalidad tiene entrañas como nosotros, corazón, nervios, sangre y vida como la nuestra, instintos y necesidades iguales. Pero el hombre tiene el alma. ¡Ah! Yo te aseguro que no se le ha visto el alma á nadie, hombre ni animal. Lo más lógico sería suponerla para todos ó para todos negarla, lo más lógico y lo más bueno. Lo menos humano por consiguiente. Desengáñate, Luis, desengáñate. Un matador de toros. Eso eres tú. Te dan por serlo el dinero que pides, á tí que no hace mucho, inteligente, instruído, noble, valiente, honrado, con todas esas mismas cualidades que hoy tienes, te morías de hambre. Mata, mata. Pero estás empeñado en conseguir un imposible. No quieras mayor

felicidad que la que posees. No quieras hacer del torero una figura que seduzca á las mujeres. Un hombre distinguido, un *ser superior* como ellas dicen y como ellas sueñan. Ahí en esa profesión de nada te sirven inteligencia, instrucción, delicados sentimientos, aspiraciones nobles, todo lo que tú tienes; hay una mujer y esa es tu fortuna, hay una mujer que sabe en tí de la posesión de estas cosas. Su amor es tuyo. Te ama y te compadece y llora contigo esa desesperación con que tú reprimas el llanto al considerar que has vendido tu alma hermosa al diablo de la miseria, y que te ahogas respirando las pestilencias de la plaza de toros; mata toros, mata. Bebe Burdeos y come bien, ya estás en el festín de la vida, sentado á la cabecera, donde se sientan los ahítos. No busques más, no quieras otra cosa. ¡La marquesa! ¡Una hembra lasciva! ¡Para la marquesa no eres tú lo que eres para tu mujer! Ha bastado que viese las contusiones de tu brazo para que retrocediese asustada, repugnándole contigo los sensualismos. *Hueles á toro*, te dijo. ¿Quieres el placer? Anda, reúne á tu gente, disfruta con ella de las

hembras que te lo pueden dar y á las que se lo puedes exigir de grado ó por fuerza. Anda y busca el olvido de todas las cosas en el vino; ahoga tus penas y abraza en los lupanares, donde háy también desesperadas y tristes. Siempre que dos tristezas contrarias se reunen salta como la chispa de la electricidad la alegría y se oye la carcajada de los locos. No lloves armas. Seducen mucho á los que están como tú.

Y al ver que entraban en aquel momento *Paleta* y *Agujas* para reunirse con los banderilleros, Luis Martínez dijo en voz alta:

—Ea. Vamos andando.

—¿Pero, ande vamos, maestro?— volvió á preguntar uno de los chicos.

—Pues todo derecho no tendrá pierde— contestó riéndose el infeliz.

Fué una noche que llevó hartura á todos los instintos. La náusea llegó hasta el vómito, la ira hasta los bofetones, la lujuria hasta el desnudo; se cantaba, se reía y se lloraba, á las súplicas se contestó con crueldad, á las caricias con blasfemias, al llanto con risas, la voz era grito, la palabra insulto, el menor

movimiento una obscenidad. Se pensaba en la barbarie como en una fórmula de progreso, en la estupidez como un estado normal del entendimiento, en la borrachera como goce supremo de la razón. ¡Disparate! ¡Tristezas! ¡Miseria! La bestia humana triunfante y cantando victoria al choque de las copas, abrazando y besando con anhelo todas las podres.

Del vino y de las rameras Luis Martínez no aceptó más que el vino. Y una amargura infinita iba apoderándose de su espíritu, y su espíritu llegó á parecerle que de tanto sufrir se moría, pero que se moría como si fuera sér de carne y hueso, y que poniéndose de rodillas delante de él aquel *espíritu material*, aquel absurdo, le hablaba sollozando una plegaria interrumpida por el llanto: «Luis, Luis, tú eres bueno, tú eres noble, por Dios, *Luis mío*, sácame de aquí.»

¡Ah! ¡Qué ilusión! La misma voz de María, de su santa mujer.

—Ea, se acabó. Se acabó todo esto.

Se puso en pie de un salto, y para recoger los cuerpos de los borrachos tuvo que separar los de las rameras, y así, durmiéndose de pie

y tambaleándose por las calles, se los llevó á todos á la fonda cuando empezaba á ser de día, no en la tierra, sino ya en el cielo. Al amanecer.

Los dejó allí, pero él no quiso entrar, no quiso buscar en el lecho un descanso que la sobreexcitación nerviosa hubiera hecho imposible. Marchóse á pie, solo, de prisa por el camino del Grao.

Despertó á un miserable que dormía en el muelle en el fondo de su lancha.

—Temprano es para pasear—le dijo éste— aún no ha salido el sol.

—Fuera del puerto—contestó Luis saltando á proa.

Entonces el batelero le conoció.

—¡Martínez!—dijo—¡el espada!

—Ya ves que no perderás tu trabajo.

—¿A dónde vamos?

—A perder de vista la tierra, si puede ser.

—Ya lo creo.

Acomodó el hombre los remos, separóse del embarcadero desatracando, y la lancha, con el empuje dado por los vigorosos brazos, iba deslizándose ligera dejando atrás todo el

maderamen de otras embarcaciones pequeñas, luego el de los baños y por fin la draga.

Al rato de remar,

—Fuera del puerto—dijo el remero.

—¡Rema!—insistió Martínez.

¡El sinventura! Miraba lo inmenso donde la lancha era un punto imperceptible. Por vez primera adquiría la idea que solamente adquiere el hombre clara y precisa en el mar ó en las montañas, la idea de la propia pequeñez. El cielo iba aumentando la intensidad de su color; allá en lo más alto era de un azul muy pálido, casi un blanco azulado, luego se oscurecía, después se transformaba gradualmente, y en el límite donde parecían unirse las olas con la línea del horizonte era como talco rojizo; por allí iba á estallar el incendio. En cambio la gran masa líquida que sostenía el bote se entonaba en un verde oscuro que manchaba el blanco de las espumas. El agua sin bastante luz no tenía transparencia. Y las espumas en el oleaje, á lo lejos, aparecían como bandadas de palomas que, posán-

dose en el agua, se hundían, se ahogaban. Un incesante subir y bajar balanceaba aquello en que Martínez iba metido, aquello que le pareció muy gráfico para compararlo el gastado símil de una *cáscara de nuez*. Luego los reflejos extraños que daban grandes manchas, amarillentas unas, otras violadas, hasta negras, colores imposibles, porque si algún pincel los hubiera trasladado al lienzo, se reirían del pintor cándido copista que para el mar elegía tales absurdos de paleta. Produjeron las heridas de la luz saltadoras y bullentes chispas como de plata, como de cristal; dijérase que habían tirado al mar una fabulosa cantidad de brillantes. El único ruido era un siseo formidable del agua, y al reventar una ola, como de carcajadas. Hacía fresco; la brisa oreaba y se olía á sales, algas y marisco. Esto excitaba al desnudo, á la inmersión del cuerpo, al baño, y despertaba poderosamente en la carne dos apetitos: la lujuria, la gula, y para cumplirlos la pereza. Erguir el busto allí parecía ridículo, ridículo también ponerse á mirar la grandeza frente á frente, de pie, sin descubrirse, y la postura indolente no era solo una

necesidad, porque á la indolencia se apelaba convirtiéndola en manifestación del anonadamiento. ¡El baño! ¡Sumergirse en el mar sin que se viera de nuestra pequeñez humana nada más que lo preciso, la cabeza para poder respirar, para poder seguir pensando. Las gaviotas agitaban sus grandes alas, pasaban rasando la superficie líquida, en la que mojaban á veces la pluma, y no parecían las más lejanas aves acercándose á la tierra, porque al ver aquellas manchas en el horizonte, aquellas cosas blancas que se movían en el aire, se recordaban los benditos pañuelos que al levar el ancla agitan las manos de los que lloran y hacen señales de despedida suprema asomándose á la borda del buque donde se alejan, de la nave que los lleva y los separa de seres queridos. Eso parecía. Que los arrebatara el viento de las manos en alta mar, y los traía sabe Dios desde dónde, ¡desde muy lejos!

La claridad aumentaba. Ya iba tomando el agua otro color; no dejaba de ser verde, pero ensombreciéndose más para modificarse por completo. Se conocía que iba á ser azul, de un azul muy oscuro. Y ahora el blanco de las

espumas resultaba casi inmaculado. Nieve que encima de las olas iba flotando y se derretía de improviso. Se veía mejor y á veces á distancia corta de la lancha tornasolaba algo como nácar rápidamente. Martínez se figuró que eran peces que saltaban. El remero, á quien preguntó, le dijo:

— Puede ser.

Estaba jadeante, sudando el remero.

— Descansa.

Y quedó la lancha inmóvil á merced de las olas. En el cielo brillaban ya muy poco, muy débilmente las estrellas. Era más decisivo el tono, más fuerte, y en el zénit, lejos de palidecer, más intenso para luego, como en una aguada bien hecha, hecha sin que se corte el color, desde el centro á los extremos irlo desvaneciendo. Había contrastes, y la vista llegaba á ellos sin sentir las violencias y extrañezas de esta transición. Como el azul se convertía en gris, éste tenía trasparencias doradas, para resultar por medio de colorista inimitable, el naranja, y después del naranja el sonrosado, luego el carmín, la púrpura, la sangre á la postre, las crudezas molestas para

la pupila, la ofuscación del color de fuego. Aquello crecía, se extendía, se dilataba siniestramente. ¿Iba á arder el universo? De fijo que en aquella raya que limitaba cielo y mar, lo que ardía, lo que se quemaba era la enormidad de un astro.

¿Qué hacía el hombre allí? ¿Qué esperaba? ¿Qué quería? Un torero, un matador de toros ¿qué tenía que ver con todo aquello?

¡El sinventura! También, también hubo en su entendimiento, en su voluntad, en su memoria gradación de colores, aumento desde la oscuridad hasta la luz, y agitación como en el mar y estrellas que palidecían como las del espacio. ¡También!

Pronto aparecería el sol. Ya era la aurora. La juerga, *el té* de la marquesa, la corrida de toros, los gritos que bajaban al redondel donde se oían como una tempesta estallando en las nubes de gente de los tendidos, las reses bravas de Araco que corrían tras todos, destripaban caballos, mujían, embestían, recibían los puyazos que ensangrentaban su morrillo, los pinchos de las banderillas, que como impresión de cruentos alfilerazos las ha-

cían saltar, el estoque hundiéndose en las blanduras de la carne hasta el puño, y por detrás de la plaza, del circo taurino, los trenes del Grao que pasaban silbando á toros, toreros y espectadores en nombre de la civilización y del progreso. Una de las veces el silbido fué tal que pareció salir de la gradería. Fué cuando pusieron las banderillas los matadores. Luis Martínez creyó que le silbaban á él, hasta creyó saber el sitio de donde había partido, y saltando la barrera, colérico, se encaró con uno que palidecía. Aquel era.

— ¡Maricón!

— Mira que te equivocas, Luis—dijo una voz—nadie te ha silbado.

Y se marchó con la humillación de su arrebatado, de lo que había vomitado la cólera como bñlis en las palabras de sus labios.

¡Ah! ¡Todo aquello, todo aquello era como la noche, el pasado, oscuro, lleno de horrores, macizo en fuerza de ser material, poblado de mónstruos, de sátiros y de bacantes, tambaleándose y panzudo como estaban las boyas en el mar.

De improvisó la maravilla se cumplió. El

fenómeno llegó á su apogeo. El incendio estallaba

en ardiente explosión de claridad,

y no de otra manera, sino como disco incandescente que no se podía mirar, que cegaba hasta tener que cerrar por fuerza los párpados, dolorir el cráneo y hacer más fuertes los latidos en las sienas, no de otro modo, allá en aquella raya, fingido límite del agua y del espacio, fué como un desgarramiento de toda la púrpura, de todo el carmin, de todo lo ensangrentado, como un estallido de los colores fundiéndose en la luz; hubo allí algo que era la dispersión aterrada de lo inferior á la presencia de lo superior, de lo divino, mejor que divino monstruoso.

—¡El sol!—dijo el remero maquinalmente.

—¡El sol!—repitió Martínez, y no pudo decir nada más, y eso que decir que aquello era el sol le pareció muy poco.

Luego abarcó su mirada la transparencia de las olas, la agitación que parecía haberse aumentado, como si empezara una ebullición, un hervor del Mediterráneo al calor del foco

solar, vió algunas lanchas á la vela y un buque que tomaba el largo.

¡Ah! Los climas distintos, las lejanas costas, los bosques vírgenes, la isla española de avanzada en el continente nuevo, y el buque en franquía que le llevara lejos de esta España, hoy miserable, ayer derrochadora y pródiga, que después de perder su fortuna de indignidad en indignidad como de gobierno en gobierno, parece que está acurrucada como una mendiga debajo de las naciones civilizadas para vergüenza de todos, hasta de los que no la tienen.

España tenía la culpa. Él no. Él lo tenía pensado. Una decisión que improvisó en aquel instante. Al regresar á Madrid firmaría su contrato para América. Ya le habían escrito los empresarios conformándose con darle el anticipo de los quince mil duros.

¡Madrid! ¡Madrid! ¿Cuándo acabarían aquellas cuatro corridas de Valencia?

—Hoy es la segunda—exclamó sin poderse contener hablando en voz alta.

—Es verdad—replicó el de la lancha, que debía ser aficionado, y que le adivinó el pen-

samiento—hoy es la segunda corrida; no faltan más que dos.

Regresar á Madrid ¿qué le importaba á Martínez de los caprichos que pueda inspirar un buen mozo á la lujuria de todas las marquesas habidas y por haber? Había en la villa una barriada nueva, llena de artistas y de grandes aventureros, poblada y habitada por la bohemia elegante y allí en una de aquellas casas una mujer, un cariño, un verdadero cariño, que le esperaba; un pensamiento siempre fijo en él, una retina en que de seguro persistía su imagen: María, para quien *su Luis* no era un torero, ¿qué había de ser? Era un Dios, y le besaba como á un ídolo, y la alcoba nupcial se convertía en templo donde todas las cosas eran benditas y sagradas.

¡Extraña coincidencia! El sol en la naturaleza no tuvo explosión tan deslumbradora como aquel otro astro de la dicha recobrada que salía en la criatura, en la pequeña criatura humana que vió este maravilloso espectáculo del amanecer en el mar desde una lancha.

—¡María! ¡Mi mujer de mi alma! ¡Mi mujer!

Y estas exclamaciones sí que no las dijo en voz alta para que no las oyera el remero, hombre por lo visto aficionado á los toros.

— Rema. Volvamos á tierra.

Ya era feliz. ¡*Feliz de veras!* como decía su padre, el viejo toscano, que tenía sus dudas acerca de si puede haber en el mundo felices de mentirijillas.

VIII

Durmió de día porque necesitaba dar descanso al cuerpo para el rudo ejercicio á que se iba á entregar toreando por la tarde.

Descanso al cuerpo, porque tranquilo de ánimo ya estaba. Como que se durmió pensando en su mujer y sonriendo como los niños. ¡Matador de toros! Cierto. Lo era. Y buen matador. Y podía levantar su frente para decirlo con orgullo. No era suya la culpa. Lo mismo hubiera alardeado, él, que opinaba según las doctrinas filosóficas avanzadas, de otras profesiones más absurdas. La del sacerdocio católico, por ejemplo. La de cura. La coleta ó la coronilla. ¿Y qué? ¿Acaso el hombre no es una determinación en sus actos no solo del clima en que vive, no solo del aire que respira, sino de los seres, de las cosas que le rodean. Pues en España era punto me-

nos que cosa imposible resolver el porvenir como no fuera por uno de estos dos caminos. Había otros, cierto, él lo sabía, pero erizados de tales espinos y abrojos, que todos los que llegaban al término de la jornada, al llegar caían para morir desangrándose.

Solo, sin familia, sin la verdadera familia, que no es la que encuentra la criatura al nacer, sino la que se crea, la que elige el hombre, acaso, acaso hubiera tomado su cruz, hallándose con ánimos bastantes para subir la penosísima cuesta. Pero tampoco en esto tuvo base el remordimiento. ¿Quién le dió aquel organismo pletórico de vida, que necesitó del amor como del aire, como del alimento? ¿Quién puso en su sangre generosidad y valor debidos sin duda al glóbulo rojo, fuerza en sus músculos, lealtad y delicadeza en sus instintos? Dios ó la naturaleza, cualquiera, lo mismo le daba, pero esa entidad, inteligencia ó fuerza, esa misma fué la que puso, la que echó en sus brazos á la mujer primera, dotada de tales dones, que era como dicen por ahí las gentes, *su media naranja*. Y constituídos así el lazo y la unión, creada la familia, cier-

tò que los que no creen en un culto y son sacerdotes de él cometen una infamia; cierto que los que son de ánimo y voluntad levantados, se revelan ante el abuso de destreza, que significa la lidia y muerte de reses bravas, pero hay mayor rebelión, y solo existe la infamia en no sacrificar ante la mujer amada por nosotros, ejecutora de esta ley, ante el mundo real, el mundo de las ideas. Aun cuando fuera un disparate, Luis Martínez lo creía así. Luis Martínez era de esos hombres que son hombres solamente, pensadores cuando no sienten ó desean, porque sus sentimientos despiertos ó sus deseos avivados tienen fuerza tal que lo arrollan todo. Mandan y y hasta la voluntad obedece. Y si hay que matar toros, los matan y lo justifican, y se defienden diciendo, como él decía: «No lo hice para mi provecho, sino para que á esa pobrecita mujer, que me quiere tanto, no la faltara el pan. Por mí ¡bah! yo sé morir de hambre!» Esto es bueno, como sería bueno y santo en casos tales el robo, que no es honrado.

Aquella sonrisa del matador dormido era tal, que no solo al entreabrir los labios daba

regocijo al semblante, sino que dejaba la frente limpia de arrugas, tersa como página de libro nuevo, y en ella pudieran leerse de corrido los pensamientos y hasta las visiones del sueño.

Fué al principio, como ya queda dicho, la sonrisa del niño llenando de purezas la cara, y es porque Martínez estaba soñando que volvía á ser aquel *Luisillo* de seis ó siete años á lo sumo, alto como un bastón, un arrapiezo, que corría por el pequeñísimo andén de la estación de ferrocarril de un pueblo vasco, por la vía, haciendo prodigios de equilibrio sobre los rails para imitar á unos volatineros que en la feria de aquel otoño habían maravillado á hombres y mujeres dando saltos mortales sobre un trozo de alfombra, levantando sacos de cebada con los dientes, comiendo estopas encendidas y andando (esto fué lo más sorprendente) andando por la cuerda tirante que se colocó en la plaza de la Constitución de un extremo á otro, y á mucha altura. Oía una voz que llegaba á sus oídos llena de susto, «Hijo, hijo, ven acá, demonio; déjate de títeres, mira que va á venir un tren y tendré yo

que ir á cogerte.» Era su madre; conocía la voz porque era la misma que por las noches, después de la cena, le entretretenía hasta que le daba el sueño, contándole el *cuento que nunca se acaba*, el cual tenía mil variantes como ésta, por ejemplo:

Pues señor, esto era un gato
que tenía los pies de trapo
y el culito al revés:
¿quieres que te lo cuente otra vez?

Y contestaba el niño: «Otra vez», riéndose á carcajadas, ó lo comentaba diciendo que *aquello sonaba*. «Como que está en verso. ¡Tonto!»—decía la madre.

Soñaba el matador de toros, y el sueño llegó á tener tal intensidad y fuerza que Martínez el espada olvidábase de que lo era, y se creyó *Luisillo* todavía, y sintió deseos de correr y jugar, de *jugar al toro* con los chicos del pueblo, llevando por toda vestimenta torera una montera de papel y por arma bastante una espada de palo, y el que hacía de toro daba saltos y carreras, sujetándose á la cabeza una canasta, en la que se clavaban con fa-

cilidad pasmosa las banderillas *en su sitio* (á toro parado) y las estocadas eran *hondas hasta mojarse los dedos*. ¡Como que una vez fué milagro que no dejaran al toro tuerto, y salieron los padres del *bicho* pegando azotes á toda la cuadrilla! ¡Qué corrida aquella! El matador, Luisillo, se libro *saliendo por pies*, ó sea diciendo *pies, para qué os quiero*.

Fué como una sucesión de imágenes del pasado, bien ordenada, por años, en la que Luis Martínez volvió á ver toda su vida. Y poco á poco la sonrisa desaparecía, se borraba. Hasta que por fin por el rostro dormido del soñador empezaron á resbalar lágrimas, que se deslizaban por entre las pestañas desde los cerrados ojos, lágrimas cada vez más abundantes, mas, á medida que iba adelantando el recuerdo acercándose el pasado al presente, y transformándose el niño en hombre. Sin despertar dió un grito desaforado: «¡Madre de mi alma!»

No había duda posible. El sueño llegaba al episodio más trágico. Ese grito, todos los hijos lo saben, no se da de aquel modo que lo daba el dormido más que ante el lecho de

agonía ó en brazos de los que quedan, ó arrodillándose al ver los cirios que arden, la caja abierta, el cadáver en la caja con las manos cruzadas, boca arriba, rígido en la postura eterna en que pone á sus muertos el catolicismo, y que parece que es la que los amuralla contra las desesperaciones más grandes de la tierra. Las manos puestas en cruz sobre el hábito negro de la Virgen de los Dolores. ¡Y era aquella, Dios mío, era aquella la que le habia dicho riéndose con él, riéndose como si no se fuera á morir nunca:

Pues señor, este era un gato
que tenía los pies de trapo
y el culito del revés.

¡El cuento que nunca se acaba!

¡Mentira! ¿Dónde está ese cuento? *Que se lo contara otra vez*, que él estaba allí, hombre ya, esperando para oirlo con más atención, y de rodillas.

Estúvose la fisonomía de Martínez sombría un rato, y después sonrió de nuevo. Pero ¡qué sonrisa! Muy distinta de la primera, sí, pero á la par expresando varonilmente la pro-

tección y amparo al sér débil que esta ternura inspira. Las lágrimas cesaron, la expresión de pesar inmenso desaparecía. Un aire sano barría las nubes, secaba la humedad, y en el país de los sueños pasaba el amor, y la mujer se presentaba bajo los árboles, en el sendero, yendo hacia el caminante. Los labios pronunciaron un nombre.

— ¡María!

Y tras de expresar el rostro muchas dulzuras, expresó por fin, primero las inquietudes y zozobras de su gran lucha con la desesperación, después unas veces el rencor, otras la súplica, la queja y hasta la amenaza, formas todas que no razona, pero con las que pide ó exige el desdichado, á la postre hubo en la fisonomía hasta desprecio, un suspiro de desahogo. Después el dormido volvió á hablar en sueños.

— ¡Toro! ¡Je! ¡Sevillano?

Se despertó. Ya era tiempo. Las dos de la tarde. La hora de empezar á vestirse para la segunda corrida.

Terminó aquella jornada de la feria de Valencia. Quedáronse los que no podían viajar. El picador herido, un banderillero contuso, nada más que contuso, pero que no movía pie ni mano que no le doliera, y como la cuadrilla de Martínez resultó sana y salva, emprendimos nuestro viaje de regreso.

Entonces ocupamos un departamento de primera, en el que íbamos mi protagonista con su padre, que se separaría de nosotros en La Elcina para embarcarse en Alicante en demanda de sus queridas tierras africanas, los ganaderos Herana y Araco y el que esto escribe. Los banderilleros y picadores se acomodaron en su wagón de segunda, que era como siempre en el tren el que iba haciendo durante la marcha el ruido de la alegría.

Hay cuando se vuelve del placer cierta pesadumbre, que no motiva el echarlo á menos, tan por lo común, como el desencanto. Ello es que, como si fuera componente del aire, dijérase que respirábamos esa tristeza y que nos contagiaba. Martínez era el único regocijado y risueño. Llevaba el brazo en cabestrillo, porque la *paliza* que en él recibiera del cor-

núpeto fué tal, que produjo verdugones duros. A mano el frasco del árnica, única medicina precisa para el daño, de hora en hora mojábase el vendaje sin quitárselo. Cuando esta operación coincidía con la llegada á alguna de las estaciones del tránsito, durante la brevedad de la parada veíamos agruparse en el andén á la gente de aquel pueblo delante de nuestro wagón, y una porción de rostros tan embrutecidos como descarados, se asomaban para mirar á la portezuela y por las ventanillas.

—El pueblo soberano—exclamó Martínez— presenciando la cura del matador de toros. Cuadro de género, buen asunto para un pintor que no sea artista; pintor de abanicos, de platos y de panderetas.

Dijo, soltó la carcajada á la faz del idiotismo aquel, que también se creyó obligado á reirse, y continuó vertiendo el árnica en el vendado brazo.

Iba contento. Regresaba á Madrid.

Hablaba con los ganaderos, con su padre, conmigo, variando á cada instante los temas de conversación. Nos contó como había com-

prado nuevos estoques y verduguillos, de cuyo temple tiene la especialidad Valencia, así como elásticas y medias de torzal, de las que hizo gran acopio.

—No solo para mí—dijo—sino para mi mujer, que no quiero yo que gaste más que medias de seda, y éstas de las mejores.

De otras compras no habló, pero nosotros las sabíamos. Para averiguarlas no hubiera tenido el curioso que hacer otra cosa sino abrir el *baul-mundo* del viejo toscano, equipaje que por cierto costó mucho trabajo cerrar en la fonda; tal era el número de cosas con que el hijo lo había llenado. Piezas enteras de franela, de hilo y de algodón, camisas, cortes de trajes de verano é invierno, cuanto encontró que pudiera ser de gran utilidad allá en su retiro de Mostaganem al antiguo garibaldino.

Este, abriendo su cartera de viaje (recién comprada también) había sacado de ella un melocotón, y con esa glotonería propia de la vejez, ávidamente, y conociéndosele la fruición y el goce hasta en el brillo insólito de las pupilas, se lo estaba comiendo á mordiscos, sin mondarlo siquiera.

—Oye—exclamó el espada—¿sigues con tu vicio?

—¿Cuál?

Todos sonreímos.

—El de la fruta. Te gusta como antes.

—¡Oh! Ya lo creo. Con pasión.

—Lo he observado en la fonda. A los postres acababas tú solo con la que ponían en uno de los fruteros en la mesa.

—Cierto.

—Pues bien. No se me ha olvidado. ¿Ves aquel cajón?

Y al decir esto señalaba uno de madera que iba en las rejillas con todas nuestras maletas.

—¿Aquel cajón? Sí.

—¿Cuánto te parece que pesará?

—No sé.

—Cinco arrobas. Es para tí. Para que te lo lleves. Está lleno de fruta.

—¡Je! ¡je! ¿Con que cinco arrobas? ¿Dices que cinco?

Y ya los ojos del viejo no se separaban del objeto. Pareció que echaba un cálculo muy complicado. Por fin quedó resuelto el problema.

—Tengo... me parece que tengo para el viaje.

Y sacando el brazo por la ventanilla tiró el hueso del melocotón al campo. Yo creo que se figuró que lo sembraba.

Salió de Valencia el correo á las dos y media de la tarde, y á medida que avanzaba la jornada eran menores las alegrías que en Martínez observé á la hora de la partida. Dijérase que su júbilo, como el sol en el horizonte, iba hacia algún límite, traspuesto el cual, había de seguir el sentimiento, sus tendencias por entre sombras y negruras, mientras que el tren continuaba avanzando en la tierra en medio de la noche.

Miraba fijamente á su padre y llegó á contestar algunas preguntas nuestras con monosílabos.

Una vez le preguntó:

—Tú estás bueno, ¿eh? ¿Te sientes todavía muy fuerte?

—*¡Forte!*—replicaba Martini.

—Cuidate mucho.

Luego como haciendo una reflexión en voz alta, y casi en tono de consulta nos decía:

— ¡ Si está fuerte, sí ! ¡ Vivirá muchos años !
Hicimos una afirmación rotunda.

— ¡ Toma ! ¿ Quién lo duda ?

— No. Si yo no lo digo porque lo dude nadie. ¿ Ustedes se figuran ? ...

— ¿ Nosotros ? ¡ Qué disparate !

El viejo seguía comiendo melocotones. Pero le brillaban mucho más los ojos. Procuraba no mirar á su hijo. La pagaba con la fruta.

— ¿ Y Tomás ? ¿ Tu hermano ? ... — acabó por decir.

— Va en el wagón de la cuadrilla.

— ¡ Ah !

Pareció comprender, pero no se conformó.

— Llámale.

Ya era tarde. El tren se detuvo.

— ¡ La Encina ! — fué el grito de la estación.

Martínez se puso pálido.

— Ea — dijo poniéndose en pie — aquí pára bastante. Aquí nos separamos.

— ¡ *E vero!*

Y á todos nos dió pena oír hablar á Martini otra vez en italiano. Sabíamos que eso era en él síntoma de emoción profunda.

Abrió el espada la portezuela con la mano

que le quedaba libre. Abrió de una manera brusca, nerviosa, con violencia. Y así saltó al andén prestamente. Su padre le seguía sin erguir ahora el busto con aquel esfuerzo peculiar suyo. Al contrario, andaba inclinándose hacia la tierra y bajándose el casco insolar de manera que le ocultase la parte superior del rostro.

—¡Tomás! ¡Tomás!—gritó en cuanto puso el pie en el estribo.

Y el anciano con sus dos hijos, en grupo, como por deseo de Luis habían ido un día á retratarse en Valencia, allá se fueron hacia el restaurant de la estación, donde se sentaron, eligiendo entre las mesas la que habia en el rincón más lleno de sombra. Se sentaron muy juntos, los tres en la misma postura, echando los codos sobre el mantel, y así acercándose estuvieron hablando en voz baja.

Se vió que el matador cogía la cartera de viaje del toscano (cartera nueva, reluciendo mucho la cerradura de acero) y colocándola delante de sí la abrió.

El viejo pareció querer oponerse á este acto. Pero á una palabra de Martínez tuvo que qui-

tar del acero la temblorosa mano para acudir pronto al bolsillo, del que sacó su pañuelo. Se sonó ruidosamente.

Martinez cogió esta mano con la izquierda suya, que tenía libre, y dijo otra frase, tomando el rostro una expresión de burla cariñosa y de reproche á un tiempo.

—No. No. ¡Forte! ¡Soy forte!

Esto lo oyeron los viajeros que había en el comedor, porque la misma energía produjo en la garganta del garibaldino una emisión de voz tonante. Volvieron todos la cabeza en aquella dirección.

El espada esperó impaciente á que la curiosidad quedara satisfecha. Luego Tomás no pudo contener el enojo, y se encaró con el que tenía más insistencia en mirar.

—¿Qué hay, buen hombre?

Nuestro desconocido reanudó la tarea de tragar cucharadas de sopa, bajando la cabeza y poniéndose pálido. Muy caliente estaba el caldo, pero heroicamente optó por abrasarse.

Ya sabía cuanta gente se reunió en La Encina lo que pasaba en la mesa del rincón. Un padre se despedía de sus hijos.

Así que Martínez se convenció de que nadie era testigo de sus actos, colocó en la abierta cartera unos paquetes de papel de forma cilíndrica. Uno de ellos produjo al caer en el fondo un ruido seco como de cosa pesada. Era dinero.

La curiosidad pudo más que el miedo en el de la sopa.

—Son cartuchos—le increpó Tomás nuevamente—¿quiere usted que le peguen un tiro?

Murmuró algo el viajero, algo que no se pudo oír.

—¿Qué dice usted?—siguió el banderillero.

—Nada. Yo nada.

Después de todo no era embustero aquel hombre.

—¡Cállate—ordenó Luis—vámonos ya!

Y estuvieron paseando por el andén. Pero sin hablar. Andaban como maquinalmente. Martini en medio con su sombrero de turista inglés encasquetado hasta los ojos. Dábase aire el toscano con el abanico árabe de pajas entretejidas, que parecía una bandera de juguete. Dábase aire sin notar que hacía fresco.

Cada cual adoptó esas nonadas con que se entretienen las manos ó los pies en estos casos, mientras que la imaginación hace una ruda tarea de pensamientos. El banderillero se había propuesto no pisar en las rayas que formaban la unión de las baldosas. A veces tenía que abrir las piernas desmesuradamente y otras que andar á pasos muy menudos. Luis, subiendo y bajando los dedos por la cadena del reloj, parecía que así estaba contando los eslabones.

Esto duró los quince minutos de parada en La Encina.

A la voz de aviso «¡ Viajeros al tren !» hubo un ir y venir de gente que regresaba á los wagones ó salía de ellos con mucha priesa.

Entonces se dieron un abrazo. Como Luis era de tan aventajada estatura y el italiano no se erguía aquella tarde, sino que cada vez parecía más encorvado, sin duda por esto se le vió inclinarse mucho para abrazar á su padre. Por supuesto de espaldas al tren donde la impertinente curiosidad estaba asomándose á todas las ventanillas. Los tres abrazos fueron muy rápidos, y más rápida la separa-

ción. Martini dió pruebas de conservar la agilidad de piernas. Echó á correr en la dirección en que el tren iba á partir. No tanto por la velocidad de la carrera como por el movimiento de los brazos, el *dormán* de merino, amplio y suelto, iba agitando todos sus pliegues. Aquella figura blanca de anciano destacaba mucho. Cuando Luis se reunió con nosotros,

—¿A dónde va—le dijimos.

—¡Oh! Él ya sabe. Fuera de la estación. Para vernos otra vez. La última.

Y quedó asomado á la ventanilla de la portezuela. El brazo derecho, el vendado, dobláballo sobre el pecho. La mano entraba por la abertura del chaleco ocultándose en el sitio donde se sienten los latidos del corazón.

El tren partió. Martini había corrido mucho. Luis seguía de pie.

—¡Allí está!—dijo.

Y como la velocidad aumentaba añadió en seguida:

—¡Padre!

Tendió la mano, la izquierda. Nosotros la vimos un momento enlazada con otra, y en

el camino al borde de la vía, como rápida visión, la nariz aguileña, los vivos ojos, las arrugas, los enérgicos pómulos, la barba blanca, una cabeza descubierta la melena de canas venerables que oreaba el viento, la cabeza recuerdo de la conocida en los retratos de Garibaldi y una voz, que en aquella soledad de la llanura tenía acentos solemnes, gritó sollozando:

—*Addio*, Tomás! *Addio*, Luis!

Y luego á este último, en español, pero haciendo un esfuerzo:

—¡Hijo, buen hijo, que Dios te bendiga!...

Y sonó ya muy lejos, y no solo fué solemne sino que expresó un agradecimiento infinito.

—¡Por el bien que me has hecho!

Eso debía ser lo que siguió diciendo, pero la velocidad progresiva del tren llegó á tanto que no se le oía.

A poco Luis volvió á sentarse á nuestro lado. Sereno, tranquilo al parecer.

—Sí. Está fuerte—repitió—nos volveremos á ver el año que viene.

Y yo tuve que asomarme á la ventanilla para buscar por este recurso y esta apariencia

de mirar al campo la manera de *no dar la cara* á mis compañeros de wagón. Importaba mucho que no se fijaran en mis ojos, si bien no importaba que vieses cómo á la postre nublaron las lágrimas los de Martínez, porque al fin aquel hombre lloraba por afecciones propias, y yo no quería explicar que era por lo mismo la emoción que no pude contener.

—¡Que Dios te bendiga!—gritó la voz de Martini al paso del tren, á la hora aquella de la tarde, vibrando la bendición en el aire en la soledad de la llanura. Y el grito hería en el corazón y se quedaba perezoso en el oído. Cuando los padres bendicen es porque quieren devolver á sus hijos alguna felicidad que éstos les proporcionan. Las madres no, porque bendicen siempre.

Martini, que había abandonado su querido clima de Mostaganem, que daba calor á la sangre vieja; Martini cruzando el Mediterráneo para venir á las costas españolas desde las africanas para abrazar al hijo de quien tantos años y tantas distancias le separaron, y los dos, padre é hijo, encontrándose en Valencia, sintiendo los regocijos de la reunión.

El espada, llevando al garibaldino de sorpresa en sorpresa, por todas las maravillas de los bruscos cambios de su suerte, haciéndole ver ahora el bienestar, las riquezas de que disfrutaba, los entusiasmos y las ovaciones de que era objeto. «¿Y eres tú aquel que yo dejé en España pobre, hecho un pobre de levita?» «Yo mismo, que soy ahora un rico de traje corto». Y las alegrías que esto produce no tenían cambio ni interrupción. El viejo á veces creía que se le engañaba, porque se duda mucho de todo lo que parece realizado por arte de magia. «Pero ¿de veras, de veras te pagan tanto por matar toros? ¿Te dan mucho?» «De veras, padre, de veras, soy rico». «¿Rico? Tienes dinero?» «Ya lo creo. Mira la prueba mejor. Toma. Doce mil reales. Para tí». Y volvió á sonar en mis oídos la voz del toscano en medio de la llanura, y volví á ver la figura vestida con el traje de merino blanco, fuera de la estación, inmóvil y descubierta la venerable cabeza que oreaba el aire al paso del tren.

—*¡Hijo! ¡Buen hijo! ¡Que Dios te bendiga!*

No pude averiguar otra cosa sino que por

primera vez estaba yo sintiendo la envidia, pero sin comprender por qué la envidia me daba tanta tristeza. Una ruin pasión que me hacía llorar á pesar de mis esfuerzos en contra del llanto y del enternecimiento, una impresión con la que sentí, lo juro, deseos de abrazar al envidiado, diciéndole en el abrazo: «Bien hecho, Martínez, bien hecho. Yo también pido mi puesto entre tus admiradores. ¡Viva Martínez el espada! Ellos que se entusiasman por tu valor. Yo victoreo tu talento. ¡Viva Luis Martínez, gran conocedor de España y de los españoles!»

Porque yo pensaba en mí y en todos los que como yo viven, con las manos agarrotadas en el remo, y el remo en la galera de los condenados á la profesión literaria. Sentenciados á morir en nuestro banco estamos todos. Y el látigo del arraez cruje á veces sobre las espaldas de esos cautivos que pertenecen á otra religión distinta de la del país, y que no reniegan de ella. Yo pensaba en veinte años de juventud gastados en estas prisiones del sillón ante la mesa, en estas soledades del gabinete de trabajo, las noches en vela, sin-

tiendo el peso constante de la pluma entre los dedos, peso mayor á medida del cansancio con que van las ideas como en caravana, de desierto en desierto, de hoja en hoja, recorriendo y llenando las páginas en blanco del que ha de ser libro nuevo. Y pensaba en la noche de Diciembre, siempre sentida y jamás olvidada, cuando la nieve caía á grandes copos desde lo oscuro del cielo, lentamente caía allá en la calle, cubriendo á la ciudad, envolviéndola como en un sudario, mientras que iba prolongándose en la alcoba del moribundo, donde tienen las horas la duración de eternidades, iba prolongándose la agonía de aquel otro padre, que no quería morir porque dejaba á su hijo luchando todavía con las incertidumbres del porvenir, con las miserias del trabajo, ¡todavía! después de veinte años de cansancio para los músculos, para la inteligencia, quedando solo entera la voluntad, perdida para siempre la salud. Por eso fué tan inexplicable para la ciencia que durase tanto aquella agonía. ¡No moriría así con tales zozobras y amarguras en su último pensamiento el padre del torero, sino con la sonrisa en

los labios y repitiendo en su lecho las palabras que llenaron de acentos solemnes, de vibraciones augustas las brisas de la tarde.

—¡Hijo! ¡Buen hijo! ¡Que Dios te bendiga!

El tren parecía como que apresuraba su marcha hacia Madrid, como que se separaba de las provincias y de los pueblos en son de fuga, regresando á la corte con impacencias de enamorado, y Martínez, cada vez que reparaba en aquella velocidad de la doble tracción, sonreía feliz y gozoso.

—Mañana á las seis y media ya estaré en mi casa.

Era cuanto podía osurrirsele, y era sobrado. Por fin después de la cena, hecha como la ya descrita en los comienzos de este libro en el wagón de segunda donde iba la cuadrilla, y al que nos trasladamos con este objeto, el espada, tendiéndose sobre los asientos, se durmió. Los dos ganaderos no tenían sueño. Habían emprendido una reñida polémica de la que no era tema la cría de reses bravas, sino otras cosas para los dos en extre-

mo trascendentales. Ambos eran coleccionistas de objetos y recuerdos de la tauromaquia. En sus casas no adornaban las paredes con otros menesteres, sino con banderillas de todos tamaños, largas, cortas, de á cuarta, de todas clases, ordinarias, de lujo, de fuego, picas de los dos escantillones, el de la plaza de Madrid y el usado en la de Sevilla, estoques, verduguillos, capotes y muletas, puntillas, sombreros de picador, ó sean castoreños, cabezas de toros celebres disecadas por Severini. Herana entusiasmábase mucho hablando de un transparente que bajo su inspiración y consejo habían hecho para su despacho, en cuyo transparente estaban copiados del tamaño natural, de su tamaño, los hierros de todas las ganaderías existentes en España, formando escudos como los del blasón, y en los que servía de campo para los hierros el color ó colores de las diferentes divisas. Y hablando de esto llegaron á pedir á Martínez, antes de que se durmiera, objetos del toreo, prendas de vestir, armas ó defensas que él hubiera usado. Y lo pedían con la insistencia suplicante del fanático ó devoto que pide una reli-

quia. Uno le rogaba por un estoque roto al pinchar en hueso; otro se acordó de algo más y exageró su afán porque buscase los calzoncillos de hilo que llevaba puestos la tarde en que sufrió una cogida, en plaza de provincias, una cogida ¡la primera! ¡la única! y los calzoncillos, según recordó el ganadero, estabancuandò se los quitó manchados de sangre.

— Supongo que tu mujer no tuvo la profanadora idea de mandarlos lavar.

Pero el otro pedigüño tomó con esto envidia, é hizo también su demanda, después de pensarla mucho para que resultara de más estima.

— Yo lo que quiero y pido desde ahora es que mi amigo Martínez me regale la coleta el día en que se la corte.

¡Hasta el pelo! Cosa estupenda que fuera de la torería el hombre no pide más que á su novia, y para eso sólo tiene tal deseo en la época estudiantil, cuando cursa las aulas del amor en los talleres de modista. Estaban echando suertes con las prendas del torero como allá en el Gólgota sólo pudieron hacerlo

los romanos repartiéndose las vestiduras del reo Jesús.

Y llegaron á incomodarse sériamente con motivo de la coleta. La pidió antes el que la pidió (que yo ya no lo recuerdo), fué el primero en pedirla. ¡Bien! Pero había que tener en cuenta que la coleta no se le da más que al amigo más íntimo y más antiguo, y aun no se pide, porque tiene las altezas de los recuerdos de familia. Tuve yo que apaciguar lo vehementemente de la disputa haciendo una reflexión.

—Ustedes echan sus cuentas con mucha anticipación. Faltan años para que llegue á cortarse esos pelos.

—¿Y eso qué?

—Que no podemos olvidar las contingencias que á Martínez, como á cualquier mortal, reserva el porvenir.

—¿Contingencias? Ninguna. Con respecto á la coleta, ninguna.

—La calvicie.

Ya muy entrada la noche durmiéronse también más tranquilos, porque aquello de la calva probable de su ídolo era una solución para que no se llevara el recuerdo valiosísimo

ninguno de los dos, sino el tiempo. Esto, como á buenos españoles los consolaba.

En sueños atronaba los oídos la trepidación del tren en marcha. Seguía con la velocidad de la doble tracción.

Amanecía, pero ya el matador estaba despierto, cuando oyó en la primera parada el grito de la estación.

—¡Valdemoro!

—Eso es, eso es,—exclamó Martínez con las alegrías de voz y gesto propios de un chiquillo,—ahora Valdemoro, luego Pinto, después Getafe y *por fin...*

—Madrid—dijo Herana.

—Justo. Y en la estación estará mi mujer esperándome.

Y le pareció entonces que para recorrer aquellas tres últimas etapas se tardaba muchísimo más, que iba el tren muy despacio. ¿Por qué? Era necesario dar una queja á la Compañía.

—Vamos con la misma velocidad, Luis. Te equivocas—dijo el aficionado, el Sr. Gómez.

Y como en el coche nuestro, allá en el wagón de segunda, en el de la cuadrilla, debían expresar los rostros el mismo júbilo de este regreso. Volvían sanos y salvos. Quedaban en Valencia picados, banderilleados, toreados en toda regla veinticuatro toros, muertos por ellos.

En el andén. Allí estaba.

— ¡Luis! ¡*Mi Luis!*

— ¡María de mi alma!

Y mientras se abrazaban locos ante las miradas curiosas de la gente, otra mujer, llenos de lágrimas los ojos, demudado el semblante, con voz en que hubo ansiedad y súplica indecibles, se acercó al matrimonio.

— ¡Don Luis! ¡Don Luis! Mi marido ¡no viene!

Martínez se estremeció.

— Se ha quedado en Valencia porque va á tomar parte en la novillada.

— ¡No me engañe usted! Los periódicos han dicho que la herida era grave. ¿Está en la cama?

— Te digo que no. No viene por eso.

— Pero los periódicos...

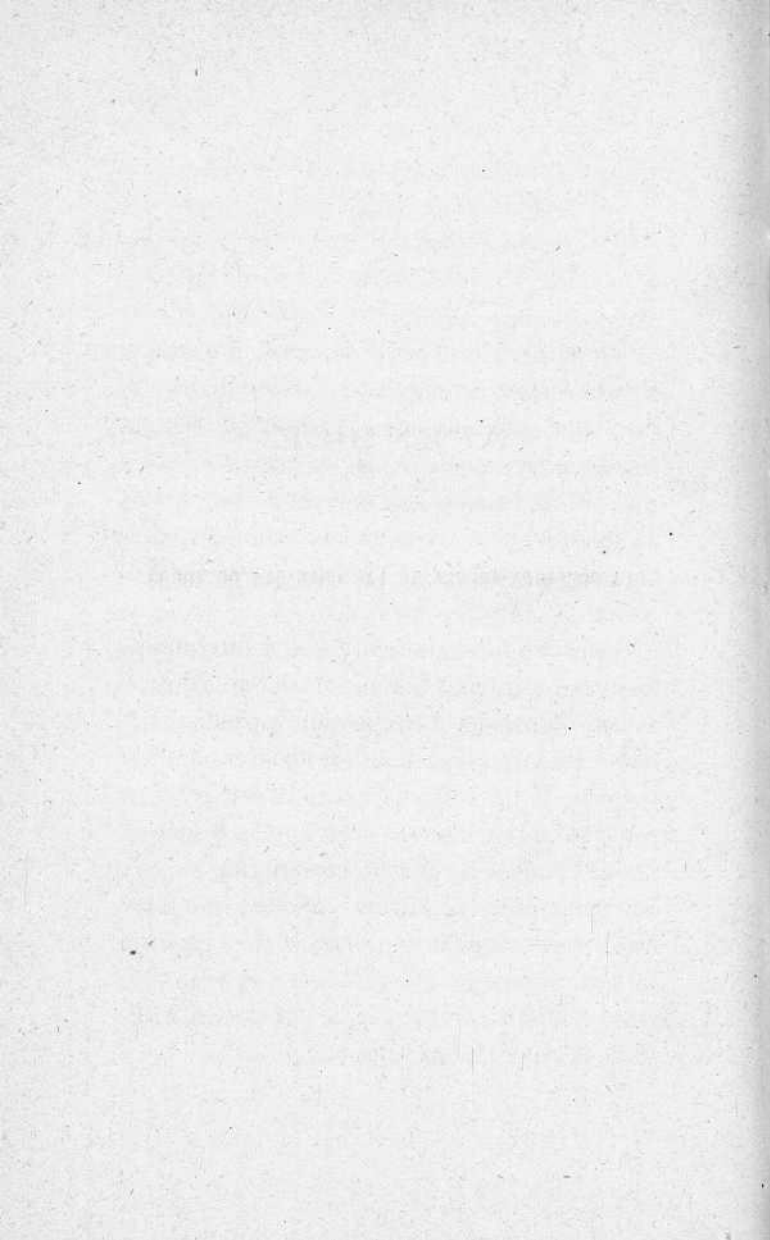
— Los periodistas son unos embusteros.

Y la mujer se alejó llorando. La mujer del picador herido que quedaba curándose en el cuarto de picadores de la fonda donde paran en Valencia los toreros. La fonda de *Oriente*.

FIN

APÉNDICE

LA POLÉMICA ACERCA DE LAS CORRIDAS DE TOROS



Ha empezado el Sr. Navarrete, durante el tiempo necesario para la impresión de este libro, una polémica acerca de las conveniencias é inconveniencias de las corridas de toros, polémica que se ha seguido por medio de folletos, y en la cual han tomado parte hasta ahora los Sres. Velarde y Sánchez de Neira.

Sospecho fundadamente que á ninguno de los tres polemistas les importaba un ardite el asunto debatido. La cuestión principal era hacer ruido por parte de los autores citados, y por la de los editores hacer dinero. Yo no veo que haya nada más inútil que la discusión de las corridas de toros; escribiendo en pro ó en contra de las mismas no creo que haya nada más estúpido tampoco, á no ser que á mi antiguo amigo el Sr. Navarrete se le ocurra después de esta estupidez tratar en folleto de la inmortalidad del cangrejo.

Cansados están los extranjeros de repetir que nuestra fiesta nacional es un espectáculo bárbaro, y cansados nosotros los españoles de tener que aceptar como justa esta calificación sin restricciones de ningún género.

¿Qué es, pues, lo que el Sr. Navarrete ha querido discutir? Un axioma. Esta falta de conocimientos en la matemática es cosa intolerable en un jefe de artillería. El autor de *María de los Angeles* tiene genialidades que conozco perfectamente. Hay algo de depresión cerebral, algo de locura en los pensamientos que á veces le acometen, pensamientos que dominan á su voluntad ó que parecen tener en sí otra voluntad más llena de energías, y por tal vigor acaso le seducen. Así una vez, echando su cuarto á espadas, llamó *santa* á la indisciplina del ejército, y ahora se mete á probarnos lo que es evidente hasta para los niños que van á la escuela. Son actos ejecutados sin raciocinio, y de repetirse con más frecuencia convertirán al Sr. Navarrete en aspirante á ingreso en cualquier manicomio.

Si existieran en España los manicomios

penales, en uno de ellos, por su folleto *División de plaza*, debería en justicia ser encerrado. Porque es verdaderamente criminal provocar las iras de los aficionados á toros, dando lugar á que el Sr. Sánchez de Neira y el Sr. Velarde, á falta de buenas razones, se desaten en una serie de insultos, que como los que dirigen á Byron, hacen reir ó producen la náusea, y nos avergüenzan á todos los que escribimos en castellano. No ha sido polémica lo ocurrido. El Sr. Navarrete ha puesto una pica, y como ni siquiera la puso en Flandes, los otros dos escritores, en lugar de discutir, embisten. Eso es todo. El novelista sale contuso del revolcón y ellos con dos puñazos malamente puestos y necesitados de otro que sea de castigo.

Es el Sr. Velarde un sér en competencia con Núñez de Arce, pero á la manera que está en competencia con Clement, ese hombre que va por los cafés vendiendo corbatas. Vino de Sevilla ó de Cádiz ó no sé de qué punto de Despeñaperros para adentro, hace muy pocos años, con el propósito decidido de figurar y de hacer fortuna. Consiguió al prin-

cipio esa acogida que en Madrid tiene siempre el hombre nuevo, y que luego por ruido-sa y exagerada que sea de nada sirve si no la justifica la obra y el tiempo. La corte improvisa reputaciones y es á veces mala ó mediana la improvisación. El Sr. Velarde, como el Sr. Cavestany, como el Sr. Ferrari y como otra porción de señores, vióse solicitado por *lo que prometía*, escribió y publicó sus poemas y hubo de creérsele un competidor de Campoamor ó de Núñez de Arce, los dos inmortales de la Academia que están dedicados á esto; creo que dió algunas conferencias en el Ateneo, que asistió á reuniones literarias y estuvo haciendo la vida de celebridad en la que se encontraba muy á sus anchas. Hoy su nombre y su reputación han decaído, mejor dicho, ha ocupado por virtud de los desencantos que da la experiencia y el tiempo, el lugar de medianía que le corresponde. De aquí que se desespere, y con el objeto de que se *vuelva á hablar* de él interviene en todo asunto literario con el carácter que aparece en la polémica de toros, que no es otro sino el de entrometido.

Pero de todas maneras, su reputación mucha ó poca, es de literatõ, y como tal no se le pueden perdonar una porción de disparates, como lo es, entre otros de su folleto, el de no haber temido á la risa de toda la humanidad que sepa leer y reirse de lo que lee, cuando compara las frases de un *mataor* de toros con las más enérgicas, concisas y viriles de Tucídides, Jenofonte, César, Salustio ó Tácito, ó cuando dice que Byron en cuestiones de moral estuvo siempre por bajo del último de los *monos sabios*.

Hay en esto de las faltas de *lesa literatura* (como él diría), hay en el folleto del Sr. Velarde para tomar y dejar, como cuando se erige en juez para sentenciar respecto del mérito que puedan tener el soneto de Manuel del Palacio *Una cogida* y el de Zorrilla titulado *Una pica*, prefiriendo este último, que es precisamente el malo. Malo hasta el punto de que apenas hay verso que pueda tolerar el sentido común y la razón natural; tan lleno está de adjetivos absurdos como el de calificar de *roncos* á los toros, de *hirvientes* á los resoplidos, de *rojas* á las astas, y esto al *primer ta-*

pón, como suele decirse; con lo que el Sr. Velarde demuestra qué es el primer poeta y literato entre los toreros.

Primero publicó sus cartas al Sr. Navarrete en *El Imparcial*, y luego las vendió en colección á un editor, dando por resultado el folleto que tituló *Toros y chimborazos*. En realidad, lo repito, lo que manifiesta muy á las claras el Sr. Velarde en esas sesenta páginas impresas es el deseo de ver su apellido en letras de molde. Hombres así son los que serían capaces hasta de dar dinero por esto. Apenas hay *carta* de las seis que dirige al señor Navarrete en que no parezca este prurito de hablar de sí mismo. «Yb fui, yo hice, yo dije esto, yo le conozco á usted, yo he leído algunas cosillas mías que le gustaron mucho», y por último (copio textualmente) «como es usted aficionado á versos, y los míos, *aunque malos*, no le desplacen, allá van éstos en que procuro pintar una fiesta taurina allá por el siglo xv. A ver si logro convencerle en verso, mejor que en prosa.» ¡Infeliz! No el Sr. Velarde, sino el Sr. Navarrete, que es á quien se los da copiados para

que los tenga que leer de grado ó por fuerza.

Analizando esas seis cartas en que se defienden las corridas de toros, no se encuentra nada digno de la publicidad, con lo que se justifica el éxito que ha tenido el folleto, éxito contrario á las predicciones del autor, tan vanidosas como demuestra el penúltimo párrafo de la carta sexta, en que declara:

«Mucho más tengo que decirle (el Sr. Velarde al Sr. Navarrete), pero aguardo á que se venda la edición de este folleto para hacer la segunda, corregida y aumentada.»

En efecto, no ya la segunda, sino la primera, tanto del folleto del Sr. Velarde como de los que acerca de lo mismo han escrito los Sres. Navarrete y Sánchez de Neira, no se han agotado, y han tenido poquísima venta. Prueba irrefutable de lo que al público le interesan las tonterías cometidas por escrito.

Figúrese el lector si no es cosa de risa de puro sandia que un defensor de las corridas de toros se maraville de que tenga opinión contraria el autor de *María de los Angeles*, á pesar de ser andaluz y haber bebido manzanilla, comido *cañailas* y *bocas* y haberse re-

unido con gente de rumbo y de sandunga. Pero no es esto todo. Para el Sr. Velarde, atacar á las corridas de toros es empresa propia de ingleses *humanitarios*, alemanes *sabiondos* y españoles *vergonzantes*, y pone estos calificativos de cursiva porque los considera como suyos muy graciosos, quiere que lo sean á la fuerza y los ha subrayado para que se fijen en ellos y por si alguno á primera impresión no experimenta su gracia.

No tienen gracia, en efecto, sino justicia. Para el Sr. Velarde no son españoles más que los aficionados á toros, llama *nacional* á este espectáculo y antipatriotas á los que no gustan de ver matar caballos, hombres y reses bravas desde la barrera ó al buen recaudo del tendido ó de la grada. Pero el Sr. Velarde, dando muestras como escritor, entiéndase bien, como *escritor*, de inconcebible ingratitude, no le gustan los protectores de animales y plantas; para el Sr. Velarde, ser filántropo es *ser cursi*, y es pesado, mucho más pesado que visperas y maitines hablar de máquinas, muelles, itsmos, túneles, globos y Montes de

Piedad. Y esto es todo lo que dice el sabio discutidor en su primera carta.

En la segunda no es menos profundo; bien es cierto que dada la índole de esta polémica, la reflexión, la discreción y el entendimiento fueran en ella lo más deplorable y absurdo. Tiene razón únicamente, en asegurar bajo su palabra de aficionado á los toros que no depende la afición en España de nuestra falta de cultura intelectual, porque en efecto la cultura intelectual no se relaciona para nada con aquellos espectáculos en que cada pueblo encuentra su diversión. Lo que demuestran los pueblos prefiriendo éstos ó los otros para su solaz ó recreo, es el grado de perfección moral dentro de lo defectuoso humano. No era ignorante Roma ni lo fué Grecia, y tuvieron en sus circos espectáculos más crueles que la fiesta taurina, y aun creo yo que si en España se permitiera la lucha de gladiadores unos con otros ó con las fieras, había de ser para toreros y picadores imposible de todo punto la competencia. Aquello era mucho más grandioso y se prestaba también á la poesía, sin que por ello pueda adu-

cir nadie, ni siquiera el Sr. Velarde, que fuera bueno.

En la carta tercera es donde el poeta, competidor ambulante de Núñez de Arce, declara que prefiere el soneto de Zorrilla al de Palacio, y otras preferencias no menos peregrinas, revelándose en todos los párrafos un anhelo de caer en gracia del que leyere ó de ser tenido por gracioso, que no se cumple en suma. Luego viene la consabida y gastada nota de amor patrio en el sentido de echar piropos á los españoles, diciendo que los que nacemos y vivimos en esta tierra, á semejanza del célebre doctor ridiculizado por Voltaire, estamos en el mejor de los mundos posibles. Lo de siempre. Que somos los más valientes, los más guapos, los más generosos, los de mayor ingenio y los que tienen más salero en el orbe. Diciendo eso se nos está acabando el territorio, el dinero, la salud, la seriedad que corresponde á los pueblos viriles, día por día, año por año, y acabaremos por ser la irrisión de Europa. Entra por fin á hablar de todo aquello de que no entiende ni conoce más que de oídas, de civilización y de sociología

(como él dice), de estadísticas criminales, de educación, y nos recuerda á cada instante el célebre dicho zarzuelesco :

No abre el ministro la boca
que no diga un disparate.

Pero vamos á ver, Sr. Velarde, usted que no teme que *la opinión pública, que tanto le ha favorecido elevándole*, le despeñe por defender las corridas de toros, porque es usted tan modesto que se diría lo que el héroe de aquel cuentecillo, que había escalado muchas veces las rejas de la casa de su dama para solazarse con ella, y como ésta le amenazara en una disputa con arrojarle por el balcón, replicó que bien podía bajar una vez por la ventana quien tantas otras había subido por allí; usted, Sr. Velarde, que se cree tan de veras el favorito, el querido de la opinión pública, ¿para qué se mete en esas honduras, de las que seguramente no ha de venir á sacarle la opinión, que no es ni ha sido nunca dama de usted, lo sé de positivo, ni sabe que existe usted en el mundo.

De la carta cuarta algo hemos dicho ya. Es

aquella famosísima en que se compara el estilo de Pedro Romero con el de Tucídides, Jenofonte, César, Salustio y Tácito. Para el Sr. Velarde todo es lo mismo, y á semejanza de lo que ocurre á las gentes sencillas que *deprenden de leer*; todo es muy bueno ó debe serlo, puesto que está en letra de molde. Luego se decide á una nueva intentona de humorismo, que da de sí la siguiente *cursilería*, imaginada para clasificar á los detractores de las corridas de toros:

Clases.	Géneros.	Especies.
Taurófobos.	Chimborazos.	Políticos.
		Literarios.
		Administrativos.
		Científicos.
		Filosóficos.
	Frígiles. . . .	Sensibles.
		Melancólicos.
		Mansos.

Y en desarrollar este alarde de escritor ramplón, que me recuerda muchas cosas por el estilo que yo leía en mi juventud en *El Apolo*, *La Lira*, *Las nueve Musas* y otros periódicos redactados por estudiantes del Instituto, emplea el *eminente* poeta siete páginas.

Tranquilícese el lector, que no las reproduzco. No me gusta á mí hacer *gemir las prensas* tanto como al autor de poemas que estoy *despachando* (estilo taurómico á semejanza del de Tucídides), el cual las hace como se ve, gemir y llorar.

¿Pues y la carta quinta, Dios de los cristianos? Una carta en que empieza diciendo que ese (Dios) y los toros han querido que la escribiese. Se conoce de sobra la inspiración á que obedece sin necesidad de que el folletista lo dijera. Voy á imitar al *insigne* poeta de esas humoradas que le distinguen.

Sumario de la carta quinta: *Primera tema.*

De cómo el autor leyó una oda suya al señor Navarrete, que tuvo la bondad de escucharla, creerla buena y enviarla á un periódico de la corte.

Castigo que recibe el Sr. Navarrete consistente en declarar el autor que su oda era mala, ó lo que es lo mismo, que el Sr. Navarrete no supo lo que oyó, lo que dijo ni lo que hizo.

(Esto, como se ve, tratándose de toros, es muy importante.)

Segunda tema (no siempre ha de ser masculino.)

De cómo otro día el autor lo que leyó al Sr. Navarrete fué una comedia con gotas, que también le gustó al novelista, razón por la cual el Sr. Velarde no se contentó con salir convencido de que era mala, sino que la quemó.

Tercera tema.

De cómo (ó de ceno) el Sr. Navarrete, cansado ya del juego, le tomó la vez al autor y le dijo sin duda: «En mi casa no lee nadie más que yo,» y el Sr. Velarde, que tuvo que escuchar, declara que por poco se vuelve loco.

De aquí que se hicieran muy amigos.

Cuarta tema.

Sigue hablando el autor de lo mucho que vale él y su amigo, pero, sobre todo, él; su amigo no es cursi, ni *chimborazo*, ni progresista, ni orador de meeting, ni miembro de sociedades filantrópicas, ni, mucho menos, concejal; él tampoco es cursi, no se las da de *macareno*, sino que lo es, y puede probarlo, porque ha mancornado chotos, ha asistido á *un acoso* ó á *una tienta* (señor torero no son

dos cosas distintas, sino una misma; la tienta puede ser de acoso ó en corral), ha echado mano á una manta para dar un lance (se ignora si lo dió) y le han salido los dientes asistiendo á esas faenas, y, á juzgar por lo que dice, los toros y él se han criado juntos, y mientras él echaba los susodichos huesos de la boca, á los toros les salían los cuernos.

Quinta tema.

Declara el autor su enemiga del toreo que fué una veleidad pasajera, una especie de enfermedad que tiene que pasarse como el sarampión, y de la que algunos sanan y los más se quedan para toda la vida tontos de remate.

Declara con mucho apresuramiento que él sanó.

Otra tema.

El traje torero no es ridículo, según el gusto del Sr. Velarde.

Última tema.

El autor se pica porque su amigo Navarrete ha hecho una bellísima descripción de la ida á la plaza, y no queriendo ser menos, hace otra de la corrida, mejor no digo yo, pero sí como pudiera haberla hecho Pedro Romero

indudablemente. No la harían así Tucídides, ni Jenofonte, César, Tácito ó Salustio. Eso también es verdad.

De la carta sexta no hablemos, por seguir el sabio consejo de Sancho.

Baste con copiar íntegro, aun á riesgo de incurrir en el odio de los lectores, el siguiente párrafo:

«Sí, señor, en Madrid gustan ahora los toros de *sentido*, es decir, los cobardes de mala sangre que huyen hasta de su sombra y sólo envisten cuando tienen la seguridad de coger. Pero esta moda pasará pronto y (ahora va lo bueno) para mí tengo que huirá con el *estoicismo de la filosofía krausista, á la que debemos echar la culpa de haber puesto el toreo serio y los toros recelosos en los cuernos de la luna.*»

¡Oh! Si el Sr. Velarde estuviera allí, escribiendo poemas y cartas taurómacas, nos hubiera ahorrado por lo menos esa terminación del folleto, con versos *de allá por el siglo xv*, en que habla de Zaida, del arrogante Abenaya y otros moros de zapatillas.

Y... vaya usted con Dios, salero.

Yo no conozco personalmente al señor don José Sánchez de Neira, y sí sólo me ví precisado á leer y consultar en su *Diccionario de Tauromaquia*, para escribir esta novela. He leído después un folleto, y por él tengo que juzgarle. No son grandes sus méritos literarios, y él mismo lo confiesa. Se declara escritor de baja esfera, casi fanático por las corridas de toros, que no acierta á emborronar cuartillas, como no sea acerca de aquella fiesta. Hónranle mucho estas declaraciones, que por ser hechas tan de buena fe y con franqueza tanta desarman al adversario. Entra en liza pidiendo perdón á *Sobaquillo*, que es quien debía contestar al Sr. Navarrete, y rogándole que no crea haya pensado en suscitarle competencia. Estamos pues en terreno distinto, y con hombre de más valía. Entre el autor de *Toros y chimborazos* y el del folleto *¡Duro ahí!* hay diferencias que deben tenerse muy en cuenta. Toda la fatuidad del Sr. Velarde, es modestia en el Sr. Sánchez de Neira. *¡Duro ahí!*, no tiene pretensiones literarias de ningún género. El mismo autor increpa al Sr. Navarrete, extrañando que su envi-

diabla talento y su notoria ilustración hayan sido empleados malamente en atacar con dureza las corridas de toros, como si no tuviera su elegante pluma asunto mejor en que ocuparse. ¡Duro ahí! es, pues, la réplica de un inteligente. Y como está declarado, la defensa hecha por un fanático. Contestar al Sr. Sánchez Neira tiene más importancia que contestar al Sr. Velarde. Casi equivale á discutir de toros con Lagartijo ó con Frascuelo.

En realidad, el Sr. Sánchez de Neira es discutidor mucho más temible. El puede declararse modestamente fuera del gremio literario, y yo no puedo resistir al deseo de manifestar que, como escritor, en ese folleto me gusta. Sabe aprovechar las ventajas que le procura el Sr. Navarrete, y ridiculiza con grajeo aquel afán del autor de *En los montes de la Mancha* de hablar á propósito de las corridas de toros de ilustración, educación, instrucción y civilización, que nada tienen que ver con la fiesta susodicha.

El Sr. Sánchez de Neira aprovéchase igualmente de la declaración que hace el Sr. Navarrete, tan estemporánea como todas

las del folleto *División de plaza*. Hela aquí:

«En ninguna parte se desordenan más las pasiones; en ninguna parte se prostituyen tanto las aspiraciones del alma como en la plaza de toros.» Y se aprovecha comparando este espectáculo con los que procura el pugilato inglés, los ejercicios ecuestres y gimnásticos. Este argumento, usado ya por el autor del *Diccionario de tauromaquia*, en dicha obra, á poco que su fanatismo le deje lugar á la reflexión, comprenderá que se vuelve en contra suya, pues resulta el *más eres tú*, tan propio de polémicas sobre toros y disputas de mujerzuelas. No hay más ni menos en eso de la barbarie, como no lo hay en nada que deshonre.

Confiesa el Sr. Sánchez de Neira haber llevado á sus hijos á los toros. Ha hecho bien, puesto que á él le gustan, y quiere, como todo padre, que en gustos sus hijos se le parezcan. Pero esto no puede ser nunca razón que sirva para la polémica, y huelgan tanto en ella los gustos paternos como el artículo que copia escrito por el menor de sus hijos, y que no está mal para ser del menor.

Lo cierto es que la ironía con que el fanático ataca y ridiculiza al Sr. Navarrete parece bien, como ya he dicho, siempre que se relaciona con la evidente afirmación de que nada tiene que ver la cultura y el progreso con los espectáculos que elige un pueblo para su diversión, pero no lo está cuando para defender su causa ataca á ese progreso y á esa cultura misma, que no están para que los taurómacos las ridiculicen, y si éstos lo hacen reciben la carcajada en pleno rostro, única cosa que puede provocar su insensatez.

Enhorabuena que el Sr. Navarrete, queriendo relacionar todo lo que es de este mundo con las corridas de toros, para impugnarlas declare que la democracia es enemiga de tal fiesta; pero si absurdo y equivocado es este juicio, no lo es menos el del Sr. Sánchez Neira, quien abunda en la opinión de que *en las plazas de toros es el único punto donde impera realmente la soberanía del pueblo*. Esta afirmación me recuerda el extraviado afán con que el marido celoso, protagonista de un cuento muy conocido, buscaba el honor conyugal debajo de la cama de matrimo-

nio. De igual manera es absurda la comparación que establece el taurómaco, entre la torería y las profesiones en que se arriesga la vida, entre las cuales cita la militar, y las en que *por la aspiración continua de un producto químico ponzoñoso puede padecer el hombre, aunque cooperen á la realización de empresas beneficiosas á la nación en general.* La vida se arriesga en los toros para divertir al público, y no es con este objeto de diversión con el que se corre tal peligro en la milicia ni en los laboratorios químicos, según confiesa el mismo Sr. Sánchez Neira. Ahora bien, si es honroso morir por la patria ó por los adelantos de la ciencia ó de la industria, morir porque el público se divierta no será yo quien lo califique, por estar muy claro el calificativo.

Llegamos á un punto de la polémica en que es verdaderamente vergonzoso para todo aquel que de escritor se precie, ver que debe acusarse al Sr. Navarrete de ser causa por su mención, cita y recuerdo, del horror que inspiraban las corridas de toros al inmortal Byron, de que los fanáticos como el Sr. Sánchez traten y hablen del gran poeta inglés

con el mismo desdén y poco respeto que nos inspira á nosotros el recuerdo de Cúchares, Montes, Manuel Dominguez y otros mataores.

Júzguese por la lectura del siguiente párrafo del folleto que estoy rebatiendo, y que copio íntegro, porque mi referencia jamás daría idea de tal hecho:

«Los maliciosos —dice el Sr. Sánchez de Neira— podrán haber creído que el motivo de despreciar el *inglés* á los españoles y españolas, y aun de hacer á los mismos el *levantamiento* de... falsos testimonios, puede obedecer á la *coba* que le dieron algunas gaditanas *sin largarle la tela*, dejándole con un palmo de narices, y á alguna insinuación de cuello vuelto que le propinase en canto llano un marido ofendido ó un amante quisquilloso; pero no es esa la causa en mi opinión. Creo yo, y me parece no andar desacertado, que el motivo de sus... exageraciones debe atribuirse á que siendo un poeta de calenturienta imaginación cuyas extravagancias le dieron nombre, se le fué... el santo al cielo ó se le aflojaron los tornillos de la chaveta. Eso

á cualquiera le sucede y no hay por qué extrañarlo, y en cuanto á la tiernísima compasión para el caballo, bien demostró sus naturales instintos el excéntrico poeta que sólo tiene para el hombre palabras ofensivas y para la mujer injurias.»

Con lo copiado basta, ó como diría el tauromaco en su lenguaje, para muestra *sobra* un botón, porque aquí viene como de molde la muletilla de la prensa diaria, tan usada como de recurso por los redactores de tijera: *rasgos de esta naturaleza no necesitan comentarios.*

Así es que el Sr. Sánchez de Neira, en todo diferente á la manera de pensar y de sentir de lord Byron, no se explica cómo el poeta inglés pudo sentir tiernísima compasión hacia el caballo, porque según éste, como según todos los aficionados, el pobre animal está *deseando morir para descansar*, ya le maten de un tiro ó le lleven á un matadero ó mular por inservible, en vez de acabar en las plazas.

Como se ve, el Sr. Sánchez de Neira, á semejanza de Esopo, entiéndese muy bien con

los animales, pues de otra manera no se comprende que sepa lo que desean los caballos, y nos afirme que están deseando morir para descansar, lo cual haría de dichas bestias seres aparte en toda la creación donde el hombre, el animal y la planta concentran su primordial aspiración en la vida y no en la muerte.

También se equivocan tanto el Sr. Navarrete como el Sr. Sánchez de Neira en creer argumentos en pro ó en contra de las corridas respectivamente aquel de que la poesía se resista ó no á describir este bárbaro espectáculo. Pues qué, ¿puede darse mayor barbarie que la que ofrecen las matanzas de la guerra? Y sin embargo, el más alto género de la poesía ocúpase en describirla. Las luchas del circo también se describieron en verso, y no solo la poesía, sino la pintura y todas las bellas artes han elegido á veces sus asuntos de inspiración en gladiadores moribundos y en cosas mucho más cruentas. Y es que lo bueno ó malo son conceptos diferentes de lo bello ó lo feo, y solo de belleza y de verdad se ocupa lo que con el arte y la poesía se rela-

ciona. Más aún, cuanto mayor sea el horror de un espectáculo, más se presta á las concepciones artísticas, y á las descripciones literarias es más fácil que lo vulgar lo dramático. Pero si tiene gracia esta confusión que en los tres polemistas prevalece entre lo que es de privilegio intelectual y lo que sólo á la moral atañe, no la tiene menos el que el señor Sánchez de Neira se burle de Roberto Owen y proteste enérgicamente de que él, aficionado á los toros, *no se cree obediente, como sus hermanos los brutos, á sus instintos y apetitos.*

Nada quiero replicar acerca de si debe ó no presidir la plaza *la autoridad competente*, porque esto, á la verdad, que sólo á la autoridad interesa, y pues gusta de verse silbada semanalmente en España, nada tengo que oponer á este gusto.

Respecto á si debiera ó no estar castigada en el Código penal como imprudencia temeraria la lidia de reses bravas, cosa de la cual el Sr. Sánchez de Neira se ríe, yo le acompaño en la hilaridad, porque ciertamente rodeo habría que dar, pero no tanto, para abo-

lir las corridas de toros. Bastaba con que en nuestra legislación hubiese un artículo en que se prohibiera, como es humano y lógico, que la muerte violenta de hombres ó de animales pudiera servir de espectáculo público, ya fuese cierta con respecto á los primeros ó eventual con respecto á los últimos, y se penara esto y se castigara como sucede en todos aquellos países donde el sentido común no está de viaje.

Con esto queda contestado el Sr. Sánchez de Neira, primer taurómaco del mundo conocido de los antiguos.

* * *

Después de analizados los dos folletos que contestan al del Sr. Navarrete, inútil es que de éste me ocupe, y en mi deber está no incurrir en repetición alguna, deber de todo escritor que no quiera causar enojo á sus lectores.

Estos últimos habrán ya formado idea de lo fuera de tino que se ha entablado la polémica sobre las corridas de toros, tanto por

parte de los que impugnan la fiesta como por sus defensores; unos y otros exageran y extreman sus argumentos, y la mayor falta consiste en ser esta una discusión ociosa de todo punto que trata en suma de poner en tela de juicio lo indiscutible.

Realmente las corridas de toros no puede decirse cuándo ni cómo acabarán. En virtud de leyes de abolición, como pretende el marqués de San Carlos, lo que se conseguiría es precisamente lo contrario, y acaso, diga lo que quiera en son de profeta el señor Navarrete, acaso ocurrieran perturbaciones del orden público. Los españoles, mis compatriotas, que no son ya capaces de la revolución porque han perdido la virilidad que para las revoluciones políticas y sociales se necesita, levantarían barricadas por los toros, seguramente. El mal me parece irremediable. Los defensores tienen razón al asegurar que las fiestas taurinas no influyen para nada en nuestro estado de decadencia, ni da el espectáculo alicientes á la perversión moral. Porque ésta existe, existen las corridas de toros, de manera que no son ellas la causa

sino el efecto. Y esta perversión moral no es cosa propia de España de un modo exclusivo sino de todos los países. Es distintivo humano, de aquí los boxeadores ingleses, los acróbatas franceses, y en cada pueblo, á poco que tratáramos de enumerar estos espectáculos cruentos, encontraríamos uno preferido por los hombres á los recreos en que sólo se apla-ce la inteligencia. Puesto que tenemos sangre y nervios, nos gusta sentir las alteraciones que produce la contemplación del peligro. Esos estremecimientos son goces del sistema nervioso, á los que no renuncia fácilmente, y cuanto más grosera es la naturaleza huma-na, más queridos y necesarios son para ella.

En gustos no hay disputa, suele decirse, y aquí, lo que hubo en realidad entre los folle-tistas citados, fué una disputa acerca de sus gustos, que eran opuestos.

El espectáculo es bello, pero no es bueno, y tiene cierta monotonía indudable, basada en la repetición de las mismas suertes de capa, pica, banderillas y muerte, seis veces consecutivas. El aspecto de las muchedum-bres en la plaza es vistosísimo y tal, que has-

ta ahora inútilmente la pluma y el pincel han tratado de reproducirlo en descripciones siempre deficientes y en lienzos siempre faltos de color; de manera, que bajo esta clase de consideraciones, es absurdo combatir las corridas de toros.

Y yo creo tan absurdo como esto, continuar razonando á semejanza de los señores Navarrete, Sánchez de Neira y Velarde.

Para suprimir las corridas de toros hay un medio:

Autorizar la lucha de gladiadores.

EDUARDO LÓPEZ BAGO.

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

OBRAS DE FONDO

- ALAS** (Leopoldo).—Solos de Clarín, un vol. en 8.^o *ptas. 2,50*
 La literatura en 1881. 3.^a edición. *ptas. 2*
 ...Sermón perdido.—(Crítica y Sátira), un vol. en 8.^o *ptas. 3,50*
Pipá.—Novelas cortas, un vol. en 8.^o *ptas. 4*
 Folletos literarios: I. Un viaje á Madrid *ptas. 1*
 Idem II. Cánovas y su tiempo: 1.^a parte *ptas. 1,50*
 Idem III. Cánovas y su tiempo: 2.^a parte (en prensa).
 Una medianía. Novela (en prensa).
 Nueva campaña. Crítica (en prensa).
ALFONSO (Luis).—El guante.—Novela, un tomo *ptas. 2*
AMICIS (Edmundo de).—Cuore.—Traducción de la 40.^a edición italiana, por D. Hermenegildo Giner (en prensa)
BECQUER (Gustavo A.).—Obras, cuarta edición, aumentada y corregida, tres tomos con el retrato del autor *ptas. 10,50*
CAMPOAMOR (Ramón de).—El amor ó la muerte, Cómo rezan las solteras; poemas, un vol. en 8.^o mayor. *ptas. 1*
 El ideismo, 1 vol en 8.^o *ptas. 3*
 El anillo de boda.—La orgía de la inocencia: poemas.—El buen ejemplo.—Dolora *ptas. 1*
 Humoradas; un precioso vol. en 8.^o *ptas. 3*
 Los amores de una Santa, poema *ptas. 1*
DAUDET (Alfonso).—Numa Roumestán, un vol. en 8.^o *ptas. 3*
 Los Reyes en el destierro, un vol. en 8.^o *ptas. 2,50*
 Safo (costumbres de París), segunda edición *ptas. 3,50*
 Tartarin en los Alpes, obra ilustrada *ptas. 5*
FEYDEAU (Ernesto).—Fany, estudio, 3.^a edición, un vol. *ptas. 1*
FRONTAURA (Carlos).—López y su mujer *ptas. 2*
 Las Tiendas. (Diálogos humorísticos) 4.^a edición *ptas. 3*
GARCIA Y TASSARA (Gabriel).—Poesías coleccionadas por el autor, 2.^a edición, un vol. en 4.^o *ptas. 7,50*
GOMEZ SIGURA (Eduardo).—El taciturno, novela *ptas. 4*
GRILO (Antonio F.).—Poesías (Segunda edición), un vol. *ptas. 4*
LOPEZ GARCIA (Bernardo).—Poesías. (Segunda edición aumentada), un tomo *ptas. 6*
NUÑEZ DE ARCE (Gaspar).—Gritos del combate. *ptas. 4*
OHNET (Jorge).—Las Ferrerías de Pont-Avesne, un vol. *ptas. 3*
 Sergio Panine, un vol. en 8.^o *ptas. 3*
 La Condesa Sara, un vol. en 8.^o *ptas. 3*
PALACIO VALDES (Armando).—El señorito Octavio *ptas. 3*
 El Idilio de un enfermo, un vol. en 8.^o *ptas. 4*
 Aguas fuertes, un vol en 8.^o *ptas. 3*
 José, un vol. *ptas. 3,50*
 Riverita, 2 vols. *ptas. 6*
PARDO BAZAN (Emilia).—Un viaje de novios, novela, un tomo en 8.^o *ptas. 3*
 La cuestión palpitante, un vol. en 8.^o *ptas. 2*
 La Tribuna, un vol. en 8.^o *ptas. 3*
 El cisne de Vilamorta, novela, un vol. en 8.^o *ptas. 3,50*
PICON (Jacinto Octavio).—Lázaro, casi novela, un tomo *ptas. 3*
 La Hijastra del amor, un vol en 8.^o *ptas. 4*
 Juan Vulgar, un vol. en 8.^o *ptas. 3*
 De El Teatro, un foll. en 4.^o *ptas. 1*
SEPÚLVEDA (Enrique).—La vida en Madrid, 2.^a edición *ptas. 3*
 La vida en Madrid, 1886. Edición ilustrada con grabados *ptas. 5*

